BIBLIOTECA DE "EL ECO DE SANTIAGO,,

La casa encantada

NOVELA ESCRITA EN INGLÉS

POR

WILKIE COLLINS

SANTIAGO:
IMP. DE "EL ECO,,
1906

LA CASA ENCANTADA

PRIMERA PARTE

I

En 1860 estaba en su apogeo la reputación del doctor Wybrow, de Londres.

Las personas bien informadas aseguraban que de todos los médicos afamados era el que más ganaba.

Un día, á fines de estío, acababa de almorzar el doctor, después de una mañana de mucho trabajo.

Su gabinete de consultas no estaba aun desocupado y tenía que hacer muchas visitas, cuando el criado le anunció que una dama deseaba hablarle.

—¿Quién es?—preguntó;—¿una extraña?

—Sí, señor.

—No recibo sino á las horas de la consulta; decídselo y despedidla.

—Se lo he dicho.

—¿Y qué?

—Que no quiere irse.

—¿No quiere irse?—dijo sonriendo el médico.

Era el doctor Wybrow un hombre original, y le hizo gracia la insistencia de la desconocida.

—¡Ha dicho su nombre esa obstinada dama!

—No, señor; ha rehusado decirlo; dice que solo os entretendrá cinco minutos, y que la cosa es sobrado importante para esperar á mañana.— Está en el gabinete de consultas y no sé como hacerla salir

El doctor Wybrow reflexionó un momento.

En los treinta años de ejercer la medicina había aprendido á conocer las mujeres. Miró al reloj y vió que era hora de ir á ver sus enfermos y se decidió por tomar el mejor partido, huir.

—¿Está el coche?—preguntó.

—Si, señor.

—Bien; abrid la puerta sin hacer ruído y dejad tranquilamente á esa dama en el gabinete; cuando se canse de esperar ya sabéis lo que debéis decirla.

Si pregunta cuando volveré, decidla que ceno en mi Círculo y que voy al teatro. Con que andando, Tomás; si rechinan mis zapatos, estoy perdido.

Tomó suavemente el camino de la antesala, seguido de su criado.

¿Sospechó la dama esta fuga, ó rechinaron los zapatos?

Poco importa; lo cierto es que al pasar el doctor por frente al gabinete se abrió la puerta.

La desconocida salió del umbral y le puso una mano en el hombro.

—Caballero .. os suplico que no os vayáis sin oirme un momento.

Dijo esto en voz baja, pero con gran firmeza.

Tenía acento extranjero; sus dedos apretaron el hombro del doctor con cierta fuerza.

Su gesto y sus palabras no hubieran hecho efecto en el doctor, pero se paró en seco al ver su rostro.

El contraste que ofrecía su palidéz mortal con sus negros ojos llenos de vida le clavó en el sitio.

Parecía tener treinta años; su traje era de un color sombrío, pero de irreprochable gusto: la nariz, la boca y la barba eran de una delicadeza de forma rara entre ingleses.

Era pues, una mujer hermosa, á pesar de su terrible palidez y de la falta de dulzura en sus ojos negros.

Pasado el primer momento de sorpresa, se preguntó el doctor si tenía delante un ejemplar extraño que estudiar.

— Vale la pena de esperar— se dijo

La dama conoció el efecto producido, y separó su mano del hombro del doctor.

—Habéis consolado á muchos desgraciados— dijo— consoladme á mí también.

Y sin esperar respuesta entró en el gabinete de consultas.

El doctor la siguió y cerró la puerta, haciendo sentar á la dama frente a la ventana.

El sol, cosa rara en Londres, brillaba esplendorosamente, envolviendo á la desconocida en brillante luz.

Sus ojos la soportaron como si hubiesen sido ojos de águila. Su palidez parecía mayor con la luz.

Por primera vez en su vida sintió el doctor latir más apresurado su pecho.

La dama había pedido que la oyesen, y sin embargo parecía no tener nada que decir.

Una extraña turbación se había apoderado de ella, y obligado á hablar el primero le preguntó el doctor, con la frase sacramental, qué deseaba.

La voz del doctor pareció despertarla y dijo de pronto:

—Tengo que haceros una pregunta penosa.

—¿Qué es ello?

Su mirada iba dulcemente de la ventana al doctor, y sin la menor agitación formuló así la penosa pregunta:

—¿Estoy en peligro de volverme loca?

Ante aquella pregunta unos hubieran reído y otros se habrían alarmado.

El doctor Wybrow sólo sufrió una decepción. ¿Era aquel el *caso* extraordinario que creyó? Su nueva cliente, ¿no era más que una mujer hipocondriaca?

—Para qué venís á mi casa?—la preguntó bruscamente.—¿Por qué no consultáis á un médico alienista?

La dama contestó en seguida.

—Si no he ido á ver un especialista es precisamente porque juzgan á todos por un principio igual. He venido á veros porque mi enfermedad está fuera de todas las leyes de la naturaleza, y porque tenéis fama de curar las enfermedades que tienen causas misteriosas. ¿Estáis satisfecho?

Sí, más que satisfecho; no se había engañado cuando la vió. Ya sabía la dama á quien se dirigía: el doctor Wybrow debía su fama al seguro golpe de vista con que señalaba los síntomas de las probables enfermedades de sus clientes.

—Estoy á vuestras órdenes—dijo.—y trataré de descubrir lo que tenéis.

Hizo unas cuantas preguntas, de esas que acostumbran los médicos: la paciente contestó con claridad, y

Educación, Cultura y Deporte

dedujo de todo que la dama estaba en perfecta salud física y moral.

Después procedió á examinar los principales órganos de la vida, y de este examen dedujo que no tenía predisposición para sufrir enfermedades del cerebro ni aun del sistema nervioso.

—Ninguno de vuestros órganos padece—dijo;—pero no puedo explicarme vuestra palidez extremada: sois para mi un enigma.

—Mi palidez no es nada—dijo con ligera impaciencia.—En mi juventud estuve á punto de morir envenenada, y desde entonces estoy así y con el cutis delicadísimo.

Pero esto no tiene importancia; quería saber vuestra opinión, creía en vos y he sufrido una decepción.

Dejó caer la cabeza sobre el pecho, y añadió:

—Todo ha concluído.

El doctor pareció conmoverse.

Tal vez su amor propio de médico se había mortificado.

—Tal vez concluya como vos queráis—dijo—si queréis ayudarme un poco.

Ella levantó la cabeza: sus ojos brillaron.

—Explicáos: ¿en que puedo ayudaros?

—Confesad, señora, que os presentáis un tanto misteriosa y queréis que descubra el enigma sólo con ayuda de mi ciencia. Esta hace mucho, pero no todo. Os ha sucedido algo, algo que no tiene que ver con vuestro estado de salud y que os ha aterrado... ¿verdad?

—¡Verdad!—dijo ello vivamente.—Empiezo á tener confianza en vos.

—Muy bien; ya supondréis que no voy á descubrir que causa os pone en ese estado. Todo lo que puedo hacer es ver que no hay razón para temer por vuestra salud, y á menos que me toméis por confidente, nada puedo hacer.

La dama se levantó y dió una vuelta por el gabinete.

—Supongamos que os lo digo todo...—contestó—pero no nombraré á nadie.

—No os pido nombres: me bastan los hechos.

—Los hechos tienen poca importancia—replicó ella,—sólo son impresiones personales, y me tomaréis por loca cuando me hayáis oido. ¡No importa! Comienzo por los hechos, como deseáis, pero repito que no os servirán de mucho.

Se sentó de nuevo y empezó con la mayor sinceridad del mundo la confesión más extraña que ha oído médico alguno.

II

—Soy viuda, caballero; este es un hecho; voy á casarme; este es otro hecho.

Se detuvo y sonrió ante alguna idea que cruzaba en su espíritu.

Esta sonrisa hizo mala impresión en el doctor Wybrow; tenía algo de triste y cruel á la vez, y desapareció en seguida.

El doctor se preguntó si había hecho bien en ceder á su primer movimiento, y pensó con disgusto en sus enfermos que le esperaban.

La dama continuó:

—Mi próximo enlace tienen conexión con una circunstancia muy delicada. El caballero de quien voy á

ser esposa estaba unido á otra persona cuando me encontró en el extranjero. Esa persona es de su familia, entendedlo bien, su prima.

Yo la he robado inocentemente su prometido y destruído sus esperanzas. Digo inocentemente, porque no me reveló su compromiso anterior sino cuando le otorgué mi mano.

Cuando volvimos á vernos en Inglaterra me confesó la verdad; yo, naturalmente me indigné, pero él me dió una excusa: me enseñó una carta de su prima en la que le devolvía su palabra; no he leído nunca nada más noble, y lloré. ¡Yo, que no he tenido una lágrima para mis propios dolores!

Si la carta le hubiese dejado esperanza de ser perdonado, yo hubiese rehusado casarme. Pero la firmeza de aquella carta no dejaba esperanza. Me rogó tuviese piedad de él. . Ya sabéis lo que son las mujeres Dí mi consentimiento, y ¡tiemblo al pensarlo! Dentro de ocho días seré su mujer.»

Temblaba realmente, y tuvo que callarse para reponerse.

El doctor, á la espera de alguna revelación importante, empezó á temer que la historia fuese larga.

—Permitidme, señora, que os recuerde que tengo enfermos que me esperan: cuanto antes concluyáis, mejor para ellos y para mi.

La extraña sonrisa, triste y fría, reapareció en los labios de la desconocida.

—Nada de lo que digo es inútil: ya lo veréis.

Y continuó así:

Ayer, ayer mismo acababa de tomar parte en uno

de nuestros *lunchs* ingleses cuando llegó una dama que no me era desconocida del todo.

Llegaba un poco tarde, porque nos habíamos levantado de la mesa y pasado al salón. Tomó por casualidad una silla junto á la mía. Nos presentaron mutuamente: ambas conocíamos nuestros respectivos nombres. Era la mujer á quien yo había robado su prometido, la autora de la carta.

Oid bien ahora, porque hasta aquí sólo os he dado detalles que os prueban mi ninguna hostilidad hacia ella. En cuanto de ella á mí, sé que se le ha explicado mi conducta y que me odia... Pues bien, explicadme ahora por qué cuando me levanté y se cruzaron nuestras miradas sentí como que me envolvía un manto de hielo, por qué sentí un miedo horrible.

El doctor empezaba á interesarse.

—¿Visteis en la actitud de la dama algo que os chocase?

—Nada— contestó bruscamente.—Ved como es: una inglesa como las demás, ojos azules, fríos y claros, cutis rosado, aire cortés, boca grande, mejillas redondeadas.

—Cuando se encontraron vuestras miradas, ¿notasteis en la de ella algo extraño?

—Curiosidad hácia la mujer que la había desbancado y como asombro de no encontrarla más hermosa: estos dos sentimientos desaparecieron instantáneamente.

Presa de horrible agitación, hubiera querido huir, á serme posible; pero apenas si me pude levantar, y volví á caer sobre mi silla; tanto miedo me daba aquella mujer.

Me quedé mirando sus ojos azules y serenos como el pájaro fascinado por la serpiente. Su alma envolvía la mía con miedo mortal Creedme, esa mujer está destinada, sin saberlo, á ser el mal genio de mi vida. Sus ojos han descubierto en mí malas cualidades, que yo no sospechaba.

Si de hoy en adelante soy mala, si me dejo arrastrar al crimen, ella será la causa involuntaria. Todos estos pensamientos se pintaron sobre mi rostro, y la excelente criatura se interesó por mí, diciéndome:

—El calor de esta habitación os ha hecho daño. ¿Queréis mi frasquito de sales?

No me acuerdo de más: me desmayé. Cuando volví en mi se habían ido todos, y sólo quedaba conmigo la dueña de la casa.

No pude decir palabra al pronto; cuando pude hablar, supliqué á mi amiga me dijese la verdad sobre la mujer á quien yo había suplantado: esperaba que su reputación fuese inmerecida.

¡No! La persona á quien me dirigía había sido amiga suya de la infancia, y la conocía como á si misma, y me juró que era un ángel, incapaz de odiar. Me quedaba por tentar el último esfuerzo Fuí á casa de mi prometido y le rogué me devolviese mi palabra... Se negó; le dije entonces que, á pesar de todo, quería romper.

Entonces me enseñó cartas de sus hermanos, y aun de sus amigos: en ellas repetían las murmuraciones que sobre mi habían corrido en París, en Viena y en Londres, y le hacian reflexiones para que pensase bien lo que hacía.

– Si os negáis—me dijo—es que reconocéis que todo esto es exacto, que os avergonzaríais de mi brazo.

¿Qué responder? No era posible discutir: tenía razón. Consentí en que se celebrase el concertado matrimonio, y le dejé Esto fué ayer. Ahora estoy aquí, con mi idea fija: esa mujer va á tener una influencia fatal en mi vida; estoy aquí para hacer mi pregunta: ¿qué soy yo? ¿Un demonio que ha visto al ángel vengador, ó una pobre loca?

El doctor Wybrow se levantó de su silla para dar por terminada la entrevista.

Estaba penosamente impresionado por lo que había oído.

A medida que había ido oyendo se convenció de que tenía delante á una mujer perversa.

Trató en vano de compadecerse de ella mirándola como una desgraciada que sentía revolverse en ella los gérmenes del mal que llevamos siempre con nosotros.

Pero una voz interior le dijo con toda claridad:

—No te fíes.

—Ya os he dicho mi opinión—dijo el doctor;—no hay en vos síntoma alguno; en cuanto á lo que me habéis confiado, os ruego tengáis la seguridad de que no saldrá de este gabinete, os lo afirmo.

Ella le oyó sumisa hasta el fin.

– ¿Es eso todo?—preguntó.

– Sí.

– Permitid que os dé las gracias, caballero—prosiguió ella colocando un paquete de dinero sobre la mesa.

Sus ojos negros reflejaron tal desesperación, que el doctor volvió el rostro para no verla.

La idea de guardar el dinero de aquella mujer se le hizo insoportable.

De pronto y sin mirarla la alargó el paquete diciendo:

—Tomad, no quiero ser pagado.

Ella levantó los ojos al techo sin oir al doctor, y como hablándose á si misma, dijo:

—He acabado de luchar: esperemos el fin... Me someto.

Se echó el velo, saludó al doctor, y salió.

* * *

El doctor llamó, llevó á la dama hasta la antesala y al cerrar la puerta el criado, sintió una curiosidad indigna de él.

— Seguidla, y averiguad su nombre—dijo al criado.

El criado miró al amo, preguntándose si había oido ien.

El doctor le miró en silencio. El criado comprendió, lo que aquello significaba, tomó su sombrero y se lanzó á la calle.

El doctor volvió á su gabinete, y apenas entró se operó en él un repentino cambio.

¿Había llevado aquella mujer epidemia de malos sentimientos? ¿Había sucumbido ya él?

¿Qué necesidad tenía de rebajarse á los ojos de su criado? Su conducta era indigna de un hombre honrado. De aquel fiel criado había hecho un espía.

Irritado consigo mismo, corrió á la antesala y abrió la puerta.

El criado había desaparecido, y era tarde para llamarle. No le quedaba más recurso que olvidar el desprecio que sentía por sí mismo y trabajar.

Pidió su carruajes y se fué á hacer sus visitas.

Si la reputación del doctor Wybrow hubiese tenido que sufrir rudo golpe, lo hubiera llevado aquel a tarde.

Volvió á su casa más temprano que nunca, y de mal humor.

El criado había vuelto. El doctor no se atrevió á preguntarle, pero el mismo criado habló.

—Esa señora es la condesa Narona, y vive en...

El doctor no quiso oir más, y entró en su gabinete.

El dinero que no había aceptado estaba sobre la mesa envuelto en el mismo papel.

Lo metió en un sobre, y lo lacró con destino al cepillo de los pobres.

Luego llamó al criado, y le ordenó lo llevase el día siguiente á una casa de beneficencia.

Fiel á su deber, hizo el criado la acostumbrada pregunta:

—¿Come el señor en casa hoy?

El doctor vaciló un momento, y contestó:

—No; comeré en el círculo.

De todas las cualidades morales, la más fácil de perder es la conciencia.

Cuando el doctor Wybrow salió de su casa, no se ocultó que, si iba al círculo, era con el exclusivo objeto de saber lo que el mundo decía de la condesa Narona.

El doctor Wybrow encendió su cigarro y miró en torno suyo.

III

Sus consocios estaban reunidos en cónclave. La sala estaba llena, pero la conversación no se animaba.

El doctor la animó sin pretenderlo.

Cuando preguntó si conocía alguien á la condesa Narona, hubo un *tole-tole* general de asombro.

Nunca, según el cónclave, se había hecho pregunta más absurda.

Todo el mundo, al menos cuantos frecuentaban la sociedad, conocían á la condesa Narona.

Una aventurera de reputación europea, sombría; tal era el juicio que merecía aquella mujer de ojos brillantes y tez pálida.

Luego, entrando en detalles, cada miembro del círculo añadió un recuerdo escandaloso á la lista de los que se atribuían á la condesa.

Era dudoso que la condesa fuese lo que pretendía; una gran dama cálmata: era dudoso que hubiese estado casada con el conde de quien se decía viuda: era dudoso que el hombre que le acompañaba en sus viajes con el nombre de barón River, y como hermano suyo, fuese realmente su hermano.

Se decía que el barón era un jugador conocido en todos los tapetes verdes del continente; se decía que su pretendida hermana había estado mezclada en una causa de envenenamiento en Viena...

Que era conocida en Milan como espía del Austria... que su casa de Paris había sido denunciada á la policía como un verdadero burdel, y que su vuelta á Inglaterra era debida á esto.

Un solo miembro de la asamblea de fumadores tomó la defensa de aquella mujer tan gravemente ultrajada, y declaró que su reputación se ennegrecía injustamente.

Pero este miembro era un abogado, y su intervención no servía de nada; se le creía naturalmente, atacado de la manía de contradicción propia de la clase.

Se le preguntó irónicamente sobre las circunstancias por las cuales había dado su mano la condesa.

El abogado dijo que estas circunstancias eran honrosísimas y que el futuro era el hombre más digno de envidia en el mundo.

El doctor provocó entonces otro alboroto de asombro al preguntar el nombre del caballero que se casaba con la condesa.

Todos sus amigos de fumadero declararon que el célebre médico debía ser hermano de la *Bella dormida en el bosque* y que despertaba de un sueño de veinte años.

Era claro que las ocupaciones del doctor Wybrow le impedían estar al cabo de las miserias de salón, pero un hombre que no sabía que la condesa Narona había prestado dinero en Homburgo á lord Montbarry obligándole luego á casarse con ella, un hombre así no había siquiera oído hablar de lor Montbarry.

Los miembros más jóvenes mandaron buscar una Guía de la aristocracia y leyeron al doctor en alta voz la genealogía de la persona en cuestión:

«Herberto Juan Westwick —Primer barón Montbarry, de Montbarry, condado del rey en Irlanda. Creado par por servicios militares en la India. Nacido en 1812...»

—Tiene cuarenta y ocho años, doctor. «...soltero actualmente...»

—Se casa la semana que viene con la encantadora criatura de quien hemos hablado, doctor.

«...Heredero presunto: el hermano menor de su señoría, Stéfano Robert, casado con Ella, la hija menor del Rvdo. Silas Marden, rector de Rumigate, y tiene tres hijas de su enlace.

Otros hermanos de su señoría: Francisco y Enrique, solteros. Hermanas: lady Barville, casada con sir Teodoró Barville, bart; Ana, viuda del difunto Peter Narbury, esq., de Narbury Cross.»

—Fijaos bien, doctor, en la familia de su señoría. Tres hermanos Westwick: Stéfano, Francisco y Enrique; dos hermanas, lady Barville y Mr. Narbury.

Ninguno de los cinco estará en la boda y harán lo posible para impedirla si la condesa da el menor pretexto. Añadid otro pariente ofendido que no menciona la Guía, una señorita.

Un grito de protesta que salía de todos los ángulos de la sala impidió la revelación que iba á hacerse y libró al doctor de la persecución.

—No citéis el nombre de la pobre chica; es de mal gusto bromear con lo que la ha sucedido; se ha conducido muy bien y no hay más que dos excusas para Montbarry; ó está loco ó imbécil.

Todos se expresaron así poco más ó menos.

Hablando en intimidad con su vecino, supo el doctor quien era la dama abandonada por lord Montbarry.

Se llamaba Inés Lockwood.

Se decía que valía infinitamente más que la condesa y que era más joven.

Haciendo grandes reservas sobre las malas pasadas que hacen los hombres á las mujeres, la conducta de Montbarry pareció vituperable.

En este punto estaban todos de acuerdo, incluso el abogado.

Los miembros que más se extrañaban de la elección de Montbarry eran aquellos á quienes con más facilidad hubiese fascinado la condesa si hubiera querido.

Aun se hablaba de la boda de la condesa cuando entró un nuevo socio en el fumadero.

Su presencia restableció el silencio.

El vecino del doctor Wybrow se inclinó y le dijo en voz baja:

—Enrique Westwick, el hermano de Montbarry.

* * *

El recién llegado miró lentamente en derredor, y dijo sonriendo amargamente:

—¿Habláis de mi hermano?... No hagáis caso de mí; nadie le desprecia tanto como yo. Seguid, señores.

Uno solo habló; el abogado, que intentó defender á la condesa.

—Seré el único de mi opinión, pero no me avergüenzo de repetirlo. Considero que se sospecha injustamente de la condesa Narona. ¿Por qué no ha de ser la esposa de lord Montbarry? ¿Quién asegura que especula al casarse?

El hermano de Montbarry se volvió bruscamente hácia el abogado:

de Educación, Cultura y Deporte

—¡Yo lo digo!—replicó.

La respuesta hubiera desconcertado á otro, pero el abogado se quedó impasible y continuó defendiendo su terreno.

—Creo que estoy en lo cierto—dijo—al asegurar que las rentas de su señoría le bastan para mientras viva; estas rentas provienen de tierras en Irlanda, que se pueden legar.

El hermano Montbarry hizo una señal de asentimiento.

—Si su señoría muere el primero—siguió el abogado—el único legado que puede hacer á su viuda consiste en participaciones sobre la propiedad, que no pasan de 400 libras al año; sus pensiones y retiros mueren con él.

Luego sólo puede dejar á su mujer 400 libras anuales.

—No es sólo eso: mi hermano ha asegurado su vida en 10.000 libras, que deja á la condesa en caso de morir antes que ella.

Esta declaración produjo cierto efecto y todos se miraron repitiendo:

—¡Diez mil libras! (1)

Arrollado el abogado, intentó el último esfuerzo.

—¿Puedo saber si ha sido la misma condesa quien ha introducido esa cláusula en el contrato?

—Ha sido el hermano de la condesa, que viene á ser lo mismo—contestó Enrique Westwick.

Después de esto no había para qué discutir, al me-

---

(1) Un millón de reales.

nos mientras el hermano, Montbarry estuviese presente.

La conversación tomó otro giro, y el doctor se marchó á su casa.

Pero su curiosidad por la condesa no estaba satisfecha.

En sus momentos de ocio pensaba en la familia Montbarry, y se preguntaba si lograría impedir el matrimonio.

Cada vez deseaba más conocer á lord Montbarry, y no faltaba á su círculo para adquirir noticias.

En el círculo sólo sabían que no ocurría nada.

La situación de la condesa era inexpugnable, y lord Montbarry seguía decidido á hacerla su mujer.

Los dos eran católicos, y la ceremonia debía celebrarse en la plaza de España. Esto es todo lo que el doctor supo.

El día de la boda después de luchar un poco consigo mismo, se decidió á dejar sus enfermos por un día y se fué sin decir nada hácia la iglesia.

Hácia el fin de su vida, aun le irritaba que le recordasen su conducta de aquel día.

La boda fué, por decirlo así, secreta.

Un coche cerrado esperaba en la puerta de la iglesia, alguna gente del pueblo bajo y unas cuantas viejas se veían en el templo.

El doctor vió alguno que otro socio del círculo, llevado, como él, por la curioidad.

Delante del altar había cuatro personas: los futuros y sus padrinos La madrina era una anciana que podía podía pasar por dama de compañía de la condesa; el padrino era sin duda su hermano el barón Rixar.

La gente de la boda, incluso la condesa, llevaban sus trajes de diario.

Lord Montbarry era hombre de mediana edad, tipo militar, sin nada notable en su aspecto.

El barón Rixar era de otro tipo: en París se ven en los bulevares bigotes como los suyos, puntiagudos, cosmetizados, arrogantes. No se parecía en nada á su hermana.

El cura oficiante era un pobre anciano que llenaba sus deberes sacerdotales resignadamente, quejándose de reuma cada vez que se arrodillaba.

La persona que llamaba la atención de todos, la condesa, levantóse el velo al principiar la ceremonia.

Nunca matrimonio alguno se casó más prosaicamente. De cuando en cuando miraba el doctor hácia la puerta, como si esperase á alguien que tuviese poder bastante para impedir el enlace.

Pero no pasó nada extraordinario ó dramático.

Los dos esposos, ligados ya por un juramento eterno, desaparecieron seguidos de sus testigos.

Firmaron en la sacristía, y aun seguía esperando el doctor al inesperado.

Pero el tiempo pasó, y la pareja volvió á la iglesia, dirigiéndose hácia la puerta.

***

A fin de no ser visto quiso ocultarse el doctor.

Con gran sorpresa suya le vió la condesa, y oyó que decía á su marido:

—Un momento... Veo allí á un amigo.

Lobal Montbarry se inclinó y esperó.

La condesa se fué al doctor, le tomó un a mano y se la apretó convulsivamente.

Sus grandes ojos negros brillaban detrás del velo.

—Ya lo véis... ¡Un paso más en el principio del fin!...—le dijo.

Después se volvió junto á su esposo.

Antes de que el doctor pudiera reponerse y seguirla, lord y lady Montbarry entraron en el carruaje y se alejaron.

En la puerta de la iglesia había tres ó cuatro socios del círculo; cerca de ellos estaba, solo, el hermano de la desposada.

Esperaba evidentemente al hombre con quien había hablado su hermana.

Su mirada insolente se fijó con asombro un momento en el doctor; pero luego sonrió cortésmente, saludó al amigo de su hermana y se fué.

Los socios formaron grupo en las escaleras de átrio, y empezaron á hablar, del barón desde luego.

—¡Qué pícara facha!

Luego empezaron con Montbarry.

—¿Se va á llevar á esa horrible mujer á Irlanda? Allí saben todos sus colonos la historia de Inés Lockwood.

—¿Pues á donde va á ir?

—A Escocia.

—¿Le gusta ese país á ella?

—¡Bah! Por quince días... Volverán enseguida á Londres y se irán al extranjero.

—Apostemos á que no vuelven á Inglaterra.

—¿Quién sabe?

—¿Habéis visto cómo miró ella á Montbarry al em-

de Educación, Cultura y Deporte

pezar la ceremonia, cuando se levantó el velo. En el lugar de él me hubiera ido ¿Lo visteis, doctor?

Pero el doctor se acordó en aquel momento de sus enfermos y estaba harto de chismes.

Siguió el ejemplo del barón Rixar, y se alejó.

—«Un paso más en el principio del fin...»—se repetía al entrar en su casa.—¿Qué fin?

IV

El día de la boda estaba Inés Lockvood sentada sola en el saloncito de su piso, en Londres.

Quemaba las cartas que en otro tiempo le escribiera Montbarry.

En el retrato que de ella hizo la condesa al doctor Wybrow había omitido el rasgo más encantador: la bondad y pureza de su mirada; parecía más joven d lo que era en realidad.

Al ver su rostro puro y sus maneras tímidas daban deseos de hablarla como á una niña, aunque se acercaba á los treinta años.

Vivía sola con una antigua nodriza suya, que la adoraba; ambas se sostenían con una modesta renta.

Mientras desgarraba lentamente las cartas del peruro y las arrojaba al fuego, no se notaban en su rostro muestras de dolor.

Era una de esas naturalezas que sufren demasiado para consolarse llorando.

Pálida, tranquila en la apariencia, con las manos rías y temblorosas, iba destruyendo las cartas sin atreverse á leerlas.

Acababa de rasgar la última y se preguntaba si la

quemaría como las demás, cuando la vieja nodriza entró á preguntarla si quería recibir á Mr. Enrique.

Así llamaba ella al menor de los Westwick, aquel que en el círculo manifestó tan claramente su desprecio por su hermano.

Inés dudaba: ligero rubor tiñó su frente.

Hubo un tiempo, ya lejano, en que Enrique dijo que la amaba. E la le dijo sinceramente que su corazón pertenecía á su hermano mayor, y Enrique se resignó.

Después fueron dos buenos amigos, y cada vez que se veían no encontraban razón para turbarse.

Pero aquel día, el de la boda de su hermano con otra mujer, el día de la traición, sentía cierta repugnancia en verle.

Su vacilación fué notada por la nodriza; recordó haber visto á ambos en la cuna, y pronunció tímidamente una palabra en favor de Enrique.

—Parece que se va, hija mía: sólo quiere daros la mano y deciros adiós.

Esta explicación hizo su efecto.

Inés se decidió á recibir á su primo.

Entró tan pronto, que la sorprendió arrojando la fuego la última carta.

Inés se puso á hablar la primera para disimular su turbación.

—Abandonáis repentinamente á Londres, Enrique... ¿por gusto ó por negocios?

En vez de contestar le mostró él las cenizas que aun ardían.

—¿Quemáis cartas?—dijo.

—Sí.

—¿Las suyas?

Sí.

Enrique la tomó dulcemente la mano.

—No creí importunaros en momentos en que tal vez quisiérais estar sola... Perdonadme, Inés, os veré á mi regreso.

Ella sonrió tristemente y le hizo señas de que se sentase.

—Nos conocemos desde la infancia—le dijo.—¿Por qué tener secretos para vos? He enviado á vuestro hermano los regalos que me había hecho: no he querido guardar nada de él y por eso quemo sus cartas. Confieso que he vacilado al quemar la última, no porque fuesela última sino porque contenía esto ..

Inés abrió la mano y dejó ver un rizo de cabellos de Montbarry, atados con una trencilla de oro.

—¡Vamos!... Que desaparezca como lo demás.

—Lo dejó caer en el fuego

Durante un momento se quedó vuelta de espaldas á Enrique, apoyada en el mármol de la chimenea y mirando las llamas.

Enrique tomó una silla: su rostro expresaba encontrados pensamientos.

Su frente fruncida indicaba la cólera y tenía los ojos anegados en lágrimas.

Se sentó murmurando, entre dientes:

—¡Miserable!

Inés hizo un esfuerzo, y mirando fijamente le dijo:

—Enrique, ¿por qué os váis?

—Me aburro, Inés; necesito viajar.

Inés se calló: los ojos de Enrique decían claramente que pensaba en ella.

Inés seguía pensando en el que la había abandonado.

—¿Es verdad que se han casado hoy?—preguntó.

—Sí—contestó él casi con brusquedad.

—¿Habéis ido á la iglesia?

El oyó la pregunta con cierto aire de indignación.

—¿A la iglesia? Mejor quisiera ir á...

Se contuvo.

—¿Cómo podéis preguntar eso?—añadió más bajo—No he visto á Montbarry ni le he hablado desde que obró con vos como un miserable que es.

Ella le miró de pronto, sin decir palabra.

Enrique la comprendió y pidió perdón, pero aun no era dueño de sí.

—El día del castigo llega para ciertos hombres—dijo.—Vivirá lo bastante para maldecir del día en que se casó con esa mujer.

Inés tomó una silla junto á Enrique y le miró con dulce sorpresa.

—¿Es razonable hablar mal de esa mujer porque vuestro hermano la ha preferido á mí?

Enrique respondió con alguna violencia:

—¿Defendéis á la condesa? Seríais la única persona que lo hiciera.

—¿Por qué no?—replicó Inés—No sé nada en contra suya: la única vez que nos hemos visto me pareció una persona tímida y nerviosa, algo enferma; se desmayó porque hacía calor en la habitación en que estábamos.

¿Por qué ser injustos? Ya sabemos que ella no es culpable ni ha querido hacerme daño: ignoraba que vuestro hermano tuviese comprometida su palabra.

Enrique la interrumpió impaciente.

—No puedo oiros hablar de esa manera resignada, después de ver cómo habéis sido tratada; procurad olvidar á los dos, Inés, y Dios me permita ayudaros en ello.

Inés le puso la mano en el hombro.

—Sois bueno para mí, Enrique, pero no me comprendéis bien; cuando entrásteis pensaba en mis penas, pero no como vos; me preguntaba como mis sentimientos por vuestro hermano, que llenaban mi corazón, han podido borrarse como si no hubieran existido nunca.

He destruído sus últimos recuerdos; no volveré á verle, pero el lazo que nos unió en otro tiempo, ¿está roto del todo? ¿Podrá no interesarme lo que sufra ó lo que goce? ¿Qué os parece, Enrique? Yo no lo creo.

—Si pudiérais castigarle por su conducta, sería de vuestra opinión—contestó severamente Enrique.

Cuando esto decía apareció la anciana nodriza en la puerta, anunciando otra visita.

—Siento molestaros. . pero está ahí Mad. Ferraris, que quiere saber cuando os podrá decir una palabra.

Inés se volvió hácia Enrique antes de responder.

—Os acordáis de Emilia Bidwell, mi discípula favorita hace tantos años en la escuela del pueblo y que fué mi doncella? Me dejó para casarse con un italiano, un tal Ferraris, y temo que no sea feliz. ¿Os molesta que la reciba uno ó dos minutoss

Enrique se levantó para despedirse.

—Me gustará ver á Emilia otro día—dijo,—pero es mejor que me vaya; no estoy en mí, Inés, y si me quedase podría deciros cosas que quiero callar,

Quiero pasar el Canal de la Mancha esta noche, y veremos cómo me sientan unas semanas de viaje.

La tomó la mano y añadió:

—¿Hay algo en el mundo que pueda hacer por vos?

Inés le dió las gracias y trató de retirar su mano.

Enrique la detuvo dulcemente.

—¡Dios os bendiga, Inés!—dijo con la voz temblona.

El rostro de Inés se coloró súbitamente y luego se puso pálida.

Enrique llevó su mano á los labios y la besó con toda su alma.

Luego salió sin mirarla.

La nodriza corrió tras él; no había olvidado el tiempo en que el joven era el rival de su hermano mayor.

—No estéis triste, Mr. Enrique—le dijo bajito la anciana con el buen sentido de la gente del pueblo. Volved á probar cuando estéis de regreso.

***

Inés se quedó sola unos instantes y dió una vuelta á la habitación para calmarse.

Se detuvo ante una acuarela colgada en la pared: era su retrato de cuando pequeña.

—¡Qué facilidad que no creciésemos nunca!—pensó.

Hizo entrar á la mujer del corredor Ferraris, una mujer pequeña, dulce, y melancólica, que saludó tosiendo con tosecilla crónica.

—¡Hola, Emilia! ¿Qué tenemos?

La mujer del corredor contestó de un modo bastante extraño:

—Tengo miedo de deciroslo, señorita.

—¿Tan difícil es el favor? Sentaos y decidme primero cómo os va; tal vez lo que queréis venga mientras hablamos ¿Cómo se porta con vos vuestro marido?

Los ojos gris claro de Emilia se pusieron más claros aún.

Movió la cabeza, y dijo con un suspiro de resignación:

—No tengo queja positiva de él, señorita; pero temo que me quiere poco; su hogar no le agrada, y parece cansado de la vida tranquila. Valdría tal vez más que viajase un poco, ya que la falta de dinero se va dejando sentir.

Se llevó el pañuelo á los ojos y suspiró con más resignación que nunca.

—No comprendo bien - dijo Inés.—Creí que vuestro esposo estaba contratado para guiar señoras en Suiza é Italia.

—Sí, señorita; pero una de las damas ha caído enferma y las demás no quieren partir sin ella; han dado un mes de salario como compensación; pero le tomaron para otoño é invierno y la pérdida es grande.

—Eso es fastidioso, Emilia; pero tal vez pronto se presente ocasión.

—Si pero hay tantos corredores sin trabajo ahora... Si pudiera tener una recomendación...

Se detuvo y dejó la frase sin acabar.

Inés comprendió.

—Queréis mi recomendación .. ¿Por qué no decirlo de una vez?

Emilia se puso encarnada.

—¡Sería tan buen empeño para mi marido!...—dijo toda confusa.—Precisamente ha llegado esta mañana

á la oficina una petición de un buen corredor para seis meses; si mi marido pudiese enviar hoy sus certificados, con una palabra vuestra bastaría...

Se detuvo otra vez y miró á la alfombra, como si tuviese razones para avergonzarse de si misma.

Inés empezaba á cansarse del tono misterioso con que hablaba su antigua doncella.

—Si queréis recomendación para un amigo mío, ¿por qué no me decís su nombre?

La mujer del corredor se echó á llorar.

—Me da vergüenza decíroslo, señorita.

Inés, irritada, la habló severamente por vez primera.

—Eso es absurdo, Emilia; decid el nombre y acabemos.

—Emilia hizo un último esfuerzo.

Retorció su pañuelo sobre las rodillas, y dijo el nombre como quien dispara.

—¡Lord Montbarry!

Inés se levantó y la miró.

—Me asombráis—repuso tranquilamente.

Y la miró con unos ojos, que la mujer del corredor no la conocía.

—Sabiendo lo que sabéis debíais pensar que me era imposible escribir á lord Montbarry: suponía que teníais sentimientos delicados. Siento haberme engañado.

Por simple que fuese, comprendió Emilia perfectamente.

Se dirigió en silencio á la puerta, y dijo dulcemente:

—Perdonadme, señorita: no soy tan mala como pensáis... perdonadme.

Educación, Cultura y Deporte

Abrió la puerta; Inés la llamó.

—Venid—dijo.—No nos separamos así: explicaos mejor. ¿Qué queréis que haga?

Emilia respondió sin reticencias:

—Mi marido va á enviar sus certificados á lord Montbarry á Escocia; quisiera que le permitiérais decir en su carta que conoce á milady desde su infancia y que os interesáis por él .. No os pido más; puesto que veo que os he disgustado.

¿La había disgustado? Los recuerdos del pasado impulsaron á Inés á interesarse por la mujer del corredor.

—No es gran favor el que pedís—dijo dejándose llevar de su natural carácter bondadoso;—pero no sé si debo permitir que mi nombre figure en la carta de vuestro esposo. Decidme exactamente lo que quiere escribir.

Emilia lo hizo y añadió una proposición que la pareció muy importante.

—Supongamos que escribís vos, señorita... así veríamos si quedaba bien.

Aunque era una niñada, Inés se preparó á escribir.

—Sí preciso es que sepamos lo que se ha de decir.

Y escribió la frase más breve y sencilla que se le ocurrió.

«Me atrevo á decir que mi mujer es conocida desde su infancia por Mlle. Inés Lockwood, quien por esta razón se interesa por mi ahora.»

Así no aparecía que la misma Inés hubiese autorizado que se mencionase su nombre

Dudó, no obstante, un poco, y dió el papel á Emilia.

—Es preciso que vuestro marido lo copie exacta-

mente, sin cambiar nada: con esta condición consiento

Emilia estaba conmovida: Inés la despidió.

—No me déis lugar para arrepentirme—la dijo.

Emilia salió.

—¿Se ha roto del todo el lazo que nos unía? ¿Podrá importarme si es feliz ó desgraciado?

Inés miró al reloj; sólo hacía diez minutos que se había hecho estas preguntas y casi se avergonzaba de la respuesta que se había dado.

Dos días después recibía una carta de Emilia llena de gratitud.

Su marido había obtenido la plaza; Ferraris estaba contratado por seis meses en calidad de *cicerone* de lord Montbarry.

SEGUNDA PARTE

V

Después de una semana de viaje por Escocia, milord y milady volvieron súbitamente á Londres.

Su visita á las montañas y lagos escoceses no había dado á milady el afán de hacer más íntimo conocimiento con ellas.

Cuando se la preguntaba la razón contestaba lacónicamente:

—Ya he visto Suiza.

Durante una semana más se quedaron en Londres los recién casados, viviendo en completo retiro.

Un día la nodriza de Inés volvió de un recado de su ama en estado de gran sobreexcitación.

Al pasar por delante de la puerta de un dentista á la moda, había visto á lord Montbarry que salía.

La buena mujer contó el encuentro, diciendo con maligno placer que lord Montbarry parecía muy enfermo.

—Adelgaza hija mía y su barba está gris... Espero que el dentista le habrá hecho sufrir.

Sabiendo Inés que su vieja nodriza odiaba á lord Montbarry de todo corazón, descartó lo que hubiera de exagerado en lo que decía, pero se impresionó.

También ella corría el riesgo de encontrar en la calle á lor Montbarry, y era posible que se viese frente á frente la vez primera que saliese.

Se quedó en casa dos días con aquel ridículo temor.

Al tercer día los periódicos anunciaron la salida de lord Montbarry para París é Italia.

Mad Ferraris fué aquella noche á decir á Inés que su marido le había dejado dándola pruebas de cariño: la sola perspectiva de ir al extranjero le había vuelto más amable.

Un sólo criado acompañaba á los viajeros, la doncella de lady Montbarry.

El barón Rixar, hermano de la señora, había salido antes: habian convenido en encontrarse en Roma.

Las semanas trascurrieron tristemente para Inés; mostraba en su situación un valor admirable visitando á sus amigas, dedicando sus ocios á leer ó dibujar, y tratando de olvidar el pasado.

Pero había amado mucho y sufrido más, y los remedios morales no la consolaban.

Las personas que se encontraban con ella en las re-

laciones ordinarias de la vida, engañadas por las apariencias, estaban acordes en decir que miss Lockwood olvidaba sus desgracias.

Pero una amiga de colegio que la vió en un corto viaje á Londres se alarmó al ver el cambio operado en ella.

Esta amiga era Mad. Westwick, esposa del hermano de lord Montbarry, al que la Guía indicaba como presunto heredero del título.

Estaba en América vigilando las propiedades mineras que allí poseía.

Mad. Westwick quiso llevarse á madame Inés con ella á Irlanda.

—Venid á hacerme compañía mientras esté fuera mi marido; mis tres niñas os acompañarán; la única persona extraña es el ama del gobierno, y os aseguro que os será simpática. Preparaos y vendré á buscaros mañana para ir á la estación.

Inés no podía menos de aceptar tan amable invitación. Durante tres meses vivió feliz en casa de su amiga.

Las niñas no querían dejarla irse; la más pequeña quería irse con ella á Londres.

Medio en serio, medio en broma, dijo Inés á Madame Westwick al separarse:

—Si vuestra ama de llaves se va, guardadme la plaza.

Mad. Westwick sonrió; las niñas tomaron la cosa en serio y prometieron á Inés avisarla.

El mismo día que Inés Lockwood volvió á Londres, volvió el pasado á su memoria: ¡ella que quería olvidarlo!

e Educación, Cultura y Deporte

Después de los primeros abrazos, la anciana nodriza la dió interesantes noticias de la mujer del *cicerone*.

—Mad Ferraris ha venido en un estado atroz preguntando cuándo volvíais; su marido ha dejado á lord Montbarry sin prevenir á nadie, y no se sabe de él.

Inés la miró con asombro

—¿Estáis segura?—preguntó.

La nodriza contestó que estaba más que segura.

La noticia viene de la oficina de los corredores; Golden Square .. del secretario, señorita Inés, del propio secretario.

Ante aquella afirmación, Inés mandó un recado á Mad. Ferraris, diciéndola que estaba de vuelta.

Una hora después llegaba la mujer del *cicerone* en un estado de increible agitación.

Cuando pudo hablar confirmó cuanto había dicho la criada.

Después de recibir con regularidad cartas de su marido fechadas en París, Roma y Venecia, le escribió Emilia dos veces, sin obtener respuesta.

Fué muy inquieta á la oficina de Golden Square á preguntar si había noticias de su marido.

El correo de aquella mañana había traido al secretario una carta de otro *cicerone* que estaba en Venecia.

Contenía noticias de Ferraris, é Inés recibió una copia que pidió Emilia.

El que escribía decía que había llegado recientemente á Venecia, y que, sabiendo que su amigo Ferraris estaba con lord y lady Montbarry en un antiguo palacio veneciano alquilado por ellos, fué á verle,

Después de llamar en una puerta que daba sobre el gran canal, sin hacerse oir, dió la vuelta al edificio y vió un estrecho pasadizo.

En el umbral de una puerta vió como en espera una mujer pálida y con magníficos ojos negros, que no era otra que lady Montbarry.

Le preguntó en italiano lo que quería y respondió que deseaba ver al *cicerone* Ferraris, si era posible.

La dama le dijo que Ferraris se había ido sin decir nada, y hasta sin cobrar el mes de salario que se le debía.

Preguntó asombrado si alguien había reconvenido á Ferraris.

He aquí la respuesta textual de la dama:

—Qué yo sepa, con nadie ha reñido Ferraris; yo soy lady Montbarry y puedo asegu aros que era tratado aquí con gran consideración. Tan admirada como vos estoy yo de su extraña desaparición, y si le véis, tened la bondad de decirle que venga al menos á cobrar lo que se le debe.

Después de otras preguntas sobre la fecha y la hora de la desaparición de Ferraris, el *cicerone* se fué.

Desde luego empezó á hacer las necesarias investigaciones, sin resultado alguno.

Con nadie había hablado, y ni lord ni lady Montbarry sabían nada.

Corrió el rumor de que la criada inglesa de milady la había dejado la víspera de la desaparición de Ferraris, sin que milady la reemplazase.

Se hablaba de la poca salud de milord, y vivía en absoluto aislamiento, sin que le vieran ni aun sus compatriotas.

Se supo de una vieja asistenta que iba por la mañana á hacer el servicio y se retiraba por la noche; pero esta mujer no había visto al *cicerone*.

La señora era la única que cuidaba á su marido.

No había otros criados en la casa, ó la vieja no sabía de otros que ella.

Se llevaba la comida del restaurant; el cuñado de milord se encerraba también en otra pieza de la casa, donde se entregaba, según decía la señora, á experimentos químicos.

Estos experimentos laban alguna vez mal olor.

Hacía poco se había llamado á un médico para ver á milord.

Se le hicieron algunas preguntas; era un médico de talento y de reputación, y no había visto á Ferraris, porque fué llamado después de su desaparición.

El médico dió algunos detalles sobre la enfermedad de lord Montbarry: era una bronquitis, y aunque aguda, no había temor por el pronto.

Si se presentaran sintomas alarmantes, convino con milady en tener consulta.

Milady era una santa: no se separaba día y noche de la cabecera del lecho de su esposo.

Todo esto se deducia de las pesquisas hechas por el *cicerone* amigo de Ferraris. La policía buscaba á éste: era la única esperanza de Emilia.

—¿Qué os parece, señorita?—preguntó vivamente —¿qué os parece que haga?

Inés no sabía que decir.

Sufría oyendo á Emilia, y lo que en la carta se decía de la enfermedad y sufrimientos de Montbarry habían abierto su antigua herida.

No pensaba en la desaparición de Ferraris; su espíritu estaba en Venecia junto al enfermo.

—¿Os servirían para idear algo las cartas de mi marido? No son más que tres.

Inés leyó por bondad las cartas; no eran de las más cariñosas.

Querida Emilia y Vuestro afectuoso eran las palabras más dulces que contenían.

En la primera no se hablaba muy favorablemente de lord Montbarry.

«Dejamos á París mañana. Tengo poco afecto á milord; es orgulloso y muy avaro de su dinero. Disputa por céntimos en el hotel, y entre marido y mujer ha habido ya palabras por la facilidad con que milady compra chucherías.

«Mis medios—la dice milord—no me lo permiten. Es preciso que no gastéis más que lo que os doy

»Yo quiero á milady; es buena y me habla como si fuera su igual.»

La segunda carta estaba fechada en Roma:

«Los caprichos de milord no nos dejan momento de reposo: se pone de un humor intolerable

»Creo que tiene recuerdos penosos, y le veo leer cartas viejas cuando no está su mujer.

»Debíamos quedarnos en Génova, pero nos hacemos, como en Florencia.

»Aquí en Roma, milady quiere descansar Su hermano ha venido. Según me dice la doncella, han reñido milord y el barón; éste pedía dinero á milord, quien se lo ha negado de mal modo.

Milady les reconcilió y les hizo darse la mano.»

La tercera y última carta era de Venecia:

Educación, Cultura y Deporte

»Milord quiere quedarse aquí largo tiempo: dice que la tranquilidad de Venecia le hace bien, pero un industrial ha comprado el palacio para hacer en él un hotel.

El barón sigue con nosotros y continúa empeñado. No me gusta el barón, pero crecen mis simpatías por milady, aunque era más amable antes de venir su hermano.

»Milord paga exacto, y recibo mi sueldo á fin de mes, pero ni un franco más. ¡Figuraos al barón pidiéndome dinero! Es un jugador empedernido.

»No quise creerlo cuando me lo dijo la doncella, pero luego me convencí... Además, he visto cosas que...

»La doncella piensa irse Es una inglesa rígida que no toma las cosas como yo. La vida es triste aquí; nadie viene de visita, ni el cónsul, que es banquero de milord.

»Cuando sale lo hace solo y al caer la noche, y vuelve encerrándose con sus libros. Creo que se acerca una crisis.

»Mis gajes son buenos, y no pienso irme, como la doncella de milady.»

Inés, con sentimiento de vergüenza y disgusto que no la predisponían á ser buena consejera, devolvió aquellas cartas que renovaba sus heridas.

—Lo único que puedo deciros—repuso después de vagas palabras de consuelo—es que debéis consultar con persona de más experiencia que yo. ¿Queréis que escriba á mi abogado para que venga mañana?

Emilia aceptó la proposición con gratitud.

Quedó en volver al día siguiente. Inés se encargó

de escribir la carta necesaria, y la mujer del *cicerone* se fué.

***

Fatigada, herida en el corazón se tendió Inés en un canapé para reflexionar y reponerse un poco.

La nodriza, siempre solícita, la trajo una taza de té.

La charla de la pobre anciana hablando de lo que había hecho en ausencia de Inés, la sirvió de consuelo.

Hablando estaban cuando sintieron pasos precipitados en la escalera: llamaron violentamente en la puerta, y la mujer del *cicerone* entró como loca exclamando:

—¡Ha muerto! ¡Ha muerto asesinado!

Fué lo que pudo decir: se arrodilló juntó al canapé, extendió la mano que oprimía un papel y cayó de espaldas.

La nodriza hizo señas á Inés de que abriese la ventana, y se puso á socorrer á Emilia.

—¿Qué es esto?—exclamó.—Trae una carta... Ved lo que es, señorita.

El sobre, abierto, venía dirigido á madame Ferraris.

La letra estaba evidentemente contrahecha: el sello era de Venecia.

El sobre encerraba una hoja y una carta en varias dobleces.

La hoja llevaba una línea de lectura también contrahecha:

Para que os consoléis de su muerte.

Inés abrió un papelito que iba unido.

Era un billete de mil libras esterlinas del Banco de Inglaterra.

VI

Al día siguiente por la noche acudió á la cita el amigo y consejero de Inés, mister Troy.

Mad. Ferraris, convencida de la muerte de su marido, estaba bastante repuesta para asistir á la consulta.

Ayudada por Inés, contó al abogado lo que sabía de la desaparición de Ferraris, mostrándole las tres cartas recibidas.

Mr. Troy leyó primero éstas, luego la escrita por el *cicerone* amigo de Ferraris contando su ida á palacio y su entrevista con lady Montbarry.

Después leyó el extraño escrito que acompañaba al billete de Banco remitido á Mad. Ferraris.

Mr. Troy era, no solamente hombre de experiencia en su profesión, sino conocedor de las costumbres inglesas y del extranjero.

Observador hábil, hombre original, había conservado su natural bondad, que no habían destruido las amarguras de la vida.

A pesar de esto, ¿era el mejor consejero que podía haber elegido Inés?

La buena Mad Ferraris, con todos sus méritos de excelente ama de su casa, era sumamente vulgar.

Mr. Troy era el hombre que menos confianza podía inspirarla, por ser el tipo opuesto al vulgar y corriente.

—Esta pequeña tiene mala cara.

Mr. Troy dijo esto como si Mad. Ferraris no hubiese estado delante.

—Ha sufrido una gran desgracia—dijo Inés.

Mr. Troy se volvió á Emilia y la miró con el interés que inspira toda desgracia.

Repiqueteaba con aire distraído en la mesa, y luego prosiguió:

—¿Creeis realmente que vuestro esposo ha muerto?

Mad. Ferraris se llevó el pañuelo á los ojos... ¡Muerto! Esta palabra la anonadaba.

—¡Asesinado!—dijo secamente.

—¿Por qué y para qué?—preguntó mister Troy.

Mad. Ferraris pareció dudar en responder.

—Ya habréis visto las cartas de mi esposo, caballero—empezó á decir;—creo que ha visto...

—Que ha visto... ¿qué?

La paciencia tenía un límite, incluso la de una mujer desolada.

Aquella pregunta fría irritó á Mad Ferraris hasta el punto de explicarse con claridad.

—¡Ha visto á lady Montbarry con el barón!—exclamó ruidosamente.—El barón es tan hermano de milady como mío: mi pobre marido se apercibió de la infamia de esos miserables. La doncella se fué también á causa de eso: si mi marido hubiera hecho lo mismo, estaría vivo...

Ellos le han matado para impedir que lord Montbarry supiese algo.

Exaltándose poco á poco, dió Mad. Ferraris su opinión sobre el asunto.

Mr. Troy escuchaba con irónica aprobación.

—Está bien arreglado eso, Mad. Ferraris, y sentáis unas conclusiones de mano maestra. Si fueseis hombre harías excelente abogado... Concluid, señora, de-

cidnos quién os ha enviado ese billete de Banco. Creo que no habrán sido los asesinos ¿eh?

El sello es de Venecia. ¿Tenéis allí algún amigo de tan buen corazón que os consuela guardando el anónimo?

No era fácil contestar á esto.

Mad. Ferraris empezó á sentir algo parecido al odio por Mr. Troy.

—No os comprendo, caballero—repuso,—no sé que haya en esto motivo para bromas.

Inés intervino por vez primera.

Acercó su silla á la de su amigo, y le dijo:

—¿Qué explicación os parece plausible?

—Ofendería á Mad. Ferraris expresándola—contestó Mr. Troy.

—No, señor de ningún modo—dijo Emilia sin ocultar ya la enemistad hacia mister Troy.

El notario se volvió en su silla.

—Muy bien—dijo con aire afable:—acabemos. Notad que no discuto sobre vuestro modo de ver lo que haya podido pasar en el palacio de Venecia; tenéis las cartas de vuestro esposo, en las que os apoyáis, y alegáis también la marcha significativa de la doncella de lady Montbarry.

Supongamos que lord Montbarry haya sido injuriado, que vuestro esposo fuese el primero en apercibirse y que los culpables tuviesen razones para creer que Mr. Ferraris fuese capaz de decírselo todo á lord Montbarry...

Oidme bien: admitiendo todo eso, llego á una conclusión contraria á la vuestra. Ved á vuestro esposo viviendo en aquella familia de tres; yo creería que os

ha enviado el billete y ha huído, quitándose de en medio, pero no lo creo.

Mi segunda hipótesis no es favorable á Mr Ferraris; sospecho que ha habido interés en alejarle y que se le ha pagado para ello; el billete de Banco es el precio de su partida, precio que los culpables envían á su mujer.

Los ojos gris claro de Mad Ferraris se iluminaron de pronto, y su tez plomiza se coloreó.

—¡Es falso! - gritó.—¡Es una vergüenza, una infamia hablar así de mi esposo!

—Ya os dije que os ofendería—replicó Mr. Troy.

Inés intervino otra vez para poner paz.

Cogió una mano á la esposa ofendida, hizo notar á Mr. Troy lo que había de injurioso en sus palabras, y apeló á su buen juicio.

Mientras hablaba entró la nodriza con una tarjeta en la mano.

Era de Enrique Westwick, y tenía estas palabras escritas de prisa con lápiz:

Traigo malas noticias: deseo veros un instante.

Inés salió enseguida.

Solo con Mad. Ferraris mostró al fin Mr. Troy la bondad de su corazón.

Trató de firmar las paces con la mujer del *cicerone*.

—Tenéis el derecho, querida señora, de mostraros resentida: debo deciros que me merecéis profundo respeto al veros tomar tan calurosamente su defensa Pero no olvidéis que en asuntos como este es mi deber decir la verdad.

Mil libras es una buena cantidad para que cualquiera se vea tentado, no de cometer una mala acción,

sino de ponerse lejos algún tiempo. Mi único objeto e llegar á la verdad Si queréis darme tiempo, no veo razón que impida que parezca vuestro marido.

—La mujer de Ferraris oyó sin dejarse convencer: en su espíritu seguía la hostilidad contra Mr. Troy.

—Os estoy muy agradecida, caballero.

Fué todo lo que contestó, pero sus ojos fueron más expresivos y añadieron claramente:

—Podéis decir lo que queráis, pero no os perdonaré nunca.

Mr. Troy abandonó la partida.

Se recostó tranquilamente en su silla, metió las manos en los bolsillos y miró por la ventana.

* * *

Después de unos instantes de silencio, se abrió la puerta del salón.

Mr. Troy se volvió esperando ver á Inés, pero con gran sorpresa suya entró una persona que le era desconocida.

Era un joven que traía en el rostro señales de tristeza: miró á Mr Troy y saludó gravemente.

—He tenido la desgracia de traer á miss Ines Lockwood malas noticias que la han impresionado—dijo.—Se ha retirado á su habitación rogándome os lo diga y la reemplace.

Después de presentarse así vió á madame Ferraris y la tendió la mano.

—Hace años que no nos vemos, Emilia; temo hayáis olvidado al *señor Enrique* de otros tiempos.

Emilia saludó confusa y preguntó si podía ser útil á miss Lockwood.

Está con ella la no lriza: vale más dejarlas juntas.

Enrique se volvió hácia Mr. Troy.

—He debido deciros mi nombre, caballero: me llamo Enrique Westwick, y soy el hermano más joven del difunto lord Montbarry.

—¡Lord Montbarry muerto! —exclamó Mr. Troy

—Mi hermano murió ayer noche en Venecia Ved el telegrama—dijo dándoselo á Mr. Troy.

El telegrama decia así:

«Lady Montbarry—Venecia—á Stéfamo Roberto Westwick, Neubarry-Hotel—Londres.

"Inútil emprender viaje: lord Montbarry muerto de bronquitis esta noche á las 8,40: detalles, correo »

—¿Era esperada esa muerte, caballero?—preguntó el abogado.

—No nos ha sorprendido del todo—repuso Enrique, —mi hermano Stéfano, actual jefe de la familia, recibió hace tres dias un telegrama informándole de que se habían declarado síntomas alarmantes, y que se había llamado á un segundo médico.

Telegrafió enseguida diciendo que salía de Irlanda para Londres con objeto de ir á Venecia, rogándole dirigieran al hotel la noticias posibles. Llegó un segundo despacho diciendo que lord Montbarry estaba completamente sin sentido y que no conocía á nadie.

Le aconsejaba á mi hermano que esperase en Londres más noticias; el tercer telegrama es ese: esto es todo lo que sé.

Mr. Troy miró en aquel momento á la mujer del *cicerone* y le chocó la expresión de terror que vió en su rostro.

—¿Habéis oido lo que ha dicho mister Westwick, señora?

—No he perdido una palabra.

—¿Tenéis que preguntar algo?

—No, señor.

—Parecéis muy alarmada—insistió el obogado,—¿es por vuestro esposo?

—No volveré á verle; antes lo creía, ahora estoy segura.

—¿Por lo que habéis oído?

—Sí, señor.

—¿Podéis decir por qué?

—No, señor; es un presentimiento que no me explico

—¿Presentimiento?—repitió con desdén Mr. Troy. - Cuando se llega á los presentimientos..,

Dejó la frase sin acabar y se levantó para despedirse de Mr. Westwick.

La verdad era que empezaba á perderse en conjeturas que no quería adivinase Mad Ferraris.

—Aceptad la expresión de mi simpatía caballero—dijo cortésmente á Enrique.

Enrique se volvió á Mad. Ferraris cuando el abogado cerraba la puerta.

—He oído hablar de vuestras penas, Emilia, á miss Lockwood; ¿puedo hacer algo por vos?

—Nada; gracias tal vez lo mejor es que me vuelva á mi casa Mañana veudré á ver á miss Inés; me apena lo que le pasa.

Se fué en silencio, obstinada en persar lo peor sobre la desaparición de su esposo.

Enrique Westwick miró en torno suyo; el saloncito estaba vacío.

Nada le retenía en la casa y, no obstante, no se iba. Ya era algo estar cerca de Inés y ver los objetos de su pertenencia.

En un rincón su butaca; junto á ésta el velador con la labor; sobre un caballete cerca de la ventana su último dibujo.

Miró uno después de otro todos los objetos que le recordaban la mujer amada, los cogió con una especie de respeto y volvió á dejarlos en su sitio.

¡Ah, cuán lejos estaban aún el uno del otro!

—No olvidará jamás á Montbarry—pensó tomando su sombrero para irse.—Nadie siente como ella su muerte. ¡Cómo le amaba!

En la calle, al cerrar la puerta, fué detenido por alguien que conocía, un hombre curioso que llegaba en mal momento.

—Malas noticias de vuestro hermano, Westwick... una muerte inesperada ¿verdad? En el círculo no sabíamos que estuviera mal del pecho.. ¿Qué hará la Compañía?

Enrique se estremeció.

No había pensado nunca en el seguro de la vida de su hermano.

¿Qué haría la compañía más que pagar?

Una muerte por bronquitis, certificada por dos médicos, era la muerte menos sujeta á discusión.

—¡Quisiera que no me hubiérais hablado de eso!—dijo irritado.

—¡Ah!—replicó el otro;—¿creéis que la viuda cobrará? Yo también.

VII

Algunos días después, dos Compañías de seguros

recibieron del agente de negocios de la viuda la noticia oficial de la muerte de lord Montbarry.

La suma asegurada era de mil libras en cada Compañía, y sólo se había pagado una anualidad.

Los directores creyeron conveniente estudiar un poco el asunto.

Los médicos de las Compañías que habían recomendado el seguro de lord Montbarry fueron llamados para que explicasen los dictámenes dados

Esta noticia despertó la curiosidad de las personas que se ocupaban de seguros sobre la vida.

Sin negar el pago en redondo, se pusieron de acuerdo ambas Compañías para nombrar una comisión de indagación en Venecia con objeto de tomar más *amplios informes.*

Mr. Troy supo enseguida lo que pasaba, y escribió á Inés notificándoselo y dándola un consejo.

—«Sois íntima amiga—le decía—de lady Barville, hermana mayor del difunto Montbarry.

El abogado de su marido lo es también de una de las Compañías; puede haber en el dictámen de la comisión algo que se refiera á la desaparición de Ferraris.

Este documento no se enseñará á todo el mundo; pero seguramente se hará una excepción por su hermana, y si sir Teodora Barbille muestra deseos de ello ya que los abogados no enseñen el dictamen, no dejarán de contestar á las preguntas que se les hagan Decidme lo antes posible que penséis de esto.»

La respuesta llegó á correo vuelto. Inés se negaba á seguir el consejo de Mr. Troy.

«Mi intervención ha tenido tan malos resultados que no quiero mezclarme más en el asunto Ferraris.

Si no hubiesen consentido á ese desgraciado que usara de mi nombre, lord Montbarry no lo hubiese tomado á su servicio, y su mujer no estaría en la terrible incertidumbre en que está.

Admitiendo que el dictámen de que habláis llegue á mis manos, no querré ni mirarle; sé ya lo bastante sobre esa triste vida del palacio de Venecia. Si madame Ferraris se dirige á lady Barville por conducto vuestro, ya es otra cosa. Pero en este caso os pongo por condición que mi nombre no suene para nada.

Perdonadme, querido Mr. Troy; soy tal vez poco razonable; pero soy mujer y no se me puede pedir más.»

Atacado en este punto aconsejó el abogado se tratase de descubrir el paradero de la doncella de milady.

Esta idea, buena á primera vista, tenía un inconveniente: había que gastar dinero.

Mad. Ferraris retrocedió ante la idea de tocar al billete de mil libras, que había llevado á una casa de banca.

Si se hablaba de esto se extremecía toda y hablaba con acento melodramático del *precio de la sangre de su marido*.

Con estas condiciones, los trabajos para descubrir el misterio de la desaparición de Ferraris se dejaron para otra ocasión.

***

Llegó el último mes del año 1860.

La comisión de investigación obraba ya; había comenzado sus trabajos el día 6, y el 10 espiraba la póliza de lord Montbarry.

Las Compañías de seguros supieron por telégrafo

ción, Cultura y Deporte

que los abogados de lady Montbarry la habían aconsejado se trasladase á Londres lo antes posible.

Se creía que el barón Rixar la acompañaría, pero no pensaba quedarse en Inglaterra á menos que su hermana le necesitase.

El barón, conocido como químico entusiasta, había oído hablar de recientes descubrimientos en los Estados Unidos y quería estudiarlos.

Mr. Troy supo todo esto y se apresuró á comunicárselo á Mad Ferraris, que siempre inquieta por su marido, hacía frecuentes visitas al estudio del abogado.

Emilia quiso contárselo á Inés, pero ésta se negó, alegando que se la hablaba ya demasiado de la mujer de lor Montbarry, cuando éste ya no existía.

—Mr. Troy os aconseja—la dijo.—En mi casa seréis siempre bien venida, y estoy dispuesta á ayudaros con el poco dinero que poseo, pero os pido en cambio que no me disgustéis; trato de olvidar...

La faltó la voz y se detuvo un momento.

—..., de olvidar recuerdos muy dolorosos; no me digáis nada hasta que pueda alegrarme con vos de la vuelta de vuestro esposo.

Corría el 13 del mes; Mr. Troy había recogido gran número de noticias útiles.

Los trabajos de la comisión estaban terminados. Su dictamen llegó de Venecia aquel mismo día.

VII

El día 14 se reunieron los directores y consejeros para oir la lectura del dictámen.

Hé aquí su texto:

Personal y confidencial

«Tenemos el honor de informar á los directores que llegamos á Venecia el 6 de Diciembre de 1860.

El mismo día nos presentamos en el palacio que lord. Montbarry habitó durante su enfermedad.

Fuimos recibidos con gran cortesía por el señor barón Rixar, hermano de lady Montbarry.

—Mi hermana es la única que cuidó á milord durante toda la enfermedad—nos dijo.—Está anonadada de dolor: de otro modo os hubiera recibido. ¿Qué deseáis, señores? ¿Puedo hacer algo en ausencia de milady?

Respondimos con arreglo á nuestras instrucciones que la muerte y sepelio de lord Montbarry en el extranjero nos forzaba á tomar algunos informes sobre su enfermedad y circunstancias que la acompañaran.

Dijimos que la ley concede á las Compañías un plazo antes del pago, y que deseábamos llenar nuestro deber con las mayores consideraciones hácia milady y los demás miembros de la familia que hubiese en la casa.

—El barón contestó:

—Soy el único de la familia que reside aquí pero estoy á vuestra disposición: podéis mirar el palacio como vuestra propia casa.

Desde el principio al fin notamos gran franqueza en el señor barón.

Excepto la habitación de milady visitamos todas las

demás del palacio: es un edificio inmenso sin amueblar del todo.

El primer piso y parte del segundo contienen las piezas habitadas por lord Montbarry y su servidumbre.

Vimos en un extremo del palacio la alcoba en que murió milord, y la pieza próxima de que se servía como de gabinete del trabajo

Al lado hay una gran sala, generalmente cerrada con llave, en la que se encerraba milord cuando quería absoluto silencio.

Al otro extremo de esta gran sala está la habitación de la viuda y un gabinete que ocupó su doncella antes de irse á Inglaterra.

Hay además comedores y salas de recibo que dan á una antesala, á la que se llega por la gran escalera del palacio.

En el piso segundo hay las piezas siguientes: gabinete de estudio, la alcoba del barón Rixar y otra pieza que servía para el *cicerone* Ferraris.

Las salas del tercer piso y del bajo estaban completamente vacías.

Preguntamos si había algo más que ver, y se nos dijo que las cuevas, que podríamos examinar libremente.

Pasamos á fin de no dejar nada por ver; el aire y la luz penetraban con dificultad en aquellos sombríos lugares, que comunicaban por dos pozos estrechos con un patio situado detrás del palacio.

Sus bocas, muy altas sobre el suelo, estaban cerradas por fuertes rejas.

La escalera que baja á las cuevas está cerrada con

una trampa muy pesada que vimos abierta. El barón bajó delante.

Hicimos la observación de que sería muy desagradable que la trampa se cerrase dejándonos dentro, y el barón sonrió:

—No temáis, señores—dijo.—He tenido gran interés en que juegue bien, porque mi laboratorio desde que llegué á Venecia está aquí.

Esto nos dió la explicación de un olor extraño que salía de las cuevas, olor que nos chocó en cuanto entramos.

Este olor parecía aromático al pronto, pero luego resultaba ácre en la garganta.

Los hornos y demás aparatos del barón estaban allí, así como los paquetes de productos químicos con las etiquetas de los vendedores.

—Mal sitio para trabajar es este—dijo el barón;—pero mi hermana es muy miedosa y teme al olor y las explosiones, así es que me ha relegado á estos subterráneos para no apercibirse de mis experiencias.

Nos tendió sus manos enguantadas.

—Sucede algún accidente: el otro día me quemé las manos al intentar una mezcla nueva, pero ya se van curando.

Si insistimos sobre estos detalles que no parecen tener importancia, es para demostrar que la visita al palacio no nos fué vedada en modo alguno.

Fuímos también á la habitación de milady en el rato que salió á tomar un poco el aire. Estábamos encargados de examinar cuidadosamente la residencia de milord, porque su aislamiento en Venecia y la mar-

cha de los dos criados únicos de la casa pudieran tener alguna relación con su inesperada muerte.

Nada hemos visto que confirme esta sospecha.

En cuanto á la vida retirada que lord Montbarry hacía, hemos hablado con el cónsul de Inglaterra y el banquero de la familia, únicas personas que le trataban.

Milord se presentó una vez en la casa de banca para negociar una letra y rehusó aceptar la invitación del banquero para pasar unas horas en su residencia.

Milord escribió al cónsul rogándole le dispensase si no le pagaba personalmente la visita.

Hemos visto la carta y podemos dar de ella la siguiento copia.

«Los años que he pasado en la India me han abatido mucho. He dejado de frecuentar la sociedad, y mi ocupación ahora es estudiar la literatura oriental.

El clima de Italia me conviene más que el de Inglaterra, si no, no hubiera salido de mi país Os ruego aceptéis las excusas de un enfermo que no encuentra consuelo más que en el estudio.

Mi vida de hombre de mundo ha terminado.»

La reclusión voluntaria de lord Montbarry nos pareció explicada en estas líneas.

No hemos descuidado, sin embargo, otras indagaciones, pero sin resultado sospechoso.

Cuanto á la marcha de la doncella hemos visto el recibo de sus salarios, en el que dice que deja el servicio de lady Montbarry porque no la gusta el continente, y desea volver á su país.

Esto no es extraño, y sucede con muchos criados ingleses que se llevan al extranjero.

Lady Montbarry nos ha dicho que no reemplazó á su doncella por la antipatía que su esposo tenía á las caras nuevas.

La desaparición de Ferraris es evidentemente un hecho extraordinario.

Ni lady Montbarry ni el barón pueden explicársela: nuestras pesquisas sobre el particular no han dado resultado, pero no hemos sabido nada que pueda tener relación con el fin especial que perseguimos.

Hemos llegado hasta examinar el baúl que Ferraris ha dejado; contiene ropas y está en poder de la policía.

Hemos tenido también ocasión de hablar con la vieja que arreglaba las alcobas de sus señorías; fué tomada por recomendación del fondista que sirve la comida.

Su reputación es excelente, pero su obtusa inteligencia no la hace testigo de valer. Hemos empleado gran paciencia en preguntarla, pero no hemos sacado en limpio nada aprovechable.

El segundo día de nuestra llegada lady Montbarry nos hizo el honor de concedernos una entrevista.

Estaba muy abatida y pareció no comprender lo que queríamos.

El barón Rixar, que nos presentó, explicó el objeto de nuestra visita diciendo que era de pura fórmula, y después se retiró.

Las preguntas que hicimos á milady se relacionaban con la enfermedad de milord.

Nos contestó entrecortada, pero al parecer, sin reserva alguna. Hé aquí el resultado de nuestra conversación:

La salud de lord Montbarry no era buena hacía tiempo, estaba nervioso é irritable. El 13 de Noviembre último se quejó de haber cogido frío; pasó mala noche, y al día siguiente guardó cama.

Milady propuso llamar á un médico, pero milord se negó, diciendo que se bastaba para curarse un constipado. Pidió una limonada caliente para sudar.

La doncella de milady ya se había ido en aquella época, y Ferraris era el único criado. Este fué á comprar limones y milady hizo por sí misma la limonada. Esta surtió efecto, y milord durmió algunas horas.

Durante el día necesitó milady á Ferraris y le llamó, pero este no contestó.

En vano le buscó el barón Rixar en el palacio y en la ciudad. Desde entonces se perdió su pista; esto sucedió el 14 de Noviembre.

La noche del 14 recrudecieron los síntomas de fiebre en milord, y se atribuyeron á la inquietud por la desaparición de Ferraris.

Era imposible ocultársela al lord porque le llamaba con frecuencia para que reemplazase en su cuidado á lady Montbarry y al barón.

El 15, día en que fué por primera vez la vieja á hacerle el arreglo el lord se quejó de dolor en la garganta y opresión en el pecho.

Este día y el 16 trataron milady y el barón de hacer venir un médico, pero volvió á negarse

—No quiero ver caras extrañas—dijo;—mi resfriado seguirá su curso y nada harían los médicos.

Tal fué su respuesta.

El 17 estaba peor y se mandó á por un médico sin consultarle.

El barón Rixar fué por recomendación del cónsul á buscar al doctor Bruno, muy conocido en Venecia: había vivido en Inglaterra y conocía sus costumbres.

Hasta aquí hemos copiado lo que milady nos dijo.

Ahora vamos á copiar textualmente los informes comunicados por el médico:

—En mi agenda consta que fuí llamado por primera vez á ver á lord Montbarry el 17 de Noviembre. Sufría una violenta bronquitis y se había perdido un tiempo precioso por su obstinación en no récibir al médico.

Me pareció de constitución delicadísima y tenía muy desorganizado el sistema nervioso. Cuando le hablaban en inglés respondía en italiano y viceversa.

Estos detalles no tienen gran importancia, porque la enfermedad había hecho tales progresos que casi no podía hablar.

Prescribí en el acto los remedios necesarios. Las copias de las recetas traducidas al inglés acompañan á mi informe.

Durante los tres días siguientes no me separé del enfermo. Seguía punto por punto mis instrucciones y mejoraba.

Pude asegurar á lady Montbarry que estaba salvado el peligro, pero en vano traté de que aceptara una enfermera experimentada. Milady no quería permitir que nadie cuidase á su marido.

Día y noche estaba á su cabecera; mientras ella descansaba unos momentos velaba su hermano.

Se ocupaba en estudios químicos y quiso hacerme presenciar sus experimentos en los subterráneos del palacio, pero harto hacía yo con estudiar para mi sin dedicarme á otras investigaciones.

, Cultura y Deporte

Me alejo de mi objeto; volvamos al enfermo.

Hasta el 20 fué bien la cosa. No estaba yo preparado para el triste suceso que ocurrió el 21 por la mañana cuando fuí á ver á lord Montbarry.

Se había agravado considerablemente, y al reconocerle noté síntomas de pneumonía. Respiraba con dificultad y la tos no le calmaba.

Me inquietó lo que hubiera podido pasar; indagué y supe que mis instrucciones se habían cumplido y que el enfermo no había recibido frío alguno.

Con gran disgusto hube de aumentar el dolor de milady, pero tuve que aconsejarla se llamase á otro médico en consulta, aunque lo creía inútil.

Milady me rogó no economizase nada y que se llamase al mejor médico de Italia. Afortunadamente no había que ir lejos.

El mejor médico de Italia es Torello, en Padua. Mandé un propio á buscarle, y llegó la noche del 21, confirmando mi opinión, sobre la pneumonía, añadiendo que el enfermo estaba en peligro.

Le expuse mi tratamiento y lo aprobó sin reservas; á ruegos de milady consintió en quedarse hasta el día siguiente.

—Vimos muchas veces, durante la noche, al enfermo. El mal se agravaba, á pesar de nuestros esfuerzos, y por la mañana se despidió de nosotros el doctor Torello.

—Ese hombre está perdido—me dijo.—Es preciso prevenirle.

Durante el día anuncié á milord lo más dulcemente posible que su vida acababa. Me dicen que es importante saber lo que pasó entre ambos: hélo aquí.

Lord Montbarry recibió la noticia de su fin con resignación, pero sin creerla.

Me hizo señas de que me acercase, y murmuró en mi oído estas palabras:

—¿Puedo tener confianza en vos?

—Enteramente—contesté.

Esperó un poco respirando penosamente y siguió en voz baja:

—Buscad en mi almohada.

Encontré una carta lacrada y franqueada, dispuesta para ir al correo.

Apenas si le oí pronunciar esto:

—Llevadla vos mismo al correo.

Dije que lo haría y lo cumplí. Miré el sobre: iba dirigido á una señora de Londres; no recuerdo la calle, pero sí el nombre, que era italiano: Mad. Ferraris.

Aquella noche murió su señoría, no sin antes decirme con los ojos si había echado su carta. Le dije del mismo modo que sí.

Fué su última señal de vida; murió, como he dicho, el 25.

Creo absurdo pretender buscar una causa extraña á su muerte. Una bronquitis terminada en pulmonía; esto es todo, tan cierto como dos y dos son cuatro.

Incluyo una nota del doctor Torello, que robustece mi opinión, á fin de satisfacer á las Compañías inglesas que han asegurado la vida de lord Montbarry.»

Aquí termina el informe del doctor Bruno.

Volvamos á las preguntas que hicimos á lady Montbarry. Nada pudo decirnos respecto de la carta puesta en el correo por el doctor Bruno.

¿Cuándo la escribió el lord? ¿Qué decía? ¿Por qué la

ocultó de su mujer y su cuñado? ¿Para qué escribía á la mujer de Ferraris?

Tales fueron las preguntas á que no pudo contestar. La cosa merecía esclarecerse.

Esta carta, oculta en la almohada, nos parece inexplicable; pero hay un medio de saber algo: ver á Mad. Ferraris.

Pueden obtenerse sus señas en la oficina de cicerones, Golden Square.

Llegados al fin de nuestro dictamen, debemos llamar vuestra atención sobre este extremo.

¿Ha revelado la indagatoria algo extraño que haga sospechosa la muerte de lord Montbarry?

En ausencia de pruebas y ante el testimonio de dos médicos eminentes es imposible suponer que la muerte no sea natural, y creamos que no hay razón que obligue á la negativa del pago del seguro.

Este dictámen saldrá en el correo de mañana 10 de Diciembre.

Habrá tiempo para mandarnos nuevas instrucciones si se consideran necesarias.

X

—Vamos á ver, querida señora... decid pronto lo que tengáis que comunicarme. Es la hora de mis negocios y me interesan más que los vuestros.

En estos términos se dirigía Mr. Troy á Emilia, mirando de paso su reloj, que colocó ante sí.

Después se preparó á oir lo que tenía que decirle Mad. Ferraris.

—Es sobre la carta que trajo el billete de banco de mil libras—dijo la mujer del cicerone.—He descubierto quien me la envió.

Mr. Troy hizo un movimiento.

—¡Caramba! ¿quién os la envió?

—Lord Montbarry, caballero.

No es fácil pintar la sorpresa de Mr. Troy.

Se quedó estupefacto y la miró un rato sin decir palabra.

—¡No es posible! —dijo cuando volvió de su asombro.—Os engañáis, no puede ser.

—No hay error posible—replicó madame Ferraris con seguridad.—Dos señores de la oficina de seguros han venido esta mañana á pedirme la carta; se asombraron cuando vieron lo del billete, pero ya saban quién lo ha enviado. El médico de milord lo puso en Venecia en el correo.

Id á casa de esos señores si no me creéis; me preguntaron si sabía por que me mandaba ese dinero, y les he dicho que esto era efecto de su natural bondad.

—¡De su natural bondad!—repitió admirado mister Troy.

—Si señor; lord Montbarry me conoció, como toda su familia, cuando yo iba al colegio en sus tierras de Irlanda. Si hubiese podido hubiera protegido á mi pobre esposo, pero ¿qué podía él contra milady y el barón? Lo único que podia hacer era asegurar mi subsistencia.

—¡Bonita explicación!—replicó monsieur Troy.—¿Qué dicen los de la Compañía de seguros?

—Me preguntaron si tenía alguna prueba de la muerte de mi marido.

—¿Y qué dijisteis?

—Dije que tenía más que prueba, una opinión positiva.

Cultura y Deporte

—¿Y se dieron por satisfechos?

—No me lo dijeron, pero se miraron y me dieron los buenos días al irse.

—Pues bien, á menos que no tengáis otras pruebas... Tomo nota, no obstante, de las noticias que me dáis, pero sin otras pruebas no puedo hacer nada.

—Si es una prueba lo que queréis y no otra cosa—replicó Mad. Ferraris, envolviéndose en su dignidad—puedo procurárosla, pero antes quiero saber si la ley me permite hacer lo que se me antoje.

Ya habréis sabido por los periódicos que lady Montbarry está en Londres, en el hotel Newsbury; tengo intención de ir á verla.

—¿Para qué?

Mad. Ferraris contestó con aire misterioso:

—Quiero tenderla un lazo... No me haré anunciar con mi nombre, y hé aquí lo primero que diré: Vengo á acusaros recibo del dinero enviado á la viuda de Ferraris.

Os sorprende ¿verdad? Calmaos: la prueba que se busca la descubriré yo en su rostro culpable. . Que cambie de color ó baje los ojos medio segundo y la arrancaré su máscara. Lo único que quiero saber es si me lo permite la ley.

—La ley no os lo prohibe—contestó gravemente Mr. Troy,—pero que milady os deje hacer es otra cosa.

—Veamos, Mad. Ferraris, ¿os sentís con valor para llevar á buen fin semejante empresa? Miss Lockvood me ha dicho que sois tímida y nerviosa, y eso que miss Lockvood no se ha engañado.

—Si hubieseis vivido en el campo en vez de vivir

en Londres, hubiérais visto alguna vez al carnero arrojarse sobre el perro de ganado, estoy lejos de decir que soy valiente, pero cuando esté en presencia de esa miserable y piense en mi marido asesinado, no seré yo quien tenga miedo. Voy á dar este paso y veréis cómo acaba todo... ¡Adiós!

Después de tan brava declaración, la mujer del cicerone se puso el abrigo y salió.

Mr. Troy sonrió levemente, y no con ironía, sino compasivo

—¡Pobrecilla!—dijo.—Si la mitad de lo que se ha dicho de lady Montbarry es cierto, Mad. Ferraris y su lazo van á tener buena suerte. ¿Cómo acabará ésto?

Y á pesar de toda su experiencia no pudo calcular Mr. Troy cómo acabaría.

X

Entretanto ponía Mad. Ferraris por obra su proyecto.

Se fué derecha al hotel Newsbury.

Lady Montbarry estaba en su cuarto y sola, pero vacilaron en molestarla al ver que la visitante no daba su nombre.

La nueva doncella de milady atravesaba precisamente el vestíbulo. Era francesa y resolvió la cuestión perfectamente según ella misma dijo.

—La señora tiene buen aspecto—dijo,—y tendrá razones para no dar su nombre, razones que milady puede aprobar. En todo caso la señora se explicará con milady... Seguidme, señora.

A pesar de su resolución, el corazón de Mad. Fe

rraris latió violentamente cuando la doncella la hizo esperar en una antesala y llamó á una puerta.

Se ha notado que los séres tímidos son los que mejor saben ocultar su debilidad y llevar á cabo actos terriblemente temerarios.

Una voz dijo desde la habitación:

—¡Adelante!

La doncella la abrió y dijo:

—Una señora desea veros para negocios, milady.

Y se retiró enseguida.

La pequeña Ferraris comprimió los latidos de su corazón, pasó la puerta con las manos crispadas, los labios secos, y se vió frente á la viuda de lord Montbarry.

Las dos estaban tranquilas en la apariencia.

Era aún temprano y entraba poca luz.

Las cortinas cerridas lo impedían, y lady Montbarry estaba sentada de espaldas á la ventana.

Había cambiado mucho desde el día memorable en que la vimos en el gabinete de consulta del doctor Wybrow.

Su belleza había huído, y no le quedaba (como observó Mad. Ferraris) más que piel y huesos.

Lo único imperecedero era el contraste entre su palidez sepulcral y el brillo metálico de sus ojos negros.

Echada como una pantera sobre un canapé, miró á la visitante con cierta curiosidad, y luego dejó caer la mirada sobre el abanico que tenía en la mano para resguardar su rostro del fuego.

—No os conozco—dijo—¿qué queréis?

Mad. Ferraris trató de responder. Su valor se había ido.

Aquella frase valiente que llevaba en el corazón no llegó á los labios.

Hubo un momento de silencio. Lady Montbarry miró la visitante muda.

—¿Estás sorda?—preguntó.

Corrió otra pausa.

Milady miró tranquilamente su abanico y volvió á decir:

—¿Es dinero lo que queréis?

—¡Dinero!

Esta palabra devolvió su valor á la mujer del *cicerone*, y pudo decir:

—¡Miradme bien, milady.

Milady se volvió por tercera vez.

Aquella frase salió al fin de labios de Mad. Ferrarris.

—Vengo á acusaros recibo del dinero enviado á la viuda de Ferraris.

Los ojos brillantes de milady se fijaron con asombro en la que así hablaba.

Nada turbó la placidez de su rostro, ni el temor ni la confusión.

Miró de nuevo fijamente su abanico tan tranquilamente como si nada hubiera oído: la prueba no había dado resultado.

Hubo una tercera pausa: lady Montbarry parecía reflexionar.

Su sonrisa, aquella sonrisa triste y cruel á la vez se dibujó en sus labios.

Indicó con el abanico un asiento al extremo opuesto de la habitación.

—Tomaos la molestia de sentaros—dijo.

ión, Cultura y Deporte

No sabiendo que hacer ni que decir, se sentó madame Ferraris maquinalmente.

Por primera vez se incorporó lady Montbarry y la miró escrutadoramente mientras atravesaba la habitación. Después dijo como para sí:

—Anda derecha, luego no está borracha: tal vez esté loca.

Habló bastante alto para ser oída.

Mad. Ferraris contestó al verse insultada:

—No estoy más borracha ni más loca que vos.

—¿De veras?—replicó milady.—Entonces sois una insolente: he notado, en efecto, que el pueblo inglés está mal educado... No quiero seguiros á ese terreno, no sabría qué deciros.

Mi doncella es una mala cabeza, y os ha dejado entrar muy fácilmente. Me pregunto quien sois: me nombráis á un *cicerone* que nos dejó de mala manera. ¿Era casado? ¿sois su viuda? ¿sabéis dónde está?

La indignación de Mad. Ferraris estalló y se acercó al canapé.

En su rabia no temía nada.

—¡Soy su viuda, y vos lo sabéis, mujer infame! ¡en mala hora recomendó miss Lockvood á mi marido!

Antes que pudiera añadir otra palabra, lady Montbarry saltó del canapé con la agilidad de una gata, la cogió por los hombros y la sacudió como una loca.

—¡Mentís! ¡mentís!

La dejó al fin y levantó los brazos al cielo con desesperación.

—¡Es posible, Dios mío!—exclamó—¡ese hombre entró en casa recomendado por esa mujer!

Se volvió de p onto á Mad Ferraris y la sujetó en el momento en que iba á salir del gabinete.

—¡Quieta aquí, miserable, y respondedme! Tan cierto como esa luz alumbra que si gritáis os ahogo! Sentaos y no temáis, imbécil. Soy yo quien tiene miedo... Confesad que mentísteis al pronunciar el nombre de miss Lockvood... ¡No creeré vuestros juramentos, no creeré á nadie más que á ella! ¿Dónde vive? ¡Dímelo, insecto, y podrás irte!

Mad. Ferraris retrocedió y dió las señas. Lady Montbarry la señaló la puerta con desprecio.

Luego, de pronto, cambió de idea:

—¡No, aun no! Diríais á miss Lockvood lo que ha pasado y podría negarse á recibirme. Voy á ir en seguida y vendréis conmigo hasta la puerta. Sentaos mientras llamo á mi doncella y volveos: no quiero veros el rostro.

Llamó y acudió la doncella.

—Mi abrigo y mi sombrero. ¡Pronto!

Trajeron el sombrero y el abrigo, que estaban en la alcoba.

—Un carruaje en la puerta y procurad que no tenga yo que esperar.

La doncella salió.

Lady Montbarry se miró al espejo y dijo volviéndose vivamente á Mad. Ferraris.

—Parezco medio muerta ¿verdad? Dadme vuestro brazo.

Tomó el brazo de Mad. Ferraris y salió

—No debéis temer nada mientras obedezcáis—dijo bajando la escalera—me dejaréis en casa de miss Lockvood y no me volveréis á ver.

En el vestíbulo vieronal dueño del hotel.

Lady Montbarry presentó graciosamente á su acompañante.

—Mi buena amiga Mad. Ferraris, á quien he tenido mucho gusto en volver á ver.

El dueño las acompañó hasta la puerta.

El carruaje esperaba.

—Subid, mi querída Mad. Ferraris, y dad las señas al cochero.

El carruaje se puso en marcha. El humor mudable de milady cambió otra vez, y se arrojó con una especie de rabia en el fondo del coche.

Abismada en sus reflexiones y sin ocuparse para nada de la mujer que iba sujeta á su voluntad de hierro, guardó silencio hasta llegar á casa de mis Lockvood.

Entonces sacudió su apatía, abrió la portezuela y volvió á cerrarla.

—Llevad á esa señora á su casa, á una milla de aquí—dijo al cochero pagándole la carrera.

Un momento después llamaba en la puerta de la casa.

Entró y la puerta se cerró detrás de ella.

El cochero bajó y preguntó á Mad Ferraris:

—¿A dónde vamos, señora?

Mad. Ferraris se llevó las manos á la frente como para coordinar sus ideas.

¿Podia dejar sola y á merced de lady Montbarry á su bienhechora?

Aun se preguntaba lo que debía hacer cuando vió que un hombre se detenía en la puerta de casa de miss Lockvood.

Se volvió por casualidad y vió en el carruaje á madame Ferraris.

—¿Venís también á casa de Inés?—preguntó.

Era Enrique Westwick. Emilia, al verle, cruzó las manos en señal de alegría.

—¡Entrad, entrad!—exclamó—¡esa abominable mujer está con miss Inés! ¡Id, protegedla!

—¿Qué mujer?—preguntó Enrique.

La respuesta le dejó clavado.

Cuando oyó el nombre aborrecido de lady Montbarry miró lleno de asombro á Mad. Ferraris, y sólo pudo decir:

—¡Ya voy!

Llamó y entró presuroso.

XI

—Lady Montbarry, señorita.

Inés se disponía á escribir una carta, cuando la criada la hizo estremecerse anunciando semejante visita.

Su primera idea fué la de no recibir á quien así iba á buscarla; pero lady Montbarry venía detrás de la criada, y antes de que Inés hubiese podido decir nada estaba en la habitación.

—Os ruego me perdonéis, señorita Lockvood; tengo que haceros una pregunta interesante para mí, y sólo vos podéis responderme.

Así, en voz baja y vacilante, mirando al suelo, empezó lady Montbarry la conversación.

Inés señaló una silla sin contestar; es cuanto pudo hacer en aquel momento.

Cuanto se había dicho de la vida triste y retirada del palacio de Venecia y de la lúgubre muerte de lord

ucación, Cultura y Deporte

Montbarry en el extranjero le acudió á la memoria al ver á aquella mujer vestida de negro.

La extraña visita de lady Montbarry la ponía en mayor turbación. ¡Estaba allí aquella aventurera de fama europea!

Desde su entrada no se había atrevido milady á mirar una sola vez á Inés.

Dudaba en tomar la silla que se la señalaba, y se mantenía de pié sostenida en la colgadura.

— Os ruego me concedáis un momento para reponerme—dijo débilmente.

Su cabeza se dobló sobre el pecho: estaba delante de Inés como ante un juez

Siguió un momento de silencio; la puerta se abrió de pronto y apareció Enrique Westwick.

Miró á lady Montbarry, la saludó friamente, y pasó.

Al ver á su cuñado recobró milady todo su valor.

Su talle, antes encorvado, se irguió, y sus ojos se posaron en los ojos desconfiados de Enrique. Le devolvió su saludo con una sonrisa llena de desprecio.

Enrique avanzó hácia Inés.

— ¿Habéis llamado vos á lady Montbarry?—la preguntó tranquilamente.

—No.

—¿Deseabais verla?

— Su visita me es penosa.

Enrique se volvió á su cuñada.

— ¿Oís?—preguntó friamente.

—Oigo—repuso milady más friamente.

—Vuestra visita es, cuando menos, inoportuna.

— Vuestra intervención está, cuando menos, demás.

Lady Montbarry se acercó á Inés; la presencia de Enrique parecía irritarla.

—Permitidme, miss Lockvood, dirigiros una pregunta—dijo con cortesía llena de gracia.—No es nada que pueda molestaros: cuando el *cicerone* Ferraris pidió colocación á mi difunto esposo, ¿fuisteis . ?

Le faltó valor para seguir y cayó temblando sobre la silla más próxima, pero se repuso en seguida.

—¿Fuistéis vos quién le permitió que se sirviese de vuestro nombre para recomendarse?

Inés no contestó con su habitual franqueza: el nombre de Montbarry pronunciado por aquella mujer la turbaba.

—Hace mucho que conocía á la mujer de Ferraris —dijo y me interesaba...

Lady Montbarry se levantó cruzando las manos con aire suplicante..

—¡Ah, miss Lockvood! ¡no perdáis el tiempo hablando de la mujer! Contestad sencillamente á mi pregunta.

—Dejadme que yo responda—dijo Enrique en voz baja.—Seré más breve.

Inés rehusó con el gesto: la interrupción de lady Montbarry la repuso y ensayó otra respuesta.

—Cuando Ferraris escribió á lord Montbarry debió sin duda citar mi nombre.

Aun no comprendía el objetivo de la visita de milady: la impaciencia de ésta era marcada.

Se levantó y adelantó hasta Inés.

—¿Se sirvió de vuestro nombre con permiso vuestro?—preguntó.—Es cuanto deseo saber: ¡respondedme si ó no por amor de Dios!

—Sí

Esta sola palabra dejó estupefacta á lady Montbarry.

La expresión que animaba su rostro desapareció: parecía una mujer convertida en estátua.

Estaba de pie, fijando en Inés una mirada maquinal, y se quedó en completa inmovilidad.

Enrique tomó la palabra un poco brutalmente.

—Reponeos—dijo.—¿Tenéis ya la respuesta que queríais?

Milady se volvió hácia él.

—Es mi condena lo que he oído—dijo.

Y volviéndose lentamente, se preparó á salir de la habitación.

Inés la detuvo con gran sorpresa de Enrique.

—Esperad un poco, lady Montbarry: tengo algo que preguntar á mi vez Habéis hablado de Ferraris, y yo tengo que hablar de él también.

Lady Montbarry bajó en silencio la cabeza.

Sacó el pañuelo y se lo llevó á la frente con temblorosa mano.

Inés notó su emoción y retrocedió un paso.

—¿Os es penoso el asunto?—preguntó tímidamente.

Milady la invitó á continuar con un gesto. Enrique se acercó mirando atentamente á su cuñada.

Inés prosiguió:

—No se ha dado con la pista de Ferraris en Inglaterra. ¿Tenéis vos noticias suyas? ¿Queréis decirme si sabéis algo? Os lo ruego por compasión á su mujer.

En los labios de milady se dibujó su triste y cruel sonrisa.

—¿Por qué me pedís á mi noticias de un hombre

desaparecido? Ya sabréis con el tiempo lo que ha sido de él.

Inés se estremeció.

—No os comprendo—replicó;—¿cómo lo sabré? ¿Me lo dirá alguien?

—Alguien os lo dirá.

Enrique no pudo callar más tiempo.

—Ese alguien podéis ser vos, señora—dijo con irónica cortesía.

Milady contestó con desenvoltura llena de desprecio:

—Puede ser, señor Westwick; un día ú otro puedo ser la persona que diga á miss Lockwood lo que ha sido de Ferraris, si...

Se detuvo y miró á Inés.

—Si; ¿qué?—preguntó Enrique.

—Si miss Lockwood me obliga á ello.

Inés escuchaba asombrada.

—¿Si os obligo yo? ¿Y cómo podría hacerlo? ¿Creéis que mi voluntad es superior á la vuestra?

—¿Creéis vos que la llama no abrasa á la mariposa que se arroja á ella?—replicó milady.—¿No habéis oído decir que el miedo fascina? Yo tengo miedo de vos, y me atraéis; no tenía razones para visitaros, ni deseaba veros, porque sois enemiga para mí.

Juro que es la primera vez en mi vida que me someto á alguien: ya veis, espero porque me dijisteis que esperase, y eso que juro que siento miedo desde que entré: no tengáis piedad, sed como él: decidme que salga.

El sencillo corazón de Inés no vió en esta extraña una salida más que indicación.

Educación, Cultura y Deporte

—Os engañáis creyéndome enemiga vuestra—dijo.—No sois responsable del daño que me hicistéis casándoos; os he perdonado cuanto he sufrido; ahora que ha muerto él os perdono más aún.

Enrique, al oirla, la admiraba y sufría.

—No digáis más—dijo—sois demasiado buena para ella, que no lo merece.

Lady Montbarry no oyó la frase de Enrique.

Las sencillas palabras de Inés absorbían la atención de aquella mujer extraña.

Mientras la escuchaba se pintó en su semblante verdadera tristeza: cuando habló su voz expresaba la resignación sin esperanza.

—¿Qué significa vuestro perdón, dulce criatura, junto á mis grandes faltas? Cuando os ví por vez primera antes de mi matrimonio, cuando sentí la influencia que en mi ejercíais, cobré esperanza; era lo que me sostenía en mi triste vida, pero esa esperanza la habéis desvanecido vos al contestar á mis preguntas sobre Ferraris.

—¿Cómo he podido yo matar esa esperanza?—preguntó Inés—¿qué hay de común entre Ferraris sirviéndose de mi nombre para entrar al servicio de Montbarry, y esas extrañas cosas que me contáis?

—Se acerca el momento en que lo sabréis, miss Lockwood; mientras llega os diré por qué me inspiráis miedo. El día que ennegrecí vuestra vida empezasteis á ser el instrumento del castigo que merezco.

Os resta llevarme hasta el día en que seré descubierta y en que recibiré el castigo. Nos volveremos á ver ó en Inglaterra ó allá en Venecia, donde murió mi marido: sí, nos volveremos á ver por última vez.

A pesar de su desprecio por las supersticiones, se impresionó Inés vivamente con la sangre fría con que fué dicho esto.

Se volvió muy pálida hácia Enrique.

—¿La entendéis vos?—preguntó.

—Nada más fácil—dijo Enrique con desdén.—Sabe qué ha sido de Ferraris y se dispone á contaros un hato de necedades porque no se atreve á confesar la verdad. Dejadla irse.

Lady Montbarry prosiguió:

—Aconsejad á Mad Ferraris que espere un poco; *vos* sabréis lo que que ha sido de su marido y se lo diréis.

Cosa tan insignificante como el ajuste de un *cicerone* por mi marido nos ha hecho vernos. Todo esto es una locura ¿verdad, Mr. Westwick? Todas las mujeres decimos locuras... Buenos dias, miss Lockvood.

Dicho esto abrió la puerta y huyó, como si temiera que la retuvieran más tiempo.

XII

—¿Qué os parece!—preguntó Ines—¿está loca?

—Creo que es una mujer perversa, falsa y supersticiosa hasta la médula, pero no loca.

Creo que al venir sólo lo ha hecho por daros miedo.

—Me ha dado miedo, es cierto: me avergüenza confesarlo, pero es verded.

Enrique la miró, vaciló un poco y se sentó en el sofá junto á ella.

—Estoy inquieto por vos, Inés. Sin la casualidad que me ha traído aquí ¿quién sabe lo que esa infame

hubiera podido hacer? Lleváis una vida triste y solitaria, sin protección alguna, amiga mía: yo quisiera verla cambiar...

Inútil es que me digáis que tenéis á vuestra vieja nodriza, pero es muy achacosa y no puede serviros de escudo.

Se detuvo y la cogió una mano.

Ella hizo un esfuerzo para retirarla pero la abandonó al fin.

—¿No llegará acaso un día en que tenga el derecho de defenderos? —dijo él —¡un día en que seáis para mí la dicha!

Y la apretó suavemente la mano

Inés no contestó, pero se ruborizó y miró vagamente.

—¿He sido tan desgraciado que os he desagradado? —preguntó Enrique.

Y ella contestó casi en voz baja:

—No, pero me habéis hecho pensar en los días tristes que he pasado.

No dijo más, pero trató de retirar la mano.

Enrique la retuvo y se la llevó á los labios.

—¿No podré haceros pensar jamás en días más felices que éstos?—Y si es preciso que los recordéis, ¿por qué no recordar también el tiempo en que os amaba y os lo dije?

Inés suspiró.

—No me habléis más—respondió tristemente.

Volvió el color á sus mejillas y tembló su mano.

Estaba hermosa en aquel momento.

Enrique hubiera dado el universo por besar la orla de su vestido.

Una misteriosa presión de mano advirtió á Inés este deseo secreto.

Retiró la mano y fijó en él la mirada: lloraba.

No dijo nada, pero su llanto hablaba por ella.

Enrique lo comprendió

—Decidme solamente que me perdonáis—dijo Enrique levantándose.

—Sí; os perdono.

— ¿He perdido algo en vuestra estimación, Inés?

—¡Oh, no!

—¿Queréis que os deje?

Inés se levantó sin responder, dirigiéndose á la mesa de escribir.

La carta, interrumpida por la llegada de lady Montbarry, estaba allí abierta.

La miró, se volvió á Enrique y dijo sonriendo:

—No os vayáis; tengo algo que deciros, y no sé cómo hacerlo. Lo más sencillo es dejároslo adivinar. Hablabais de mi vida solitaria; convengo en ello...

Se detuvo al ver la ansiedad en el rostro de Enrique.

—¿Sabéis que me lo he dicho antes que vos? Va á ocurrir un gran cambio en mi vida, si vuestro hermano Stéfano y su mujer consienten.

Al hablar, abrió su pupitre y sacó una carta que entregó á Enrique.

Este la tomó maquinalmente sin comprender.

Era imposible que el cambio de que Inés hablaba fuese el matrimonio; pero aun pensándolo, tembló al abrir la carta.

Sus ojos se encontraron, y ella sonrió.

ucación, Cultura y Deporte

—Ved la dirección—dijo Inés.—Debíais conocer la letra.

Enrique miró; era una letra gruesa como la insegura de un niño.

Leyó.

«Querida tía Inés:

»Nuestra ama de llaves se va; ha recibido una herencia y una casa. Hemos bebido á su salud.

»Nos prometisteis ser nuestra aya si os necesitábamos; nosotros queremos que vengáis, pero mamá no sabe nada. Venid, si queréis, antes de que mamá busque otra.

«Escribe esto vuestra querida Lucy.

»Clara y Blanca han tratado de escribir, pero son muy pequeñas; ellas echan la arenilla para que se seque.»

—Es de vuestra sobrina la mayor—dijo Inés á Enrique.—Las niñas me llamaban tía cuando estuve con su madre en Irlanda este otoño.

Es cierto que cuando me vine á Londres les ofrecí ser su aya si me necesitaban, y cuando entrásteis escribía á su madre proponiéndoselo.

—Pero... ¿en serio?

Inés le entregó la carta sin concluir.

Había escrito lo bastante para probar que se ofrecía en serio como aya de la casa de Mad. Westwick.

El asombro de Enrique no tenía límites.

—No creerán que eso es formal—dijo.

—¿Por qué no?—preguntó tranquilamente Inés.

—Sois prima de mi hermano Stéfano...

—Razón más para que me confíen sus hijas.

—Pero sois su igual; nada os obliga á ganaros la

vida dando lecciones, y es imposible que vayáis á servir.

—¿Qué hay de imposible en eso? Los niños me quieren, y su padre me ha dado grandes pruebas de amistad. Decís que soy su igual: ¿no hay otras ayas que son iguales á las personas á quienes sirven?

¿No será vuestro hermano el heredero del título de lord? Estoy cansada de mi existencia solitaria, y quiero ser más feliz en una casa que prefiero á las demás.

Si leeis mi carta veréis que aun me queda por fijar algunas condiciones antes de aceptar.

No conocéis á vuestros hermanos si dudáis de su respuesta; creo que tienen bastante corazón para decirme que sí.

Enrique se sometió sin convencerse.

Era hombre que detestaba las excentricidades.

El cambio que iba á operarse en la existencia de Inés le producía algunos temores. Tal vez con una ocupación constante un fin en su vida estaría menos propicia á escucharle en otra ocasión.

La vida solitaria de que ella se quejaba convenía á Enrique.

Mientras el corazón de Inés estuviese vacío podría él tener un sitio en él; pero ¿sucedería lo mismo cuando ella se viese con sus sobrinas?

Sólo podía seguir una política de contemporización con una mujer de la sensibilidad de Inés. Si la ofendía estaba perdido.

Por el pronto se calló y cambió de conversación.

—La carta de mi sobrinita—dijo—viene con oportunidad, pues me recuerda una de las razones que me han hecho venir hoy aquí.

Inés miraba la carta.

—¿Cómo habrá podido Lucy hacer esto?—dijo.

El aya de Lucy no es la única que ha heredado—contestó Enrique.—¿Está vuestra nodriza en casa?

—¡Qué! ¿Ha heredado ella también?

—Cien libras esterlinas; enviad á buscarla mientras os enseño la carta.

Sacó un paquete del bolsillo y lo hojeó mientras Inés llamaba.

Llamó la atención de Inés un prospecto impreso que estaba entre las cartas.

Llevaba el siguiente encabezamiento:

PALCE HOTEL C.º OF. VENICE

(Limited)

Las dos palabras *Palacio Venecia* la recordaron en seguida la importuna visita de lady Montbarry.

—¿Qué es esto?—preguntó señalando el título del prospecto.

Enrique dejó de hojear y miró al papel.

—Un negocio muy bueno—dijo.—Los grandes hoteles hacen dinero cuando están bien administrados; conozco al gerente de ese, y tengo en él tal confianza, que he tomado algunas acciones.

La respuesta no satisfizo enteramente á Inés.

—¿Por qué se llama *Palace Hotel*?—preguntó.

Enrique la miró y adivinó en seguida el por qué de la pregunta.

—Sí—contestó—es el palacio que Montbarry alquiló en Venecia; lo ha comprado una compañía para hacer en él un hotel.

***

Inés se alejó silenciosa de Enrique y se sentó en una silla al otro extremo de la habitación.

Acababa Enrique de herir sus más delicados sentimientos.

Le parecía horrible ganar dinero con la casa en que había muerto su hermano.

Incapaz de pensar así Enrique, sobre todo tratándose de negocios, volvió á hojear sus papeles, entristecido por el cambio repentino notado en las maneras de Inés.

Precisamente en el momento en que hallaba la carta que deseaba entró la nodriza.

Enrique miró á Inés esperando que hablase la primera.

Inés no levantó siquiera los ojos al entrar la nodriza.

Era como dejar á Enrique el cuidado de informarla por qué se la había llamado.

—Nodriza—dijo Enrique,—tenéis buena suerte; os han hecho un legado de cien libras esterlinas.

La nodriza no dió muestras de alegría.

Aguardó un poco, como para calcular la importancia del donativo, y luego dijo tranquilamente:

—¿Quién me deja ese dinero, Mr. Enrique?

Mi difunto hermano lord Montbarry.

Inés levantó la cabeza pareciendo interesarse en lo que se decía.

Enrique continuó:

—Su testamento contiene mandas para todos los buenos servidores de su casa; hé aquí una carta de su

Educación, Cultura y Deporte

notario autorizándoos para recoger el dinero en su casa.

El agradecimiento es la más rara de las virtudes en todas las clases sociales.

En la de la nodriza es extraordinariamente rara.

Las mandas que la anunciaban no cambiaron su modo de pensar sobre el hombre que había abandonado á su ama.

—Me pregunto que es lo que habrá hecho que milord recuerde á sus viejos servidores—dijo—¡Si no tuvo nunca corazón para ello!

Inés intervino.

La naturaleza, enemiga de la monotonía, ha formado contrastes violentos hasta en las mujeres más dulces.

Inés sentía cólera á las veces.

No pudo resistir el tono con que la nodriza había hablado de Montbarry.

—Si os queda pudor—dijo,—os avergonzaréis de lo que habéis dicho; vuestra ingratitud me horroriza... Os dejo con ella, Enrique; no creo que os pese.

Dicho esto, que probaba á Enrique también había perdido en el concepto de Inés, salió ésta de la habitación.

La nodriza recibió la andanada filosóficamente, y cuando se cerró la puerta, dijo:

—Las mujeres jóvenes son tercas; la señorita no quiere convencerse de que lord Montbarry era un mal caballero, puesto que la engañó.

Ya ha muerto, y aún le ama; decís una palabra en contra de él, y se va, como habéis visto. Esto pasará con el tiempo: esperad, Mr. Enrique.

—Os ha enfadado, nodriza.

—¿Ella? ¿enfadarme ella? Yo la quiero con su mal humor, y me recuerda cuando era niña. ¡Dios la bendiga! Cuando vaya á darla las buenas noches me dará un beso y me dirá:—No hagas caso, nodriza; ya no estoy seria.

A propósito de ese dinero... si fuese joven lo gastaría en adornos, pero soy muy vieja... ¿Qué haré de ello?

—Colocadlo á interés.

—¿Y cómo haré eso?

—Si lo empleáis en fondos públicos os dará de tres á cuatro libras anuales.

La nodriza meneó la cabeza.

—¿Tres ó cuatro libras al año? No me conviene eso, quiero más... Ved; no me preocupa ese dinero; nunca quise al que me lo deja, y no tengo lo bastante para el resto de mis días... Vos que sois especulador indicadme un buen negocio.

Enrique enseñó el prospecto de la *Venitian Hotel Company*.

—Sois una vieja ambiciosa—dijo Enrique.—Tomad eso, que es lo que queréis; pero, cuidado, hay que guardar secreto para miss Inés, porque no estoy seguro de que aprobara mi consejo.

La nodriza se puso las gafas.

—Seis por ciento garantizado—leyó.—Y los directores dan razones para asegurar que pronto darán el diez... Interesadme en ese negocio, y tratad de recomendar el hotel á vuestros amigos.

La nodriza tuvo, pues, su interés en la casa en que había muerto lord Montbarry.

. . . . . .

Pasaron tres días antes de que Enrique pudiese ver á Inés.

Pero en este tiempo se habia disipado la nube que entre ellos había.

Inés le recibió con más afabilidad que de costumbre y parecía de mejor humor.

Había recibido á vuelta de correo respuesta á la carta escrita á Mad. Westwick.

Su ofrecimiento se aceptaba con júbilo, pero con una condición: que había de estar un mes en casa de los Westwick sin ocuparse de nada.

Luego, si realmente quería enseñar á las niñas figuraría como aya, tía, prima, todo, en una pieza, y que sólo dejaría á la familia en el caso de que se casase.

—Ya veis que tenía razón—dijo á Enrique.

Este no lo creía aún.

—Pero... ¿os vais de veras?

—La semana que viene.

—¿Cuando volveré á veros?

—Ya sabeis que siempre sois bienvenido en casa de vuestro hermano; me veréis cuando queráis.

Inés le tendió la mano.

—Perdonad si os dejo: tengo que hacer mis maletas.

Enrique trató de besarla al irse.

Inés retrocedió vivamente.

—¿Por qué no?—dijo.—Soy vuestro primo.

—No gusto de que me besen—contestó Inés.

Enrique la miró sin insistir; aquella negativa de sus privilegios de primo le pareció de buen augurio.

Era tratarle indirectamente como enamorado.

El lunes siguiente salió Inés de Londres para Irlanda.

Como ya se verá, esto era el principio de un viaje más largo.

Irlanda era la primera etapa de un camino que debía concluir en el palacio de Venecia.

TERCERA PARTE

XIII

En la primavera de 1861 estaba Inés instalada en la casa de campo de sus amigos.

Estos eran, por muerte del primer lord sin dejar sucesión, lord y lady Montbarry.

La anciana nodriza no había abandonado á su ama; se la había dado un puesto con arreglo á su edad.

Era feliz en su nuevo destino, y lo probaba el hecho de que había gastado sus primeros intereses de *Venice Hotel Company* en regalos extravagantes para los niños.

En los primeros meses del año se sometieron los directores de las Compañías de seguros, y pagaron las diez mil libras esterlinas.

Inmediatamente después abandonó á Inglaterra la exlady Montbarry con el barón Rixar, embarcándose para los Estados Unidos.

Los diarios científicos anunciaron que el barón iba á estudiar los progresos de la química de la gran república.

Su hermana dijo á los amigos que acompañaba á su hermano para distraerse del dolor de su desgracia.

de Educación, Cultura y Deporte

Inés supo esto por Enrique Westwick; pareció recibir gran consuelo.

—Con el Atlántico de por medio—se dijo—he concluido con esa mujer terrible.

Apenas había pasado una semana cuando un suceso inesperado llevó otra vez al recuerdo de Inés aquella mujer.

Enrique había ido aquel día á Londres.

La mañana de su marcha intentó aprender á Inés, los niños se lo impidieron inconscientemente.

Enrique buscó un aliado secreto en su cuñada.

—Tened un poco de paciencia—le dijo ésta,—y dejad que me sirva de la influencia de los niños; si pueden persuadirla lo harán.

Las dos damas acompañaron á la estación á Enrique y otros invitados que con él se iban.

Apenas volvieron á casa en carruaje les anunció un criado que una persona llamada Rolland esperaba á milady.

—¿Es una mujer?

—Sí, señora.

La joven lady se volvió á Inés.

—Es la persona que vuestro abogado quería ver cuando se trató de buscar la pista del cicerone.

—¡Ah! La doncella inglesa que estuvo con lady Montbarry en Venecia.

—¡Por Dios, amiga mia! No me habléis de la viuda de Montbarry llamándola con el nombre que llevo yo hoy; Stéfano y yo hemos resuelto darla el título que llevaba antes de casarse.

Yo soy lady Montbarry: ella *la condesa;* de este modo no hay confusión posible. Mad. Rolland estuvo á

mi servicio antes de irse con la condesa: era mujer de confianza, pero tenía un defecto que me obligó á despedirla: un genio insufrible. ¿Queréis verla?

Inés aceptó esperando saber algo útil para madame Ferraris.

Lo inútil de los esfuerzos hechos para descubrir el paradero de Ferraris desanimó á su mujer, quien se fué resignando poco á poco.

Se había puesto de luto y ganaba la vida en una colocación que la había proporcionado Inés en Londres.

La última probabilidad de penetrar en el misterio que envolvía la desaparición de Ferraris estaba en manos de Mad. Rolland.

Inés siguió llena de esperanza á lady Montbarry.

Mad Rolland era una mujer alta, huesosa, en el otoño de la vida, y con el cabello gris.

Se levantó de la silla con la rigidez de un autómata y saludó sumisa á las dos señoras.

Se veía á primera ojeada que Mad. Rolland debía conservar su reputación intacta: tenía espesas cejas, voz profunda y llena de solemnidad, y carecía en el rostro de las líneas curvas características del sexo.

La virtud se presentaba en aquella persona por su aspecto menos pintoresco, y al verla por vez primera parecía un hombre.

—¿Cómo va, Mad. Rolland?

—Bastante bien para mi edad.

—¿Qué deseábais?

—La señora puede hacerme un gran favor informando de cómo la he servido mientras he estado con ella. Me ofrecen colocación cerca de una señora que está enferma y ha venido á vivir en la vecindad.

—¡Ah, sí! He oído hablar de eso: es una tal madame Carbury con una sobrina, una joven muy mona según me han dicho... Pero vos salisteis de mi casa hace tiempo, y Mad. Carbury querrá informes de la última casa en que hayáis servido.

Un rayo de virtuosa indignación iluminó los ojos hundidos de Mad Rolland.

Tosió antes de responder, como si el recuerdo de su última ama la hiciese daño en la garganta.

—He dicho á Mad. Carbury que la persona á quien serví últimamente se ha ido á América. Mad. Carbury sabe que salí de casa de esa persona—no quiero nombrarla delante de vos—por mi voluntad; sabe la razón y la prueba. Una palabra vuestra bastará.

—Bueno; no tengo inconveniente en recomendaros; puede Mad. Carbury verme mañana á las dos.

—Mad. Carbury no puede salir, señora; su sobrina, miss Haldane, vendrá.

—Perfectamente... Esperad un poco; esta señora es mis Lockvood, prima de mi marido y amiga mía, y desea hablaros del *cicerone* que tenía lord Montbarry en Venecia.

Se fruncieron las cejas de Mad. Rolland.

—Lo siento, señora—dijo secamente.

—¿Sabéis lo que pasó después de vuestra salida de Venecia?—preguntó Inés.—Ferraris dejó secretamente el palacio, y no ha vuelto á saberse de él.

Mad. Rolland cerró misteriosamente los ojos como para ahuyentar una visión terrible, la del *cicerone* extraviado.

—Nada de lo que haya podido hacer Mr. Ferraris me sorprendería—contestó con voz de bajo profundo.

—Sois severa para él—dijo Inés.

Mad. Rolland abrió los ojos.

—No hablo severamente de nadie sin motivos; mister Ferraris se condujo conmigo como no lo ha hecho ningún hombre.

—¿Qué hizo?

—¿Que qué hizo?—exclamó Mad. Rolland haciendo un gesto de horror.—¡Se permitió libertades conmigo!

Lady Montbarry se volvió y sofocó la risa con el pañuelo.

Mad. Rolland continuó como sorprendida del efecto que hacían sus palabras en Inés.

—Cuando le rogué se excusase me respondió que la vida que llevaba en el palacio era horriblemente triste, y que no tenía otro medio de distraerse.

—No me habéis comprendido—dijo Inés.—Ferraris me interesa poco; pero ¿sabéis que está casado?

—Compadezco á su mujer.

—Está intranquila por su suerte.

—Debía dar gracias á Dios que la ha librado de él.

—Conozco á Mad. Ferraris—siguió Inés—desde su infancia, y deseo serle útil. ¿Notasteis en Venecia algo que explique su desaparición? ¿Bajo qué pie vivía Ferraris con sus amos?

—En un excelente pié con la señora—contestó madame Rolland;—tan excelente que era ya repugnante; ella le obligaba á que le contase todos sus asuntos, como si fuese su igual. ¡Eso era repugnante; no tiene otro nombre!

—¿Y el señor?—preguntó Inés.

—Milord vivía encerrado siempre con sus estudios

e Educación, Cultura y Deporte

—contestó Mad. Rolland con profundo respeto á la memoria de milord.—Mr. Ferraris recibía su paga cuando era tiempo y no se ocupaba de otra cosa. «Si mis medios me lo permitieran me iría también, pero no me lo permiten.» Estas fueron las últimas palabras que me dijo al irme.

No le respondí: después de lo pasado entre nosotros yo no estaba en las mejores relaciones con él.

—¿No podéis decirme, pues, nada interesante sobre este asunto?

—Nada—contestó Mad. Rolland pareciendo feliz ante la idea de ver desorientada á Inés.

—Pero hay aún otra persona en palacio—replicó miss Lockvood resuelta á poner en claro el enigma mientras pudiese—me refiero al barón Rixar.

Mad. Rolland levantó al cielo las manos cubiertas de viejos guantes, haciendo un gesto de horror.

—¿Sabéis, señorita—añadió, que he dejado mi puesto á causa de lo que he visto?...

Inés la detuvo.

—Quiero saber solamente si el barón Rixar ha hecho algo para explicar la extraña conducta de Ferraris.

—Nada ha hecho que yo sepa—respondió madame Rolland.—El barón y Mr. Ferraris eran tal para cual si me es permitido decirlo: en una palabra, ambos carecían de todo escrúpulo.

Soy una mujer eminentemente justa y voy á probároslo: el mismo día que abandoné el palacio oí al atravesar un corredor, la voz del barón que decía desde su gabinete, cuya puerta estaba entreabierta, dirigiéndose á Ferraris:

—Necesito mil libras esterlinas: ¿qué haríais vos por ese dinero?

Y Ferraris respondió:

—Cualquier cosa, señor, desde el momento en que no se supiese.

Esto fué todo: el barón y su criado prorrumpieron en una gran carcajada.

Ahora juzgad por vos misma, señorita.

Inés reflexionó un momento. Mil libras eran precisamente la suma recibida por Mad. Ferraris en la carta anónima.

¿Tendría esta suma alguna relación con las frases que mediaron entre el barón y Ferraris?

Era inútil por el momento constreñir más á madame Rolland para adquirir más noticias de ella. No podría dar informe alguno de importancia.

Era una tentativa más hecha inútilmente.

Hubo una comida de familia en la noche de aquel día en la casa, pero con un solo invitado.

Un sobrino del nuevo lord Montbarry, hijo mayor de su hermana la de Barville, era el convidado.

Lady Montbarry no pudo resistir al deseo de contar la historia del primero y último asalto intentado contra la virtud de Mad. Rolland, y al contrario imitó de una manera cómica y exacta la voz de ésta, profunda y chillona á la vez.

Su marido la preguntó cómo aquella criatura fenomenal había ido á la casa.

Ella se lo dijo y anunció la próxima visita de miss Haldane. Arturo Barville, que durante la comida había estado silencioso contra su costumbre, tomó parte en la conversación con inopinado entusiasmo.

—Miss Haldane es la criatura más hermosa de toda Irlanda: la ví ayer á caballo junto á las tapias de su jardín ¿A qué hora vendrá?

—Antes de dos horas.

—Vendrá al salón. Muero de impaciencia por serla presentado.

Inés se echó á reir.

—¿Estáis acaso enamorado ya de miss Haldane?

Arturo respondió gravemente:

—No hay nada que inspire risa en ello. He pasado todo el día cerca de las tapias de su jardín esperándola. Miss Haldane me hará el más feliz ó el más desgraciado de los hombres.

—¿Cómo podéis pensar tal locura?

Era una locura, sin duda.

Pero ¿qué hubiera dicho Inés si hubiese sabido que aquella respuesta la iba á arrastrar camino de Venecia?

XIV

Avanzaba el verano, y la transformación del palacio veneciano en hotel moderno tocaba á su fin.

Todo el exterior del edificio con su hermosa fachada sobre el canal se había conservado con arte.

En el interior se habían modificado reduciéndolas, las habitaciones Los anchos corredores del piso superior fueron convertidos en cuartos para la servidumbre y los viajeros poco acomodados.

No quedó de la antigua distribución sino el estrado de mosaico y los artesonados delicadamente esculpidos, que se conservaban en perfecto estado de conservación. Para lucir con todo su valor sólo le hacía falta una limpieza general.

Se les doró de nuevo para aumentar el buen aspecto de las habitaciones del hotel.

Las habitaciones extremas del hotel quedaron tal y como se encontraban antes.

Eran relativamente pequeñas, pero habían sido decoradas antes con tan buen gusto que no se cambió nada en ellas.

Sólo se supo más tarde que formaban parte de las habitaciones ocupadas por lord y lady Montbarry y el barón Rixar.

La alcoba en que murió milord estaba aún amueblada como cuarto de dormir y tenía el número 14.

La habitación colocada encima, y que ocupó el barón Rixar, tenía en el registro del hotel el núm. 38.

Con sus pinturas frescas, sus techos limpios y muebles nuevos, prometían estas dos habitaciones ser las mejores del hotel.

En cuanto al piso bajo, antes triste y desierto, se convirtió en comedores, salas de fumar y gabinetes de lectura verdaderamente regios.

Los sótanos, que parecían prisiones, estaban ahora ventilados y cambiados como por la varita de una hada en cocinas y bodegas dignas del hotel más grandioso.

Un mes antes de acabar estos trabajos en Venecia, estaba ya colocada Mad. Rolland en casa de madame Carbury, en Irlanda.

La linda miss Haldane, verdadero César femenino, había ido, visto y vencido desde su primera visita á casa del nuevo lord Montbarry.

Milady y miss Inés se entusiasmaron con ella tanto

Educación, Cultura y Deporte

como Arturo Barville; lord Montbarry declaró que era la mujer más bonita que había visto nunca.

El día anterior había expresado la opinión de que era una figura que sólo necesitaba un marco para lucir.

Miss Haldane, por su parte, salió encantada de su primera visita á los Montbarry.

Aquel mismo día, un poco más tarde, fué Arturo á su casa á llevar flores para Mad. Carbury y con objeto de saber si la anciana estaba en disposición de recibir al otro día la visita de lord y lady Montbarry y miss Lockvood.

En menos de una semana se hicieron las dos casas grandemente amigas.

Mad. Carburry, clavada en su canapé por una afección á la espina dorsal, debía á su sobrina un placer supremo: la lectura de las novelas recientes.

Arturo se apercibió en seguida de este detalle y se ofreció á sustituir á mis Haldane: tenia nociones de mecánica y perfeccionó el sillón articulado de madame Carbury; asimismo inventó medios para trasportarla de la alcoba al salón sin molestarla, lo que puso á la anciana contentísima.

Con los derechos á la gratitud de la tía y sus dotes personales, pronto se congració Arturo con la sobrina.

Aunque guardase el secreto sabía la joven que Arturo estaba enamorado de ella, pero tardó más en darse cuenta de sus propios sentimientos.

Como no tenía otra cosa que hacer observaba la anciana á los jóvenes, y notó en miss Haldane inequívocas señales de simpatía por Arturo.

Una vez averiguado esto, Mad Carbury aprovechó la primera ocasión para hablar de Arturo:

—No sé lo que haré cuando Arturo se vaya—dijo.

Mis Haldane levantó la cabeza de la labor.

—No se va—dijo.

—Pero, niña, lleva ya en casa de su tío un mes más de lo debido; sus padres tienen naturalmente ganas de verle.

Miss Haldane contestó lo siguiente, que solo podía germinar en un cerebro turbado.

—¿Por qué no vienen sus padres á casa de lord Montbarry? La residencia de sir Teodoro Barville no dista treinta millas, y lady Barville es hermana de lord Montbarry; no debían gastar ceremonias entre sí.

—Pueden estar retenidos por obligaciones.

—¿Qué os lo prueba, tía? Supongamos que hablaseis á Arturo.

—Supongamos que le hablases tú misma...

Miss Haldane bajó la cabeza.

Pero su tía tuvo tiempo de ver su rostro y éste la vendió.

***

Cuando Arturo fué al siguiente día, Mad. Carbury le habló aparte mientras su sobrina estaba en el jardín.

La novela reciente estaba sobre la mesa; Arturo no leyó y fué á buscar á miss Haldane al jardín.

Al día siguiente escribió á su casa incluyendo un retrato de miss Haldane.

A final de la semana sir Teodoro y lady Barville llegaron á casa de lord Montbarry, y pudieron asegurarse de que el retrato no mejoraba al original.

Se habían casado jóvenes, y cosa rara, no se oponían á que se siguiese su ejemplo.

Descartada la cuestión de edad, los enamorados no debían hallar obstáculo alguno.

Miss Haldane era hija única y poseía una gran fortuna.

Arturo había hecho excelentes estudios y conquistándose cierto renombre en la Universidad; pero esto no era bastante para ganarse la vida.

Sin embargo, como hijo mayor de sir Teodoro, su posición estaba asegurada.

Tenía veintidos años y la joven diez y ocho. No había razón alguna para hacer desear la dicha á los enamorados, ni motivo que retrasase la celebración del matrimonio.

Este podía efectuarse en la primera semana de Septiembre.

Mientras los jóvenes esposos hacían el viaje de novios por el extranjero, una hermana de Mad. Carbury prometió quedarse con ella.

La feliz pareja, una vez terminada su luna de miel, debía volver á Irlanda é instalarse en la amplia y confortable casa de Mad. Carbury.

Todo esto fué decidido á principios de Agosto.

Por esta fecha habían terminado los últimos trabajos en el viejo palacio de Venecia.

Fueron secadas por medio del vapor las habitaciones.

Llenóse la bodega de buenos vinos, y el gerente

reunió un ejército de criados, quedando anunciada para el mes de Octubre en toda Europa la apertura del nuevo hotel.

XV

Miss Inés Lockvood á Mad. Ferraris.

«Prometí, querida Emilia, daros algunos detalles sobre la boda de Mr. Arturo Barville y miss Haldane.

»Se ha hecho en diez días, pero he tenido tanto que hacer en ausencia de los amos de la casa, que no he podido escribiros hasta hoy.

»Sólo se invitó á los miembros de la familia de marido y mujer en consideración á la mala salud de la tía de miss Haldane.

»Por parte de la familia Montbarry, estaban, además de lord y lady Montbarry, sir Teodoro Barville y su mujer, madame Carbury; hermana segunda de milord, Francisco y Enrique Westwick.

»Los tres niños y yo asistimos á la ceremonia en calidad de cortejo, en unión de varios primos. Llevábamos vestidos blancos con vivos verdes, en honor á los colores de Irlanda.

»La novia nos regaló á cada una una pulsera de oro. Si añadís á los citados los parientes de Mad. Carbury y los criados de las dos casas, tendréis la lista de los asistentes.

»El tiempo era soberbio y el servicio de iglesia magnífico. En cuanto á la novia, es imposible pintar lo hermosa que estaba.

»El almuerzo fué muy alegre, y Enrique Westwick pronunció un buen brindis.

»Terminó haciendo una proposición que cambiara dentro de poco nuestro género de vida.

»Hé aquí cómo se expresó, si no recuerdo mal:

—«Estamos todos de acuerdo para lamentar la hora de la separación que se acerca, y nos alegraríamos de volvernos á ver

»¿Por qué no nos damos una cita? Llega el otoño y entramos en vacaciones. ¿Qué os parecería si nos encontráramos con los novios en otro sitio para convertir este almuerzo en gran festín?

»Los novios van á Alemania y el Tirol antes de llegar á Italia. Propongo que les dejemos solos un mes, y que procuremos dar con ellos en el Norte de Italia, en Venecia, por ejemplo.»

Se aplaudió la idea y después se rió. ¿Por qué? Por mi anciana nodriza. Al pronunciar Mr. Westwick el nombre de Venecia, se levantó de pronto de la mesa de los criados y gritó con todas sus fuerzas:

—¡Parad en vuestro hotel, señoras y señores! Nos dan ya el 6 por 100 de renta, y si queréis pedir las habitaciones libres y pedir de lo mejor, pronto nos darán un 10 por 100. Preguntádselo á Mr. Enrique

Puesto éste en evidencia tuvo que confesar que era accionista de una Compañía formada para explotar el hotel de Venecia y que había interesado á la nodriza por una pequeña suma.

Cada cual pronunció entonces su brindis.

—¡Al éxito del hotel de la nodriza!

Se habló de la cita en Venecia y empezaron las dificultades.

De la familia de Mad. Carbury sólo dos se comprometieron.

De parte nuestra éramos más libres.

Enrique Westwick debía ir á Venecia para asistir á la inauguración del hotel. Mad. Carbury y Francisco Westwitck se ofrecieron á acompañarle.

Después de vacilar un poco, lord y lady Montbarry hicieron su arreglo de otro modo.

Lord Montbarry no podría ir hasta Venecia, pero consintieron en acompañar á Mad. Carbury y Francisco hasta París.

Ya hace cinco días que se fueron con sus compañeros de viaje, dejando á los niños conmigo.

Estos han rogado mucho que los llevasen, pero se ha desistido de esto por no exponerles á las fatigas de un viaje.

He recibido de Colonia esta mañana una carta de la novia; confiesa que es feliz.

Hay personas, como se dice en Irlanda, nacidas bajo una buena estrella, y creo que Arturo Barville es de esta especie privilegiada.

La próxima vez que me escribáis espero que estaréis mejor de salud y más tranquila, y que vuestro empleo seguirá agradándoos. Creedme, amiga sincera. Vuestra.—A. L.»

Inés acababa de terminar y poner sello á esta carta, cuando la mayor de sus pequeñas educandas entró en la estancia y anunció que el criado de lord Montbarry había llegado de París.

Temiendo alguna desgracia, salió rápidamente.

El criado comprendió que la había asustado.

—No ocurre nada de particular, señorita—se apre-

süró á decir. —Milord y milady están bien en París. Me envían para que vos y vuestras discípulas vayais á buscarlos.

Al mismo tiempo presentó á Inés una carta de lady Montbarry.

«Mi querida Inés:

»Soy tan dichosa con la vida que aquí llevo—hace seis años, no lo olvidéis, que no he viajado—que he hecho cuantos esfuerzos han estado á mi alcance para persuadir á lord Montbarry de que debe ir á Venecia.

»¡Y lo que es aun más importante! He conseguido mis deseos.

»Ahora está en sus habitaciones escribiendo algunas cartas de disculpa á las personas á quienes había dirigido invitaciones.

»Os deseo, querida mía, un marido tan bueno como éste cuando os llegue vuestra hora de perder la libertad.

»Ahora bien: para ser completamente feliz, lo único que me falta es teneros aquí con mis queridos niños.

»Aunque no lo diga por lo claro, yo conozco que lord Montbarry es tan desgraciado como yo sin ellos.

»No sufriréis la más pequeña molestia.

»Luis os dará esta carta escrita á escape, y cuidará de vos durante el viaje hasta París.

»Besad por mi mil y mil veces á los niños, y no os ocupéis de su educación por el momento.

»Arreglad vuestro equipaje rápidamente, y os tendré más cariño cuanto más de prisa vengáis.

»Vuestra cariñosa amiga,

ADELA MONTBARRY.»

Turbadísima Inés, plegó la carta, y para reponerse

de su emoción se refugió sola durante algunos momentos en su gabinete.

Pasado el primer momento de sorpresa y dueña ya de sus ideas, recordó, ante la idea de ir á Venecia, las últimas palabras pronunciadas en su casa por la viuda de Montbarry:

«Volveremos á vernos aquí en Inglaterra, ó allá en Venecia, donde ha muerto mi marido, y nos veremos por última vez.»

Era una extraña coincidencia, por lo menos, que el curso de los sucesos hubiese de conducir fatalmente á Inés á Venecia, ¡sobre todo después de tales palabras!

Aquella mujer de grandes ojos negros, aquella Casandra, ¿seguiría en América?

O acaso los caprichos del azar, que los tontos llaman solemnemente lógica de los sucesos, ¿la había hecho volver á Venecia?

Inés se levantó de la silla en que se había dejado caer, avergonzada de haberse dirigido tales preguntas y de haber pensado en semejantes presentimientos.

Hizo sonar la campanilla, y envió á buscar á los niños para anunciarles que todos iban á salir en seguida para unirse á papá y á mamá.

La ruidosa alegría de los niños, la preocupación de un viaje dispuesto tan de prisa, arrojaron de su alma, como lo merecían, todas aquellas ideas.

Inés se puso á la tarea con el ardor febril de que sólo las mujeres son capaces cuando hacen algo que las agrada.

Aquel mismo día llegaron los viajeros á Dublín á tiempo para tomar el vapor de Inglaterra.

Cultura y Deporte

Dos días más tarde se unían á lord y lady Montbarry en Paris.

CUARTA PARTE

El 20 de Septiembre fué cuando Inés y los niños llegaron á París.

Mad. Carbury y su hermano Francisco estaban ya camino de Italia.

Pero el nuevo hotel no debía abrirse á los viajeros antes de tres semanas.

Francisco Westwick era la causa de aquella partida prematura.

Como Enrique, su hermano menor, habían aumentado sus recursos pecuniarios emprendiendo diferentes negocios que se relacionaban todos con las llamadas artes liberales.

Primeramente había ganado su dinero con un periódico semanal.

Después había colocado sus ahorros en un teatro de Londres.

Esta especulación, dirigida con inteligencia, había prosperado mucho, encontrando la mejor acogida por parte de un público entusiasta.

Buscando un nuevo triunfo para la temporada de invierno, Francisco se había decidido á conservar un público, aburrido ya, dando un baile de su invención que pudiendo exhibirse en medio de la representación de un drama no interrumpiese la acción de éste, y en cambio añadiera encantos á la representación.

Buscaba entonces la mejor bailarina del mundo entero.

Quería una *estrella* del cielo de Terpsícore.

Habiendo oído hablar, por sus corresponsales extranjeros, de dos mujeres que habían debutado con éxito la una en Milán y la otra en Florencia, había partido para ambas poblaciones á fin de juzgar por sus mismos ojos.

Desde allí iría á Venecia á unirse á los recién casados.

Una de sus hermanas, viuda, que tenía en Florencia amigas de la infancia á quienes deseaba ver, le acompañó en su viaje.

Los Montbarry permanecieron en París hasta que fué tiempo de partir para Venecia á fin de ser exactos á la cita.

Enrique les encontró aún en Francia, cuando llegó de Londres con dirección á Italia, á donde se encaminaba para la apertura del hotel.

A pesar de lo que le había dicho lady Montbarry, aprovechó aquella ocasión para apremiar de nuevo á Inés; no pudo escoger peor momento.

Los placeres de París, que ella no comprendía más que los que le rodeaban, la fatigaron excesivamente.

No estaba enferma, y tomaba de buen grado su parte en las diversiones que le brindaba el pueblo más alegre de la tierra; pero nada ni nadie conseguía sacarla de la melancólica languidez que la causaba aquella vida febriscitante.

Permanecía triste y escuálida.

En tal situación de ánimo, claro está que no había de escuchar, no ya con placer, pero ni aun con paciencia las amabilidades de Enrique.

Se negó rotundamente á escucharle.

—¿Por qué recordarme lo que he sufrido?—le preguntó ella.—¿No véis que guardaré toda mi vida el recuerdo?

—Creo conocer un poco las mujeres—dijo Enrique á lady Montbarry contándole su fracaso;—pero Inés es un misterio para mí. Hace un año que Montbarry ha muerto, é Inés sigue tan dolorida de su memoria como si hubiese él muerto siéndole fiel. Sufre aun más que nosotros.

—Es la mujer mejor de la tierra, no le olvidéis—respondió lady Montbarry—y la perdonaréis. Una mujer como Inés, ¿puede conceder ó retirar su amor según las circunstancias? Aun cuando el hombre que había escogido ha resultado indigno de ella, ¿ha dejado de ser por eso, sin embargo, el elegido de su corazón? El no la merecía: á pesar de eso, mientras ha vivido ha tenido en ella su amiga mejor y más sincera. Ha desaparecido él, pero ella queda y persiste en sus sentimientos. Si la amáis realmente, esperad, y esperad confiado en dos grandes aliados: el tiempo y yo. Este es mi pensamiento, esta es mi opinión Continuad vuestro viaje á Venecia, y cuando os separéis de Inés, habladla como si no hubiera pasado nada entre vos y ella.

Enrique siguió sabiamente este consejo.

Comprendiendo su reserva, Inés se mostró muy amistosa y casi alegre.

Cuando él se detuvo á la puerta para verla por última vez, ella escondió rápidamente su rostro. ¿Era aquello un buen signo?

—Pues no ofrece duda, afirmó lady Montbarry, acompañando á Enrique hasta el último tramo de la

escalera. Escribidnos cuando estéis en Venecia. Esperamos aquí cartas de Arturo y su mujer y fijaremos nuestro viaje para Italia con arreglo á lo que nos digan.

Pasó una semana sin carta de Enrique. Algunos días después se recibió un telegrama suyo. Estaba fechado en Milán y no en Venecia y contenía estas frases, verdaderamente singulares:

«He abandonado el hotel. Estaré de vuelta á la llegada de Arturo y su mujer. Dirigid en tanto las cartas al *Albergo Reale,* en Milán.»

Enrique prefería Venecia á todas las demás poblaciones de Europa, y había tomado todas sus disposiciones para permanecer allí hasta que la familia estuviese reunida.

¿Qué acontecimiento inesperado había podido forzarle á cambiar así sus planes? ¿Por qué omitía la explicación?

¿Por qué no decía la causa de su súbito cambio de itinerario?

La continuación de este relato lo pondrá de manifiesto.

XVII

El Hotel del Palacio, que quería buscar su clientela especialmente entre los viajeros ingleses y americanos, celebró la apertura de sus puertas con un gran banquete en que se pronunciaron muchos discursos.

Enrique Westwick llegó á Venecia á tiempo de tomar café con los invitados y fumar de sobremesa algunos cigarros.

Contemplando los esplendores de la sala de recep-

cación, Cultura y Deporte

ción, sorprendido vivamente por la habilidosa combinación de comodidad y de lujo que reinaba en las alcobas, empezó á encontrar seria y formal la broma de la vieja nodriza sobre el futuro dividendo de un 10 por 100.

El hotel inauguraba bien sus servicios.

Se habían echado á volar tantos reclamos en Inglaterra y en toda Europa, que no había viajero que no conociera el establecimiento antes de haberle visitado.

Enrique sólo pudo conseguir una pequeña habitación del piso más alto, y aun ésa, gracias á que la persona que la había solicitado por una carta no había podido realizar su viaje.

Subía á su cuarto, gozando de antemano con el descanso que le brindaba su lecho, cuando un nuevo incidente vino á cambiar sus proyectos nocturnos, conduciéndole á otra habitación mucho mejor que la primera.

Dirigiéndose tranquilamente á las elevadas regiones á que se le había relegado, escuchó una voz que, con acento de cólera y con la áspera pronunciación de la Nueva Inglaterra, protestaba por el hecho de verse privado de una de las cosas más necesarias á un ciudadano de la libre América: el gas en la alcoba.

El gerente se esforzó en demostrarle que la preciosa lámpara de gas suspendida en el centro del lujoso gabinete se ennegrecía, perdiendo todo el mérito de sus delicadas molduras si se encendieran los mecheros que la remataban. Fué trabajo perdido.

El viajero respondió que aquello estaba muy bien,

pero que él estaba acostumbrado á luz de gas en su habitación, y no se resignaba á prescindir de tal servicio.

El gerente se ofreció á solicitar de una persona que ocupaba en el piso superior un gabinetito alumbrado por gas el que cediera su alojamiento al *gasófilo*, y como Enrique no podía tener inconveniente en trocar una habitación pequeña por una grande, presto quedó hecha la mudanza.

El original americano tendió su diestra á Enrique, diciéndole:

—Vos amáis las artes, señor, y comprenderéis sin duda la belleza del decorado de esta habitación.

Enrique miró el número de su habitación: era el número 14.

Cayéndose de sueño y cansancio, esperaba sin duda pasar una buena noche. De una excelente salud, lo mismo dormía en su lecho habitual que en cualquier cama improvisada. Aquélla, que era lujosa, la habitación bien ventilada, el misterioso encanto de las noches venecianas, parecían prometerle un dulce sueño.

Sin embargo, no pudo cerrar los ojos. Un indescriptible sentimiento de malestar le tuvo desvelado hasta el alba. Bajó al café en cuanto se levantó la servidumbre, y pidió el almuerzo.

Otra extraña modificación advirtió en sus costumbres apenas le hubieron presentado el almuerzo: se sentía sin apetito. Una riquísima tortilla, chuletas asadas en su punto, todo lo dejó sin probarlo. ¡Cosa singularísima en él, que comía bien siempre, sin distinguir mucho en pormenores de acierto culinario!

El día se anunciaba hermoso y brillante.

Enrique envió á buscar una góndola, y se hizo conducir al Lido.

Fuera del hotel, en el aire fresco de las lagunas, se sentía revivir á su antiguo estado de salud. Apenas hacía diez minutos que había salido del hotel y entrado en la góndola, y ya estaba dormido profundamente. Despertóse en el momento en que debía desembarcar. Se arrojó al agua y gozó del placer de un baño en pleno Adriático.

En esta época sólo había en la isla un pequeño restaurant; pero habiéndole vuelto el apetito á Enrique, y sintiéndose dispuesto á comer, aun cuando fuera el manjar menos delicado, pidió un almuerzo. Justo es decir que devoró cuanto le presentaron.

Reflexionando sobre los sucesos anteriores, no pudo explicarse cómo había desdeñado el exquisito almuerzo del hotel.

Regresó á Venecia y pasó el día visitando las iglesias, llenas de maravillas artísticas, y las galerías de cuadros.

Hácia las seis de la tarde la góndola le condujo de nuevo al hotel Experimentaba un buen apetito, rayano del hambre, y además contaba para amenizar su comida con la compañía de un compañero de viaje á quien había invitado.

Todos cuantos habían tomado parte en la comida la hicieron honor, excepto una persona. Enrique con gran sorpresa suya, vió desaparecer el apetito que le había llevado lleno de excelentes propósitos gastronómicos á la mesa .Bebió algunos sorbos de vino, pero no pudo comer nada absolutamente.

—¿Qué os sucede?—le preguntó su compañero de viaje.

—No lo sé; me encuentro precisamente en la misma ignorancia que vos respecto á lo que en mi acontece.

Cuando llegó la noche entró por segunda vez en su elegante y confortable alcoba.

El resultado de su segunda experiencia fué semejante á la primera. Experimentó la misma sensación de malestar. Pasó otra noche sin dormir. Venido el día, ensayó su segundo almuerzo. Idéntico éxito. Total ausencia de apetito.

Los últimos experimentos hechos por Enrique en la situación de su estómago fueron demasiado extraordinarios para que no hablase de ellos.

Contó el hecho á sus amigos en la sala de conversación delante del gerente

Lleno de celo por defender el hotel, el gerente, herido al ver la mala reputación que se hacía á la habitación núm. 14, invitó á las personas presentes á visitarla para que decidiesen sobre si había en ella algo que hubiera podido motivar sus dos noches de insomnio y sus dos días de inapetencia.

Especialmente insistió con su invitación cerca de un señor de cabellos grises, invitado á almorzar por un viajero inglés.

—Es el doctor Bruno, el primer médico de Venecia —dijo el gerente.—Yo le suplico venga á ver si hay algo malsano en la habitación que ocupa en nuestro hotel Mr. Westwick.

Al entrar en el núm. 14 el doctor miró en rededor de sí con cierto asombro, que escapó á los circunstantes.

cación, Cultura y Deporte

—La última vez que he entrado en esta habitación —dijo—fué para una tristísima cosa. Fué antes de que el palacio fuera trasformado en hotel. Estaba encargado de asistir á un caballero inglés que murió aquí.

Una de las personas presentes pidió el nombre del fallecido.

El doctor Bruno respondió sin vacilar é ignorando que estaba delante del hermano de la persona muerta.

—*Lord Montbarry.*

Enrique salió tranquilamente de la habitación, sin decir nada á los que le acompañaban.

Pero desde luego sintió una irresistible repugnancia á permanecer en el hotel.

Resolvió en el acto abandonar á Venecia.

Pedir otra habitación era, bien se comprende, herir al gerente.

Salir del hotel y dirigirse á otro era tanto como trabajar contra la fama de un hotel en cuyo resultado se interesaba.

Dejó escrita una esquela para Arturo Barville, en que decía que iba á echar una ojeada á los lagos italianos y que un despacho dirigido á su hotel de Milán bastaría para hacerle regresar á Venecia.

Al medio día tomó el tren de Padua, y comió y durmió con su acostumbrado apetito.

***

Al día siguiente, dos personas completamente extrañas á la familia Montbarry, un caballero y su esposa, llegaron al hotel y ocuparon la habitación número 14.

Muy inquieto por el disgusto que le había causado

una de las mejores estancias del establecimiento, el gerente aprovechó la ocasión que se le presentaba para preguntar á los recién llegados si habían encontrado de su gusto su instalación Y pudo convencerse de lo que les habría parecido viéndoles detenerse en Venecia un día más de lo que habían pensado al llegar, y esto sólo para gozar más largamente de los encantes del hotel.

—No hemos encontrado nada semejante en Italia—le respondieron los dos viajeros.—Podéis estar seguro de que os recomendaremos á nuestros amigos.

Cuando estuvo desocupado el número 14, una dama inglesa que viajaba con su doncella en cuanto vió aquella lujosa estancia la pidió para sí.

Esta dama era Mad. Narbury. Había dejado á Francisco Westwck en Milán ocupado en negociar el ajuste de una nueva bailarina de la Scala para su teatro.

Careciendo de nuevas noticias, madame Narbury suponía ya en Venecia á Arturo Barville y su mujer.

La experiencia que hizo de la misma habitación madame Narbury fué por completo distinta de la que había hecho su hermano Enrique.

Durmió tan pronto como tenía por costumbre, pero su sueño fué febril, turbado por una sucesión no interrumpida de horribles visiones.

La figura principal de ellos era la de su hermano muerto, el primer lord de Montbarry.

Vióle ella muriendo en negra prisión; vióle perseguido por asesinos y espirando á sus golpes crueles; vióle ahogándose en las profundidades sin fin de un agua insondable, en un lecho incendiado, sujeto á la fascina-

ción de una mujer extraña, de una miserable criatura y bebiendo el brebaje envenenado que ella le presentaba con una falaz sonrisa.

El horror de estos sueños hizo tal efecto en madame Narbury, que se levantó con el día, no atreviéndose á permanecer en el lecho. En otro tiempo fué la única persona de la famila que había vivido en relaciones cariñosas con lord Montbarry. Su otro hermano y sus hermanas estuvieron siempre en disensiones agrias con él, y la misma madre declaraba que de todos sus hijos al que menos amaba era al mayor.

Sentada cerca de la ventana y mirando como se levantaba el sol, Mad. Narbury, mujer llena de talento y de energía, temblaba, sin embargo ante el recuerdo de las horrendas pesadillas de la noche que acababa de morir.

Cuando su doncella entró en el gabinete á la hora de costumbre, se sorprendió del aspecto triste y fatigado de su señora. M. Narbury, queriendo ocultar la verdad, dijo que había dormido mal porque el lecho era muy grande y ella solía dormir en uno pequeño. Conocedor de esto el gerente, subió á ofrecerle el cambio de habitación por la del número 38 del piso inferior. Mad. Narbury aceptó.

Iba á pasar su segunda noche en la habitación ocupada en otro tiempo por el barón Rixar.

Como en la anterior, aquella noche se durmió madame Narbury desde luego. Pero poco después el sueño terrible apareció. Vió las mismas escenas lúgubres y terribles. No siendo dueña de sus actos, se vistió, y saliendo rápidamente al corredor, se refugió en la habitación que ocupaba su servidora.

¡Cosa extraña! Esta no se había acostado, y no pareció sorprenderse de ver aparecer allí su señora. Mad. Narbury contó á la criada su terrible pesadilla. La servidora dijo:

—He oído hablar á los criados esta tarde mientras comíamos. Por ellos sé que lord Montbarry, que eterno reposo haya, ha habitado en este palacio antes de convertirse en hotel, y la habitación que ocupáis, señora, es en la que él ha muerto. Nada os he dicho por no asustaros; pero muerta de terror, yo he pasado la noche leyendo la Biblia y sin atreverme á desnudarme. Creo que ningún miembro de la familia puede vivir dichoso ó tranquilo en esta casa.

Después contó la doncella, según las versiones de los criados, lo que le había ocurrido á Mr. Enrique Westwick.

—No lo dudéis, querida señora—añadió; —reiros de mí os place .. Alguna cosa terrible ocurrió aquí á milord. Su fantasma vaga tristemente por este palacio hasta que pueda explicar su desgracia á alguien. Yo no pasaré aquí otra noche por todo el oro del mundo. Señora, por favor, salgamos de aquí en seguida.

Mad. Narbury dijo:

—No creo en tales terrores; pero, sin embargo, iremos á Milán, porque deseo hablar con mi hermano.

Por el primer tren abandonaron á Venecia.

En el intérvalo, la doncella de madama Narbury encontró ocasión de contar *confidencialmente* al criado lo que había pasado con su señora. Este criado, *confidencialmente* también, se lo contó á sus compañeros

En pocas horas la historia había dado la vuelta al hotel y llegado á oídos del gerente, quien, compren-

ión, Cultura y Deporte

diendo que estaba en peligro la buena fama del hotel, quiso borrar la mala reputación de la habitación número 14. Al efecto arrancó de la puerta de éste la placa de porcelana que tenía estampado el número, y puso otra que ostentaba un número 13 BIS, y colocó la placa del núm. 14 en una habitación del segundo piso que no se alquilaba nunca.

De esta suerte el número 14 desapareció del hotel, y no había que pensar más en él.

—Ahora—se dijo á si mismo con un sentimiento de triunfo—que toda la familia venga aquí. Me siento con fuerza para luchar con ella.

XVIII

Antes del fin de la semana, el gerente del hotel se encontró una vez más en relación con un miembro de la familia. Llegó de Milán un despacho anunciando que Francisco Westwick estaría en Venecia al otro día, y que deseaba ocupar, si era posible, la habitación número 14 del primer piso.

El gerente reflexionó un momento antes de dar sus órdenes.

La habitación con su nuevo número, había sido ocupada últimamente por un francés, y estaría ocupada hasta el día siguiente á la llegada de Westwick. ¿Debía dar á éste la habitación pedida, y cuando hubiera pasado en ella una buena noche preguntarle delante de testigos como se había hallado en la desacreditada casa? En este caso, si la reputación del cuarto número 14, ó sea 13 *bis* de la nueva numeración, era discutida, obtendría la aprobación de una persona de la familia que había dado origen al descrédito. El gerente decidió reservar la habitación pedida.

Al día siguiente llegó Francisco Westwick en excelente y alegre ánimo.

Había hecho firmar un contrato á la más célebre bailarina de Italia.

Confió Mad. Narbury á los cuidados de su hermano Enrique, con quien se unió en Milán, y se vió libre para experimentar la influencia extraordinaria que el nuevo hotel ejercía en sus parientes.

Cuando sus hermanos le contaron lo que les había sucedido, declaró que iría á Venecia en interés de su teatro.

Veía en lo que decían elementos para un drama fantástico, y casi tenía ya su título:

LA CASA ENCANTADA

—Poned carteles con esto en letras rojas sobre fondo negro en todas las esquinas de Londres, y la gente se atropellará por ir—decía.

Al entrar Francisco en el hotel, donde le recibió con gran cortesía el gerente, experimentó una decepción.

—No tenemos en el primer piso habitación que tenga el número 14; la de este número está en el segundo y ha sido ocupada por mí desde que se abrió el hotel. Tal vez os referís al número 13 *bis*, en el primer piso. Estará á vuestra disposición mañana.

El director de un teatro es tal vez el hombre que peor opinión tiene de sus semejantes.

Francisco tomó, pues, al gerente por un farsante y como un cuento lo de los números de los cuartos.

El día de su llegada cenó solo antes de la hora de la mesa redonda á fin de preguntar al criado á su gusto.

Las respuestas de éste le probaron que el número 13 *bis* ocupaba exactamente el sitio señalado por sus hermanos con el 14.

Pidió la lista y vió que el caballero francés que ocupaba á la sazón el 13 *bis* era el propietario de un teatro de París á quien conocía personalmente.

El tal había salido, pero estaría de vuelta á la hora de la mesa redonda.

***

Cuando acabó la comida entró Francisco en la sala y fué recibido con los brazos abiertos para su colega de París.

—Vamos á fumar un cigarro á mi cuarto—le dijo éste.—Quiero saber si habéis realmente contratado á esa mujer en Milán.

Francisco pudo comparar el interior del cuarto con lo que le habían dicho en Milán.

Al llegar á la puerta se acordó el francés de que tenía un compañero de viaje.

—Mi pintor de decoraciones ha venido conmigo en busca de asuntos—dijo.—Es un buen muchacho, que se alegrará de venir con nosotros; voy á decir á un criado que le avise.

Y entregó su llave á Francisco.

—Vengo al momento. . Ya sabéis el cuarto 13 *bis*.

Francisco entró solo en la habitación.

En las paredes y el techo había adornos parecidos á los de que le habían hablado.

Apenas acababa de notarlo sintió de pronto desagradable olor.

Era un olor mareante, y nuevo para él, que jamás había sentido y que se le pegó á la garganta.

Era mezcla de dos olores de diversa esencia que aun mezclados no se confundían. Era el uno ligeramente aromático y el otro menos penetrante, pero tan nauseabundo, que Francisco tuvo que abrir la ventana para respirar al aire libre.

Se sentía incapaz de respirar aquella horrible atmósfera.

El director francés volvió junto á su compañero inglés con el cigarro encendido.

Retrocedió al ver la ventana abierta de par en par.

—¡Diablo! Vosotros, los ingleses, siempre con vuestras manías sobre el aire puro—dijo—¡Nos vamos á helar!

Francisco se volvió y le miró asombrado.

—Pero en serio, ¿no sentís el olor que hay en el cuarto?

—¿Qué olor?—replicó el francés.—Sólo siento que mi cigarro es excelente. ¿Queréis uno? ¡Cerrad, por Dios!

Francisco rehusó el cigarro.

—Perdonad—dijo,—me siento mal y como aturdido; vale más que me vaya.

Se puso el pañuelo en la boca y se dirigió á la puerta.

El francés seguía sus movimientos con tal admiración, que se olvidó del frío.

—¿Pero tan horrible es el olor?—preguntó.

—¡Horroroso! No he sentido nunca cosa igual.

Llamaron á la puerta.

Era el pintor escenógrafo; el director le preguntó enseguida si notaba mal olor.

Cultura y Deporte

—El de vuestro cigarro, que es excelente; dadme uno.

—Esperad un poco; además del olor del cigarro ¿no sentís algo horrible, abominable, espantoso, algo' que no habéis sentido jamás?

El pintor se quedó confuso con la vehemencia de las palabras que acababa de oir.

—Vuestro cuarto me parece sanísimo.

Y al decirlo se volvió á Francisco Westwick, que de pié en el pasillo miraba con disgusto al cuarto.

El director francés se acercó á él y le miró con inquietud.

— Ya veis, amigo mío, que estamos aquí dos buenos olfatos y no sentimos nada. Si queréis más testigos... ved.

Y señalaba á dos inglesitas que jugaban en el pasillo.

—La puerta de mi cuarto está abierta; ya sabéis con que rapidez se propagan los olores. Pues bien, voy á apelar al testimonio de estas niñas... pequeñas. ¿Verdad que aquí huele mal?

Las niñas se rieron y contestaron:

—¡No!

—Ya lo véis, querido Westwick, que está claro. Creedme; id á consultar con un médico, porque opino que hay algo desarreglado en vuestra nariz.

Después de dar este saludable consejo volvió á su cuarto y cerró con satisfacción la ventana.

Francisco abandonó el hotel y siguió la calle que conducía á la plaza de San Marcos.

El aire de la noche le repuso; encendió un cigarro y se puso á pensar en lo sucedido.

XIX

Evitando la gente que paseaba en las arcadas, atravesó la plaza lentamente envuelto en la luz de la luna.

Era materialista sin duda alguna.

La extraña impresión sentida en aquella habitación y el efecto producido por ésta sobre sus parientes no ejerció influencia en el ánimo de este hombre, que se creía lleno de buen sentido.

—Tal vez mi imaginación me domina más de lo que á mi me parece—se dijo.—¿Estaré enfermo? No lo creo; pero de todos modos, no quiero dormir en mi habitación. Puedo esperar á mañana para ver á un médico.

En todo caso, creo que no sirve el hotel para darme asunto para una obra: el olor de un fantasma invisible es tal vez una idea original; pero si la pongo en escena me expongo á que el público huya en masa.

Al acabar estas reflexiones apercibió á una dama vestida de negro que parecía observarle.

—¿Me engaño, ó hablo á Mr. Francisco Westwick? —preguntóle aquella mujer mirándole.

—Si, señora; ese es mi nombre. ¿Puedo saber con quién tengo el honor de hablar?

—Sólo nos hemos visto una vez cuando vuestro difunto hermano me presentó á la familia. ¿Habéis olvidado mis ojos negros y esta palidez que calificasteis de odiosa, según me dijeron?

Al hablar levantóse el velo, y se volvió hácia la luz de la luna.

Francisco conoció al primer golpe de vista á la

mujer que más odiaba, la viuda de su hermano lord Montbarry.

Sus hábitos de entre bastidores y los innumerables ensayos á que había asistido, sufriendo á las actrices, le habían acostumbrado á hablar con rudeza á las mujeres de quienes no gustaba.

—Me acuerdo perfectamente de vos—dijo.—Os creía en América.

La dama no hizo caso de la brusquedad de la respuesta, pero al ver que se echaba mano al sombrero para irse, le detuvo.

—Dejadme acompañaros un instante—le dijo—Tengo algo que deciros.

—Es que fumo—contestó él enseñando el cigarro.

—No me incomoda.

Después de esto había que ceder ó ser muy brutal. Francisco se resignó del mejor modo posible.

—Bueno; ¿qué queréis?

—Vais á saberlo en seguida, Mr. Westwick; pero dejadme que antes os dé á conocer mi situación. Estoy sola en el mundo: á la pérdida de mi marido se ha unido otra, la del barón Rixar, mi hermano.

La reputación del barón y los dichos de la maledicencia sobre sus relaciones con la condesa eran conocidos por Francisco.

—Le habrán matado en algún garito—dijo brutalmente.

—No me extraña en vos la observación—repuso ella con el tono irónico que tomaba en ocasiones.—Como hijo de Inglaterra, patria de las carreras de caballos, conocéis el juego; mi hermano no ha muerto violentamente; sucumbió de la fiebre que diezmaba á una ciudad del Este.

El disgusto que me causó su muerte me hizo insoportables los Estados Unidos, y tomé en Nueva York el primer vapor que encontré para el Havre; seguí mi viaje solitario, y vine á Venecia.

—¿Y qué me importará esto!—se dijo Francisco.

Esperó á que la dama hablase, y luego dijo:

—¡Ah!... Habéis venido á Venecia... ¿Y por qué?

—Porque no podía hacer otra cosa.

Francisco la miró con burlona curiosidad.

—Bien—dijo al fin.—¿Por qué no podíais hacer otra cosa.

—Ya sabéis que las mujeres siguen siempre el primer impulso—siguió la condesa.—Supongamos que fué una corazonada; pues bien. Venecia es el último lugar del mundo en que yo quisiera estar, y sin embargo, aquí me véis. ¿Habrá mujer más razonable?

Se detuvo un momento, y después preguntó de pronto:

—¿Cuándo se espera á miss Inés Lockvood?

No era fácil cojer desprevenido á Francisco, pero la pregunta le sorprendió.

—¿Como diablos sabéis que miss Lockvood debe venir?

La condesa se rió burlonamente.

—Apostamos á que he adivinado—dijo.

El tono de su interlocutora ó el aire de desafío con que hablaba irritaron á Francisco Westwick.

—¡Lady Montbarry!...—empezó á decir.

—Esperad! le interrumpió ella.—La mujer de vuestro hermano se llama así ahora, y yo no comparto mi título con ninguna mujer.

Llamadme por mi nombre el que llevaba antes de

ión, Cultura y Deporte

cometer la torpeza de casarme con vuestro hermano; llamadme la condesa Narona.

—Condesa Narona—dijo Francisco,—si pensáis divertiros, os habéis equivocado; hablad claro ó dejad que os dé las buenas noches.

—Pues hablad claro si es que deseais guardar secreta la venida de miss Lockvood.

Quería evidentemente irritarle y lo consiguió.

—¡Qué locura!—exclamó Francisco con cólera.—El viaje de mi hermano no es un secrete para nadie. Trae á miss Lockvood con lady Montbarry y sus hijos. Puesto que parecéis tan bien informada, ¿sabéis por qué viene á Venecia?

La condesa se había quedado pensativa y no contestó.

Habían llegado en su extraño paseo á uno de los extremos de la plaza, y estaban delante de la iglesia de San Marcos.

La luz de la luna mostraba todas las bellezas del edificio en sus menores detalles.

Hasta se distinguían las palomas de San Marcos durmiendo en línea cerrada sobre el cornisamento del pórtico.

—Nunca he visto la iglesia tan hermosa á la luz de la luna—dijo la condesa tranquilamente y como hablando consigo misma más bien que con Francisco.—¡Adiós, San Marcos, no volveré á verte jamás!

Se alejó de la iglesia, y vió á Francisco que la miraba estupefacto.

—No—dijo la condesa reanudando la conversación; no sé á que viene miss Lockvood; sólo sé que debemos encontrarnos en Venecia.

—¿Os habéis dado cita?

—No; es que lo quiere el destino —contestó ella bajando los ojos y dejando caer la cabeza sobre el pecho.

Francisco se rió.

—Si lo preferís—repuso la condesa—lo habrá querido la casualidad, como dicen los imbéciles.

Francisco respondió con su lógica habitual:

—Pues la casualidad toma mal camino para llevaros á la cita: hemos convenido en hallarnos en el hotel del palacio. ¿Cómo es que vuestro nombre no figura en su lista? El destino debiera haberos llevado al hotel.

La condesa se cubrió vivamente con el velo.

—Pue lo hacerlo aún—replicó.—Hotel del palacio... —se dijo hablando consigo misma.—El infierno de antes convertido en purgatorio... es el mismo sitio, Dios mío, el mismo sitio...

Se detuvo y posó la mano sobre el brazo de su acompañante.

—Tal vez miss Lockvood no venga con la familia ¿eh? —exclamó vivamente.—¿Estáis seguro de que irá al hotel?

—Segurísimo. ¿No os dije que miss Lockvood viajaba con lord y lady Montbarry? ¿No sabéis que es de la familia? ¿Necesitaréis acomodaros en vuestro hotel, condesa?

—Sí—dijo ésta en voz baja.— Necesito acomodarme allí.

Era imposible ver si se burlaba ó no.

Francisco sentía temblar á la dama de piés á cabeza. Estaba á cien leguas de estimarla; pero por un sentimiento humanitario no pudo menos de preguntarla si tenía frío.

—Si—dijo ella;—tengo frío y me siento débil.

—¿Frío en esta noche?

—Nada importa la noche, Mr. Westwick. ¿Qué siente el criminal cuando el verdugo le pone al cuello la cuerda? Frío, ¿verdad? Os pareceré un tanto original; pero os juro que el destino me ha puesto ya la cuerda en el cuello y siento que me aprieta.

Dicho esto, miró en derredor.

Habían llegado junto al famoso café llamado *Café Florián.*

—Entremos—dijo la dama;—necesito beber algo para reponerme... No vaciléis! Os interesa que me reponga, porque aun no os he dicho lo más importante. Tengo que hablaros de algo que interesa á vuestro teatro.

Preguntándose qué tendría que ver su teatro con aquello, cedió de mala gana Francisco y la hizo entrar en el café.

Se sentaron en un ángulo, en el que podían hablar sin llamar la atención.

—¿Qué tomáis?—preguntó Francisco resignado.

La condesa pidió directamente al mozo:

—Una taza de té y marrasquino.

El mozo la miró asombrado: Francisco hizo otro tanto.

Para ambos era una novedad lo del té con el marrasquino.

Sin cuidarse de su asombro, la dama dió nuevas órdenes al mozo para que llevase un vaso del licor y lo vertiese en otro mayor, que llenó de té.

—No puedo yo sola—dijo;—me tiemblan las manos.

Y sorbió de una vez aquella mezcla caliente.

—Ponche de marrasquino... ¿Gustáis?—dijo.—Ved cómo aprendí la receta: cuando la difunta Carolina, reina de Inglaterra, viajó por el continente iba mi madre con ella.

Esta desgraciada reina adoraba esta mezcla, y m madre llegó á gustar de ella: yo recibí de mi madre la receta...

Ahora voy á deciros lo que deseo de vos, Mr. Westwick: sois director de un teatro ¿queréis una obra nueva?

—Siempre, con tal de que sea buena.

—¿Pagaréis bien si lo es?

—Pago siempre bien.

—Si yo hago la obra, ¿querréis leerla? Francisco vaciló.

—¿Quién os ha metido en la cabeza eso de escribir una obra?

—¡Oh, nadie! Conté cierto día á mi difunto hermano una visita que hice á miss Lockvood la última vez que fuí á Inglaterra: el asunto era poco interesante, pero le chocó mi manera de referirlo.

—Pintas lo sucedido—me dijo—con la precisión de un diálogo teatral: tienes instinto teatral: prueba á escribir y ganarás dinero.

—¡Pero ahora no necesitáis dinero!—dijo Francisco.

—Siempre lo necesito, porque tengo caprichos costosos. Sólo me quedan mis pobres cuatrocientas libras anuales y lo poco que resta del otro dinero, unas doscientas libras.

Francisco comprendió que aludía á las diez mil libras pagadas por las Compañías de seguros.

—¿Se fué todo?—preguntó.

ción, Cultura y Deporte

La condesa sopló la palma de la mano.

—Como esto—dijo friamente.

—El barón Rixar...

La condesa le miró.

Un rayo de cólera brilló en sus ojos negros y duros.

—Mis asuntos sólo á mi importan, mister Westwick; olvidáis que aún no habéis contestado á mi proposición. No os neguéis sin pensarlo. Recordad cual ha sido mi vida: he viajado mucho, he visto mucho y me han sucedido extrañas aventuras. ¿No hay en mi cerebro elementos para una obra si se me presenta ocasión de escribirla?

Aguardó un instante, y de pronto repitió su extraña pregunta sobre Inés.

—¿Cuándo se espera á miss Inés en Venecia?

—¿Qué tiene eso que ver con vuestra obra, condesa?

La condesa pareció encontrar difícil de contestar categóricamente á esta pregunta.

Llenó otro vaso de ponche y bebió la mitad.

—Tiene que ver mucho: contestadme.

—Miss Lockvood estará aquí dentro de una semana, tal vez antes.

—Bien; si vivo aun y conservo mi razón dentro de una semana... no me interrumpáis; sé lo que digo... tendré terminado el plan de mi obra para enseñároslo... Otra vez; ¿queréis leerla?

Le hizo seña de que callara y tomó de un sorbo lo que quedaba del ponche.

—Soy para vos un enigma y queréis descifrarme, ¿verdad? Ved el medio... Muchos creen que los hijos

de climas cálidos tienen exuberante imaginación, y esto es un error.

En ninguna parte hallaréis gentes tan matemáticamente lógicas como en España, Italia y Grecia. Allí el espíritu es refractario á todo lo imaginativo. De tanto en tanto salta un genio, pero es una excepción...

Ahora, oidme bien: no soy un genio; pero en mi humilde esfera me creo también una excepción; con gran disgusto mío tengo esa imaginación que sobra á los ingleses y alemanes y falta á los españoles y griegos. ¿Qué resulta de esto? Que he llegado á ponerme enferma por los presentimientos que hacen de mi vida un tormento.

¿Qué presentimientos son? Poco importa; lo que importa es saber que me persiguen, que se encarnizan conmigo ahora mismo. ¿Por qué no los resisto? ¡Ah! Sí lo procuro.. Ved, ahora mismo lo procuro con este excelente ponche. Con raros intervalos tengo sentido común y esperanza.

Durante algún tiempo esperé y hasta consulté á un médico inglés. Me veo obligada á ceder; el terror y los miedos supersticiosos se apoderan de mí. Dentro de una semana sabré si el destino es inflexible ó si podré vencerlo.

Si esto último se realiza será obligando á mi imaginación á trabajar en la obra de que os hablo. ¿Me comprendéis ahora? Y puesto que estamos convenidos, querido Westwick, salgamos de esta ahogada sala y vayamos á respirar el aire fresco de la noche.

Ambos se levantaron para salir.

Francisco pensaba en que la cantidad de ponche be-

bida por la condesa podría tal vez explicar algo de lo que había oído.

XX

—¿Volveré á veros?—preguntó la condesa dándole la mano.—Siempre para hablar sobre la obra, tenedlo entendido.

Francisco recordó la sensación extraordinaria experimentada horas antes en el cuarto cuyo número se había cambiado recientemente, y contestó:

—Mi estancia aquí es insegura; si tenéis algo más que decirme, hacerlo ahora. ¿Tenéis asunto? Conozco el gusto del público inglés y puedo ahorraros la pérdida de tiempo.

—El asunto importa poco—replicó la condesa;—pero tengo ya uno. Si tenéis alguna idea, dádmela: respondo de los personajes y del diálogo.

—¡Respondéis! No está mal para empezar. Quisiera saber si vacilaréis proponiéndoos el asunto más difícil de manejar en el teatro.

¿Qué diríais si se tratara de luchar con Shakespeare en un drama con espectros y aparecidos? Notad que es una historia verdadera, basada en hechos ocurridos en Venecia, una historia en la que estamos mezclados vos y yo.

La condesa se cogió á su brazo y le arrastró al centro de la plazo, lejos de los grupos de paseantes.

—¡Ahora mismo!—exclamó vivamente.—¡Aquí donde nadie nos oye quiero saber cómo estoy yo mezclada en ese drama!

Siempre del brazo de Francisco, le sacudía con impaciencia para obtener la explicación que deseaba.

Francisco lo había tomado hasta entonces casi á

broma, pero al verla ex altada empezó á creer en algo serio.

Sabía cuanto había pasado en el palacio antes de convertirse en hotel, y creyó posible que la condesa pudiese explicarle lo que les había sucedido é sus hermanos y á él mismo.

Al menos podría hacerle alguna revelación curiosa que diese frutos en manos de un autor de talento.

Seguía preocupándole le prosperidad de su teatro.

—Tal vez estoy en la pista de un nuevo *Hamlet*—se dijo.—Un drama por el estilo me produciría diez mil libras lo menos.

Por esto, y siempre en busca de asuntos eminentemente dramáticos, relatò lo que les había sucedido en la casa encantada.

No dejó en silencio ni aun el terror supersticioso de que fué presa la sencilla doncella de Mad. Narbury.

—Asunto triste si se considera á la luz de la razón —dijo.—Pero hay algo dramático en esta influencia sobrenatural que pesa sobre los individuos de mi familia cuando entran en el cuarto fatal hasta el momento en que se muestre el fantasma invisible que tiene hechizada la habitación y diga la terrible verdad. Me parece que hay en esto con que hacer un drama de primer orden, condesa.

Francisco se detuvo.

La condesa no hizo un movimiento, limitándose á escuchar más de cerca.

¿Qué impresiones sentía? A pesar de su habilidad no pudo adivinarlo Francisco.

La condesa estaba delante de él, exactamente en la

cación, Cultura y Deporte

postura que tenía cuando Inés la contestó sin rodeos á la pregunta que le hizo sobre Ferraris.

Parecía una estatua.

Tenía la mirada fija y parecía haber huído la vida de su rostro.

Francisco la preguntó si se sentía mal.

No se movió un solo músculo del rostro de la condesa.

Lo mismo hubiera contestado un muerto.

—Creo—siguió Francisco—que no cometeréis la tontería de tomar en serio lo que he dicho

Los labios de la condesa parecieron querer decir algo.

—Más alto: no os oigo.

La condesa se repuso al fin.

Una chispa fugitiva animó sus ojos, y poco después habló ya de modo inteligible.

—Nunca había pensado en el otro mundo—dijo como entre sueños.

Recordó su última entrevista con Inés, la confesión y la predicción hechas.

Francisco la miraba inquieto, incapaz de comprenderla.

Ella siguió hablando sin preocuparse de él poco ni mucho.

—Predije que un suceso sin importancia nos reuniría, y me engañé: no es suceso baladí el que nos acerca. Predije que sería yo quien la dijese lo que había sido de Ferraris, si me obligaba á ello... ¿Puedo yo sufrir otra influencia que la suya? ¿Podría obligarme *él*? ¿*Le* veré yo también cuando *ella* le vea?

Se inclinó su cabeza, se cerraron pesadamente sus párpados y respiró fatigosamente.

Francisco la hizo apoyarse en su brazo y trató de animarla.

—Vamos, condesa: estáis excitada, rendida. Habéis hablado demasiado: dejad que os lleve á vuestro hotel del muelle... Mi espíritu está turbado y he olvidado el nombre.

—¿Es el hotel Danieli?

—Sí ..

Francisco la llevó con dulzura

La condesa le siguió en silencio hasta el extremo de la Piazzeta.

Al llegar allí y ver la laguna iluminada por la luz de la luna, le detuvo la condesa cuando se dirigía hácia la Riva degli Schiavoni.

—Tengo algo que pediros—le dijo.—Dejadme reflexionar.

Después de largo rato acabó por reanudar la ilación de sus ideas.

—¿Váis á acostaros hoy en el cuarto?—preguntó.

Francisco contestó que lo ocupaba otro viajero.

—El gerente me lo ha reservado para mañana, si lo deseo—añadió.

—No—dijo ella;—le quiero yo.

—¡Vos!

Francisco se estremeció.

—Después de lo que os he dicho, ¿queréis todavía acostaros en ese cuarto?

—Es preciso.

—¿No tenéis miedo?

—Sí; un miedo horrible.

—Yo lo pensaría bien. ¿Por qué tomáis ese cuarto no viéndoos obligada á ello?

—No estaba obligada á venir cuando abandoné á América, y sin embargo, estoy aquí. Es preciso que tome ese cuarto hasta...

Se detuvo, y añadió:

—Basta: el resto no os interesa.

Era inútil discutir, y Francisco cambió de conversación.

—No podemos resolver nada—dijo.—Mañana por la mañana iré á veros y me diréis lo que hayáis resuelto.

Siguieron hácia el hotel.

Al llegar preguntó Francisco si vivía en Venecia con su propio nombre.

Ella movió la cabeza

—Soy conocida aquí como viuda de vuestro hermano y bajo mi nombre de condesa de Narona. Quiero pasar de incógnito y uso un nombre inglés muy vulgar.

Se quedó silenciosa breve rato y luego prosiguió:

—¿Qué me ha sucedido? Me acuerdo de unas cosas y olvido otras; no me acordé del nombre del hotel Danieli y ahora olvido el nombre que he adoptado.

La condesa arrastró á Francisco á la sala de espera del hotel.

Allí había sobre la pared un cuadro con los nombres de los huéspedes.

Lo recorrió con el dedo y se detuvo sobre el nombre que llevaba: Mad. James.

—Acordaos cuando volváis mañana—dijo.—Siento la cabeza pesada: hasta mañana.

***

Francisco volvió á su hotel preguntándose que ocurriría.

Durante su ausencia habían tomado nuevo aspecto sus asuntos.

Al atravesar el vestíbulo le rogó uno de los criados que pasase á la oficina del hotel.

Encontró allí al gerente, quien le recibió gravemente, como si tuviese algo serio que anunciarle.

Según dijo, había sabido que un mister Francisco Westwick había experimentado, como los demás miembros de la familia, extraño malestar en el nuevo hotel.

Se habían informado confidencialmente del mal olor que se creía percibir en el cuarto, y sin querer discutir la cosa, rogaba al Sr. Westwick le dispensase si no le reservaba el cuarto en cuestión.

Francisco respondió secamente y como herido por el tono del gerente:

—Tal vez hubiera renunciado al cuarto si me le hubieseis reservado. ¿Deseáis que deje el hotel?

El gerente comprendió que había cometido una torpeza y se apresuró á repararla.

—¡No, caballero; de ningún modo! Haremos todo lo posible por conservaros aquí, y os ruego me perdonéis si dije algo que pudiera ofenderos.

La reputación de un establecimiento como éste merece tomarse por él algún cuidado. ¿Puedo esperar que no diréis nada de lo ocurrido arriba? Los dos franceses nos han prometido el silencio.

Estas excusas obligaron á Francisco á acceder.

ucación, Cultura y Deporte

—Esto pone fin al proyecto insensato de la condesa —pensó al subir á su cuarto.—¡Tanto mejor para ella!

Se levantó tarde al siguiente día, y preguntó por sus amigos de París.

Estaban camino de Milán.

Al atravesar un salón para ir al restaurant, vió á un criado que ponía sobre los equipajes el número del cuarto á que debían subirse.

Llamó especialmente su atención un baul por la gran cantidad de etiquetas pegadas en él.

El criado le estaba marcando con el número 13 *bis*.

Francisco miró la tarjeta clavada en la tapa y vió un nombre inglés: Madama James.

Hizo en el acto algunas preguntas sobre dicha señora.

Había llegado por la mañana temprano, y estaba en aquel momento en el salón de lectura.

Francisco fué allá, y vió, en efecto, á una mujer.

Adelantó un poco y se encontró con la condesa.

Estaba sentada en un rincón oscuro, con la cabeza baja y los brazos cruzados.

—Sí—dijo ella con tono de febril impaciencia—pensé que valía más no esperaros, y decidí venir antes de que otro tomara el cuarto.

—¿Lo habéis tomado para mucho tiempo?—preguntó Francisco.

—Me dijisteis que miss Lockwood estaría aquí dentro de una semana y lo he tomado por ese plazo.

—¿Qué tiene que ver miss Lockwood con eso?

—Mucho; yo me acostaré en el cuarto, y se lo cederé á ella cuando venga.

Francisco comenzó á penetrar en aqaella idea supersticiosa.

—¡Cómo! ¡Vos, una mujer instruída, sois como la doncella de mi hermana!—exclamó.—Suponiendo que vuestros presentimientos sean cosa seria, tomáis mal camino para probarlo. Si mis hermanos y yo no hemos visto nada, ¿cómo ha de verlo miss Inés Lockvood? Era parienta muy lejana de lord Montbarry.

—Pero estaba más en el corazón de lord Montbarry que ninguno de vosotros—contestó sordamente la condesa.—Hasta su última hora se arrepintió mi miserable marido de haberla abandonado; ella verá lo que nadie ha visto.

Francisco escuchaba preguntándose en vano que razones obligaban á la condesa á obrar así.

—No veo qué interés os guía al intentar la prueba—dijo.

—Mi interés está en no intentarla. . mi interés está en huir de Venecia y no ver jamás á miss Lockvood ni á ninguno de vosotros.

—¿Y qué os impide hacerlo?

La condesa se puso en pié y le miró con ojos salvajes.

—No sé lo que me lo impide—exclamó.—¡Una voluntad más fuerte que yo me empuja á perderme!

Se sentó de pronto y le hizo seña con la mano de que se fuera.

—Dejadme...—dijo—dejadme con mis pensamientos.

Francisco la dejó, firmemente persuadido de que había perdido el juicio.

Durante aquel día no oyó hablar de ella.

La noche pasó tranquilamente; al siguiente día almorzó temprano decidido á esperar á la condesa en el restaurant.

Entró ésta y pidió tranquilamente su almuerzo; tenía el aspecto abatido, como la víspera.

Francisco se acercó y la preguntó si la había ocurrido algo durante la noche.

—Nada—contestó la condesa.

—¿Habéis descansado como de costumbre?

—Perfectamente .. ¿Habéis tenido cartas hoy? ¿Sabéis cuándo viene... *ella*?

—No he tenido carta. ¿Os quedáis aquí por fin? ¿No ha cambiado la noche vuestra resolución?

—En nada.

La animación de su rostro mientras preguntó por Inés desapareció.

Habló y comió después con perfecta indiferencia, como un ser vacío de esperanza y movido como por máquina.

Francisco salió para ir á ver las tumbas del Ticiano y Tintoreto.

Cuando regresó tenía una carta en el hotel; era de su hermano Enrique, recomendándole se trasladase inmediatamente á Milán.

Le decía que el propietario de un teatro francés, recientemente llegado de Venecia, trataba de llevarse á la bailarina contratada por Francisco, decidiéndola á rescindir su contrata.

Además de esta noticia extraordinaria le anunciaba Enrique que su hermano lord Montbarry, milady, miss Lockwood y las niñas llegarían dentro de tres días á Venecia.

«No saben nada de vuestras aventuras en el hotel—añadía Enrique—y han telegrafiado al gerente pidiendo las habitaciones necesarias. Creo que sería absur-

do en nosotros decirles nada, pues sólo conseguiríamos asustar á las señoras y los niños y privarles de ir al mejor hotel de Venecia.

Ahora seremos muchos para estar en compañía de fantasmas.

Yo iré á su encuentro y tentaré otra vez la prueba en lo que tu llamas muy bien *La casa encantada*. Arturo Barville y su mujer están en Trento, y la acompañan á Venecia dos parientes de ésta.»

Indignado con la conducta de su colega parisién, hizo Francisco los preparativos para salir de Venecia aquel mismo día.

Al salir preguntó al gerente si se había recibido el telegrama de su hermano.

Se había recibido, y Francisco supo con sorpresa que estaban ya retenidas las habitaciones.

—Creía que os negaríais á que viniesen más individuos de mi familia—dijo con ironía.

El gerente respondió en el mismo tono con el respeto posible:

—El 13 *bis* está ocupado por una extranjera, caballero; sirvo á la Compañía y no puedo evitar que tenga ingresos.

Francisco se despidió y se fué sin añadir palabra.

Sentía una curiosidad terrible por saber que ocurriría cuando Inés llegase al hotel.

Montó en una góndola sin comunicar á nadie lo que Mad. James le había dicho.

En la noche del tercer día llegaron con puntualidad lord Montbarry y sus compañeros de viaje.

Mad. James, de codos en su ventana, espiaba su llegada, y vió al nuevo lord salir el primero de la gón-

ducación, Cultura y Deporte

dola. Dió la mano á su mujer en las escaleras y la pasó los tres niños.

Inés apareció la última, y apoyándose en el brazo de milord, saltó á tierra.

No llevaba velo.

Al dirigirse al hotel, vió la condesa que la joven se detenía para mirar la fachada.

Inés estaba muy pálida.

XXI

Lord y lady Montbarry fueron recibidos por la mujer de confianza en ausencia del gerente.

Este había tenido que ausentarse por dos ó tres días.

Los cuartos reservados en el primer piso eran tres: dos alcobas se comunicaban entre sí y abrían á la izquierda del salón.

Hasta allí todo fué bien; pero no sucedió lo mismo con la habitación que Inés debía ocupar con la hija mayor de milord.

La habitación de la derecha del salón estaba ocupada por una señora inglesa, viuda, y las otras piezas del primer piso estaban igualmente ocupadas.

No había más remedio que acomodar á Inés en el piso segundo.

Lady Montbarry se quejó en vano de esta separación; la mujer de confiianza dijo que no podía obligar á ningún viajero á que cediese su cuarto.

Lamentó lo que ocurría, y se limitó á asegurar á Inés que su habitación del segundo era de las mejores del hotel.

Cuando la mujer se retiró, lady Montbarry notó que

Inés se mantenía apartada y como si no tomase interés alguno en lo de que se trataba.

¿Estaba enferma?

No: solamente se sentía un tanto fatigada por el largo viaje en ferrocarril.

Lord Montbarry la propuso salir un poco para ver si media hora de paseo al aire fresco la sentaba bien.

Inés aceptó gozosa.

Se fueron hácia la plaza de San Marcos con objeto de disfrutar el aire fresco de las lagunas

Era la primera vez que Inés iba á Venecia; la fascinación que en todos produce la *ciudad de los canales* hizo gran impresión en aquella sensible naturaleza.

Al cabo de una hora lord Montbarry indicó á su compañera la conveniencia de volver al hotel para comer.

Al regresar, ninguno de los dos se fijó en una dama vestida de luto que parecía matar el tiempo bajo las arcadas de la plaza.

Esta dama se estremeció al reconocer á Inés acompañada del nuevo lord Montbarry.

Después de vacilar un rato se decidió á seguirles á distancia hasta el hotel.

***

Lady Montbarry recibió bromeando á Inés, á consecuencia de lo ocurrido durante lo ausencia de ésta.

Apenas pasados diez minutos de su slida, bajó la criada á lady Montbarry una cartita escrita con lápiz.

Era de la dama inglesa y viuda que ocupaba la habitación de la derecha del salón.

Decía Mad. Jamés (este era el nombre de la dama)

que habiendo sabido el deseo de lady Montbarry y viviendo (la dama) sola, lo mismo la daba estar en el primer piso que en el segundo.

Ofrecía, pues, con el mayor gusto su cuarto á miss Lockvood.

Se había subido ya su equipaje, y miss Lockvood podía cuando quisiera acomodarse en el número 13 *bis*, que estaba á su disposición.

—Quise ver en seguida á Mad. James para darle las gracias—añadió lady Montbarry;—pero me dijeron que había salido sin decir á que hora volvería; la he escrito dos letras para decirla que mañana la daremos las gracias por su amabilidad. He mandado bajar vuestro equipaje y todo está listo y podréis ver que esa señora os ha cedido la habitación más bonita de la casa.

Lady Montbarry salió para dejar que Inés se arreglase un poco para la comida.

La nueva habitación gustó mucho á Inés: tenía un hermoso balcón sobre el canal, y el techo y las paredes estaban pintadas con copias de Rafael.

Un hermoso armario servía para guardar ropa, y junto á la cabecera de la cama había una puerta que comunicaba con un tocador, y éste á su vez con la escalera de servicio del hotel.

Después de examinarlo todo de una ojeada; se vistió Inés lo más pronto posible.

Cuando iba á salir al salón, la pidió una criada la llave.

—Voy á arreglaros el cuarto y luego os daré la llave—dijo.

Mientras la criada limpiaba, se paseaba una señora

en el pasillo del piso segundo, y de pronto se inclinó sobre la baranda de la escalera.

Al cabo de un momento apareció la criada, saliendo del tocador por la escalera de servicio, con un cubo en la mano.

Cuando bajó, la dama del segundo, que no era otra que la condesa, se precipitó por la escalera, entró en el cuarto y se ocultó entre el cortinaje del lecho.

La criada volvió, acabó su tarea, cerró el tocador y la puerta del salón y fué á entregar la llave á Inés.

La familia se disponía á comer, y de pronto hizo notar uno de los niños que Inés no tenía su reloj.

En su prisa por cambiar de traje, se lo ad
en el cuarto.

Inés se levantó apresuradamente para ir á buscarlo.

Lo encontró sobre la mesa de noche.

Antes de salir cerró bien la puerta del tocador, y se aseguró de que todo estaba bien cerrado; salió y cerró la puerta del salón detrás de sí.

Cuando hubo desaparecido, se mostró la condesa que se ahogaba en su escondite, y escuchó hasta que se restableció el silencio.

Pasó enseguida al tocador y cerró la puerta, que desde fuera parecía estar como la dejó Inés.

Mientras la familia Montbarry comía, Enrique Westwick llegó de Milán.

Cuando entró en el comedor y adelantó para estrechar la mano de Inés, sintió ésta una ráfaga de placer.

Enrique era tan dichoso como ella: vió en los ojos

Educación, Cultura y Deporte

de Inés como un fugitivo rayo de esperanza, pero esperanza al fin.

Enrique se sentó á la mesa y contó pintorescamente las dificultades con que había luchado Francisco en Milán entre una bailarina y un empresario francés poco delicado.

Las cosas habían llegado hasta el punto de tener que acudir á la autoridad, la que había decidido el pleito en favor de Francisco.

Ganado su proceso, el director inglés había abandonado á Milán para volver con su hermana á Londres.

Decidida á no pasar los umbrales del hotel veneciano en que había pasado dos tan malas noches, madame Narbury pedía excusas por no asistir al festín de familia.

A su edad la fatigaban los viajes y se veía contenta por volver á Inglaterra con su hermano.

La noche corrió hablando y se pensó en acostar á los niños.

En el momento de levantarse Inés para retirarse con la niña mayor notó un cambio repentino en el rostro de Enrique.

Se puso serio, y cuando se le acercó su sobrina para darle las buenas noches la preguntó de pronto:

—Dime donde vas á acostarte, Mariana.

La niña contestó que iba, como siempre, á acostarse con su tía Inés.

Poco satisfecho Enrique con la respuesta, preguntó si el cuarto que iban á ocupar estaba cerca del de sus compañeros de viaje.

Inés contestó por la niña y contó lo que había ocurrido con Mad. James.

—Gracias á la amabilidad de esa señora—dijo Inés, —estamos en el otro extremo del salón.

Enrique nada dijo.

Al abrir la puerta para que pasara Inés lo hizo de mal humor.

Esperó en el pasillo hasta verla entrar en el cuarto, y luego llamó á su hermano.

—Venid, Stéfano; vamos á fumar un cigarro.

Cuando estuvieron solos explicó la razón que habia tenido para preguntar sobre la situación de los cuartos.

Dijo que Francisco le había hecho saber que había encontrado á la condesa en Venecia y lo que había pasado entre ellos.

Enrique refirió textualmente lo que sabía.

—La idea de esa mujer de ceder su cuarto no me parece clara; sin asustar á las mujeres, debéis prevenir á Inés que se encierre bien.

Lord Montbarry dijo que ya su mujer había hecho esta recomendación á Inés y que podía estar seguro de que ésta tomaría las posibles precauciones.

En cuanto á las supersticiones de la condesa, dijo lord Montbarry que no merecían la pena de tomarse en serio.

Mientras ambos hermanos dejaban el hotel para dar su paseo, ocurría en el cuarto testigo de tan raras escenas un extraño suceso en que jugó el principal papel la hija mayor de lord Montbarry.

***

Se había hecho Mariana, como de costumbre, su

toilette nocturna, sin apercibirse casi la niña de que estaba en una habitación extraña.

Al arrodillarse para hacer sus oraciones miró al techo sobre la cabecera de la cama.

Inés la vió dar un salto lanzando un grito de terror, y notó que señalaba en el techo una pequeña mancha parda.

—Es una mancha de sangre—decía la niña—¡Llevadme, no quiero acostarme aquí!

Viendo que era inútil razonar en aquel momento la envolvió Inés en un abrigo y la llevó al salón con su madre.

Se trató de calmar á la niña, que estaba toda temblorosa.

Fué inútil; la impresión causada en la niña no desaparecía.

Mariana no pudo explicar su terror ni decir por qué la mancha del techo le había parecido sangre.

Sabía solamente que se moriría de miedo si la volvía á ver.

Se convino, en vista de aquello, que pasase la noche en el cuarto de sus hermanas con la nodriza.

Media hora después dormía Mariana en el otro cuarto.

Lady Montbarry y miss Lockwood fueron al cuarto de ésta para examinar la mancha del techo que había asustado á la niña.

Era apenas perceptible, y provenía tal vez de alguna filtración de agua.

—No comprendo el susto de Mariana—dijo lady Montbarry.

—Tal vez la nodriza tenga alguna culpa de esto—

replicó Inés;—habrá contado algún cuento que habrá impresionado á la niña. Advertírselo mañana.

Lady Montbarry examinó el cuarto con verdadera admiración.

—Está muy bien arreglado—dijo,—¿no os dará miedo quedaros sola aquí, Inés?

Esta se echó á reir.

—Estoy tan cansada—dijo,—que me despido de vos sin volver al salón.

Lady Montbarry se dirigió hácia la puerta.

—Veo ahí vuestro joyero—dijo.—No olvidéis cerrar bien con llave la puerta que da al tocador.

—Está ya hecho por mi misma—contestó Inés.—¿Queréis algo antes de acostarme?

—No, gracias; tengo mucho sueño y voy á hacer lo que vos... Buenas noches, Inés; os deseo buenos sueños en vuestra primera noche de Venecia.

XXII

Después de salir lady Montbarry cerró Inés con cuidado su puerta y empezó á abrir sus baules.

Abrió el armario y comenzó á colocar sus vestidos.

A los pocos minutos se sintió cansada y dejó los baules como estaban.

El viento Sur no se había calmado todavía y el ambiente era pesado en el cuarto.

Inés se puso un chal y se asomó al balcón.

El cielo estaba nublado y no se distinguían los objetos: las casas del frente sólo formaban una línea sombría.

A grandes intervalos se sentía el grito gutural de un gondolero retrasado.

Educación, Cultura y Deporte

A las veces se oía el golpe acompasado de los remos sobre el agua.

Fuera de estos ruídos el silencio era completo en Venecia.

Apoyada en los hierros del balcón, miraba Inés distraidamente el vacío pensando en el desgraciado que había roto la fe jurada y que había muerto en aquella misma casa.

Por primera vez no pensaba compasiva en él, sino recordando el daño que la había hecho.

Llegó hasta juzgar su conducta tan duramente como Enrique.

Tuvo miedo de sí misma y de la noche que la rodeaba: cerró el balcón, arrojó el chal y encendió todas las bujías como para alegrar con su luz la soledad de su habitación.

La luz la calmó y miró el resplandor de las bujías con infantil alegría.

—¿Me acostaré?—se preguntó.—No...

Había desaparecido su somnolencia y empezó á trabajar en el equipaje.

Esta ocupación la cansó por segunda vez.

Se sentó y tomó una *Guía*.

—¿Qué dirá de Venecia?—pensó.

Antes de volver la primera página estaba su espíritu lejos del libro.

Pensaba en Enrique, en su constancia, en su fidelidad.

Su tristeza durante el viaje era efecto de que no le veía y de la pena que sentía por haberle tratado mal en París.

De pronto, y como avergonzada de sí misma, volvió á ocuparse del libro.

Su corazón debía estar enterrado en la tumba de Montbarry.

¿Podía pensar así en otro hombre? Era indigno de ella.

Trató de leer en la *Guía*, pero fué en vano.

Dejó el libro y volvió á sus baules; comenzó á trabajar, resuelta á no acostarse sino cuando estuviera muy cansada.

El reloj del hotel dió las doce y la recordó que era tarde, y se sentó en una butaca junto á la cama.

El silencio del hotel hizo impresión. ¿Todos dormían menos ella?

Ya era tiempo de hacerlo.

Se levantó nerviosa é irritada y comenzó á desnudarse.

—He perdido dos horas de sueño—se dijo,—y mañana no estaré para nada.

Encendió la lamparilla, apagó las bujías, colocó una sobre la mesita de noche y apartó un poco la butaca, que estaba del otro lado del lecho.

—Puso en la mesilla una caja de fósforos y la *Guía* para leer si no dormía, apagó la bujía y se acostó.

Las cortinas del lecho estaban dispuestas de modo que no interceptasen el aire.

Inés se acostó del lado izquierdo, volviendo la espalda á la mesilla y el rostro á la butaca. Estaba cubierta esta de forro de indiana con rosas esparcidas sobre fondo verde.

Trató de dormir contando y recontando los ramos del forro.

Por dos veces se distrajo con el ruido de una campana y el de un par de botas dejadas caer al suelo en el piso superior.

Luego volvió á contar y recontar se fué embrollando poco á poco, cayó su cabeza dulcemente sobre la almoada, y dando un ligero suspiro se durmió.

***

¿Cuánto duró su sueño?

No lo supo jamás; se acordaba únicamente de que se despertó sobresaltada.

Sus facultades pasaron de golpe desde la atonía á la percepción absoluta.

Sin saber por qué se incorporó súbitamente y se puso á escuchar.

Su corazón palpitaba violentamente.

Durante su sueño se había apagado la lamparilla, y la habitación estaba sumida en tinieblas.

Tanteó buscando la caja de fósforos; no se apresuró á encender por que no la desagradaba la oscuridad.

¿Había soñado? No; al menos no se acordaba.

Frotó vivamente el fósforo y encendió la bujía.

Cuando la luz iluminó la habitación miró Inés al otro lado del lecho.

Se quedó helada de terror.

¡No estaba sola!

***

En la butaca, á la cabecera del lecho, alumbrada por la vacilante luz de la bujía se dibujaba la forma de una mujer con la cabeza echada hácia atrás.

Su rostro miraba al techo y tenía los ojos cerrados, como si durmiese profundamente.

El efecto que produjo á Inés su descubrimiento la dejó muda de terror.

Su primer movimiento, cuando se repuso algo, fué inclinarse fuera del lecho y mirar de cerca á la mujer que tan incomprensiblemente se había introducido en su cuarto.

Una ojeada le bastó y se hizo atrás dando un grito de asombro.

La mujer sentada en la butaca era la viuda del difunto lord Montbarry, la que le había predicho que se volverían á ver tal vez en Venecia.

La volvió el valor, y la indignación producida por la presencia de la condesa la dió fuerzas para obrar.

—¡Despertaos!—gritó—¿Cómo os habéis atreuido á venir aquí? ¿Cómo habéis entrado? ¡Salid, ó pido socorro!

Y levantó la voz, pero sin producir efecto alguno.

Inclinándose fuera del lecho cogió valientemente á la condesa por un hombro y la sacudió.

Este esfuerzo no bastó para despertar á la dormida; seguía en la butaca en un estupor parecido á la muerte.

¿Dormía ó estaba desmayada?

Inés se acercó más; no estaba desmayada. Su pecho se levantaba con penosa respiración y rechinaba los dientes.

Gruesas gotas de sudor caían de su frente, y sus manos crispadas se levantaban y caían.

¿Era presa de una pesadilla, ó había en la habitación una visión que Inés no distinguía?

e Educación, Cultura y Deporte

La duda era intolerable, é Inés se decidió á llamar á los criados que estaban de guardia de noche.

Se volvió en el lecho y alargó la mano.

En aquel momento miró hácia arriba y su mano cayó inerte, se estremeció y ocultó el rostro en la almohada.

¿Qué había visto?

Una casa horrible.

Sobre ella, cerca del techo, estaba suspendida una cabeza humana, con el cuello degollado como por la cuchilla de la guillotina.

Ningún ruído había anunciado aquella aparición; la cabeza había aparecido derepente; el cuarto conservaba su aspecto ordinario y nada había cambiado en él.

La mujer sentada en la butaca, la ventana frente al lecho, la bujía ardiendo en la mesilla... todo era visible.

Sólo había de más aquella horrible visión.

A la luz de la bujía apercibió distintamente la cabeza balanceándose encima de ella.

La miró fijamente paralizada por el terror.

Las carnes habían desaparecido en parte y el cutis estaba arrugado y bronceado como el de una momia, excepto hácia el cuello, en donde era más blanco aunque con manchas grises, del color de aquella que había asustado á Mariana.

Algunos rizos descoloridos en la cabeza y restos de bigote pendientes del labio superior demostraban que era cabeza de un hombre.

El tiempo y la muerte habían borrado las facciones.

Los párpados estaban cerrados y el pelo estaba quemado á trozos.

Los labios azulados, entreabiertos por una sonrisa eterna, enseñaban una doble fila de dientes.

***

Poco á poco, la cabeza, inmóvil al principio, fué bajando y acercándose á Inés; poco á poco llenó el cuarto aquel olor extraño que notó la comisión de las Compañías en los sótanos del palacio, y que se le había agarrado á la garganta á Francisco Westwick.

La cabeza bajó por grados hasta que se detuvo junto al rostro de Inés

Luego giró sobre sí misma y miró al rostro de la condesa adormecida en la butaca.

Inés siguió aquella mirada.

Vió los párpados de la mujer viva levantarse poco á poco, como los de la cabeza muerta, la vió incorporarse como para obedecer una orden muda, y ya no vió más.

. . . . . .

. . . . . .

La primera impresión que sintió luego fué la del sol que entraba en su cuarto. Lady Montbarry estaba inclinada sobre ella, y los niños miraban desde la puerta con sus ojos curiosos.

XXIII

—Vos que tenéis alguna influencia sobre Inés, tratad de convencerla: no hay razón para armar escándalo. La doncella de mi mujer llamó esta mañana en su puerta para darle una taza de té; no recibiendo respuesta dió una vuelta por el tocador, y viendo la

puerta abierta, sorprendió á Inés sin conocimiento en su lecho.

La hizo volver en sí con ayuda de mi mujer, y luego Inés nos refirió la extraña historia que acabo de contaros. Ya visteis cuán fatigada estaba: el largo viaje en ferrocarril la dejó anonadada, tenía los nervios excitados, y ya sabéis que es capaz de dejarse dominar por una pesadilla.

Ella no admite esta explicación, y yo he hecho todo lo posible por calmarla: he escrito á la condesa bajo el nombre que usa para ofrecerla su antigua habitación, pero no la acepta. Con objeto de que no corra la cosa en el hotel, he decidido ocupar yo mismo esa habitación durante un par de días.

¿Puedo hacer más? He referido á Inés lo que me contásteis de Francisco y la condesa, pero no puedo tranquilizarla. La he dejado en el salón: id vos á ver si conseguís algo.

De este modo explicaba lord Motbarry á su hermano lo ocurrido durante la noche.

Enrique fué sin vacilar al salón.

Allí encontró á Inés muy encarnada y paseando de uno á otro lado.

—Si venís á repetirme lo que vuestro hermano me ha dicho—exclamó,—podéis ahorraros el trabajo. No quiero razones, sólo quiero un verdadero amigo que tenga confianza en mí.

—Yo soy ese amigo Inés—respondió con dulzura Enrique;—ya lo sabéis.

—¿De veras? ¿Creéis que no he sido juguete de un sueño?

—Creo, en vista de algunos detalles, que no todo ha sido sueño.

—¿Qué detalles?

—Los referentes á la presencia de la condesa, que es verdad.

Inés le detuvo.

—¿Por qué no me han dicho hasta esta mañana que la condesa y mistress James no eran más que una sola persona?—preguntó con desconfianza; —¿por qué no me lo dijeron ayer?

—Olvidáis que aceptásteis el cambio de habitación antes de llegar yo—contestó Enrique.—Teníais hechos todos los preparativos para pasar la noche, y aunque tenía ganas de decíroslo, sólo hubiese servido para asustaros.

A pesar de asegurarme mi hermano que os habíais cerrado bien, pasé en vela toda la noche; os repito que no ha sido sueño el ver á la condesa á la cabecera de vuestro lecho: me lo ha dicho ella misma.

—¡Ella! ¿Luego la habéis visto esta mañana?

—No, hace diez minutos.

—¿Qué hacía?

—Escribía tan absorta, que sólo vuestro nombre la hizo volver la cabeza.

—Se acuerda de mí, ¿verdad?

—Recordó con trabajo el nombre de Inés Lockvood; no pudiendo obtener respuesta, hice ver que iba de parte vuestra, y entonces se resolvió á hablar: no sólo me confesó que os había cedido la habitación por la razón que expuso á Francisco, sinó que se deslizó á vuestra cabecera para espiaros toda la noche y *ver lo que vos vieseis*.

e Educación, Cultura y Deporte

Entonces probé á hacerla confesar el medio de que se valió para introducirse en vuestro cuarto. Desgraciadamente, el manuscrito que tenía sobre su mesa llamó de nuevo su atención y se puso á escribir:

«El barón quiere dinero—decía—y necesito adelantar mi obra.»

Lo que haya visto ó soñado en vuestro cuarto no puede saberse, por ahora al menos; pero á juzgar por lo que mi hermano me ha dicho y por mis propios recuerdos, un suceso reciente ha debido producir en ella un triste efecto. Su razón no me parece muy segura, y lo prueba el que me ha hablado del barón como si viviese, cuando se sabe que murió.

El cónsul de los Estados Unidos en Milán nos leyó la noticia de su muerte en un periódico americano. Lo que la queda de razón se concentra en una tarea absurda: en escribir una obra para que Francisco la haga en su teatro. Me ha dicho que Francisco le aseguró que así ganaría dinero.

Inés se levantó.

—Hacedme un favor más—dijo.—Llevadme cerca de la condesa.

—¿Seréis bastante dueña de vos después de los sucesos de esta noche?

Inés temblaba toda y se puso mortalmente pálida, pero no cedió.

—¿Sabéis lo que ví anoche?—preguntó débilmente.

—No os atormentéis en vano—interrumpió Enrique.

—¡Es preciso que hable! Quiero haceros multitud de confidencias sobre esto; no la reconocí, y me preguntó sin cesar á quien se parecía.. ¿A Ferraris? ¿A ..?

Se detuvo temblando toda.

—La condesa lo sabe y es preciso que yo la vea. Me falte ó no el valor, quiero tentar la prueba; llevadme pronto á su cuarto.

Enrique la miró con ansiedad.

—Si estáis segura de vos misma, bien; cuanto antes la veáis mejor. ¿Os acordáis de cómo hablabla de la influencia que ejercíais sobre ella el día que entró en vuesta casa en Londres?

—Me acuerdo. ¿Por qué lo preguntáis?

—¿Por qué? En el estado actual de su cerebro no la creo capaz de temer al angel vengador de sus fechorías, y es útil saber hasta dónde llega esa influencia.

Tomó Inés el brazo de Enrique y la llevó en silencio hasta la puerta.

Subieron al piso segundo y después de llamar entraron en el cuarto de la condesa.

***

Estaba escribiendo aun: cuando vió á Inés se pintó en sus ojos vaga expresión de asombro.

Al cabo de un rato parecieron revivir sus recuerdos.

Se puso á temblar, dejó caer la pluma de la mano, y, toda temblorosa, acabó por reconocer á Inés.

Cayó de rodillas y extendió los brazos suplicantes, diciendo:

—¿Ha llegado el momento? Dadme un poco de respiro para que acabe de escribir.

Inés, no repuesta aun del susto de la noche, no estaba en su estado normal.

El cambio de actitud de la condesa la sorprendió de tal modo, que no supo qué hacer ni qué decir.

Enrique tuvo que infundirla valor.

—Hacedla las preguntas que queráis—dijo bajando la voz.—Aprovechad la ocasión, porque su mirada vuelve á extraviarse.

Inés trató de animarse.

—Anoche estuvisteis en mi cuarto—dijo.

La condesa se retorció los brazos por detrás de la cabeza, dando un grito de horror.

Inés retrocedió como para salir del cuarto.

Enrique la detuvo y la animó á seguir.

Después de esforzarse prosiguió Inés:

—Me acosté en el cuarto que me cedisteis y ví...

La condesa se levantó de golpe.

—¡Basta!—gritó.—¿Creéis que necesito me digáis lo que visteis? ¿Creéis que no sé lo que quiere decir para las dos? Resolved en lo que os toca, miss Lockvood, y pensad lo que váis á hacer ¿Estáis segura de ha llegado el día del castigo? ¿Estáis decidida á resucitar conmigo el pasado, á escuchar mi confesión, á saber el secreto de mis muertos?

Sin esperar la respuesta de Inés se aproximó á su mesa.

Brillaban sus ojos y fué la mujer de siempre por un momento.

Pero luego su cabeza se inclinó y suspiró tristemente al abrir uno de los cajoncillos de la mesa: de él sacó una hoja de pergamino, en el que había escritura medio borrada.

De un extremo pendían hilos rotos de seda, como si la hoja hubiera sido arrancada de un libro.

—¿Leéis el italiano?—dijo á Inés, dándola la hoja.

Inés contestó con un movimiento de cabeza.

—Esta hoja—siguió la condesa—pertenecía antes á un libro de la biblioteca del Palacio, cuando esta casa lo era. ¿Quién la arrancó? Poco importa ¿Por qué se ha guardado? Lo sabréis por vos misma. Leed primero á partir de la quinta línea, en la parte superior.

Inés comprendió que la importaba mantenerse serena.

—Dadme una silla—dijo á Enrique.

Este se colocó detrás de ella para ayudarla en caso preciso.

Hé aquí lo que decía la hoja:

«He terminado la descripción del primer piso del palacio.

Conforme al deseo de mi noble amo y dueño de este edificio, subo al segundo y continúo el inventario de los cuadros y obras de arte en él contenidas.

Empiezo por la habitación de la esquina, en el extremo Oeste del Palacio, llamada *Cuarto de las cariátides*, por las estátuas que sostienen la chimenea.

Este trabajo es de construcción relativamente reciente, data del siglo XVIII, y muestra en sus detalles el gusto corrompido de la época.

La chimenea tiene, no obstante, su valor, porque oculta un escondite practicado en el techo de la de abajo; este escondite fué construído en los últimos tiempos de Inquisición, y sirvió de refugio, según dicen, á un atepasado del amo perseguido por el terrible tribunal.

El mecanismo del escondite se ha conservado por mi amo en buen estado, como una curiosidad, y tuvo á

bien indicarme de este modo la manera de servirse de él:

—Poneos cerca de las dos cariátides, colocad la mano sobre la frente de la de la izquierda y coged la cabeza como para echarla hácia atrás. De este modo hacéis jugar el resorte oculto que descubre el hueco. Hay en él sitio para que un hombre se extienda á lo largo.

La manera de cerrar es también sencillísima. Poned las dos manos sobre las sienes de la estátua y atraedla hácia vos; la piedra volverá á ocupar su posición.»

—No necesitáis saber más—dijo la condesa.—Acordaos de lo que acabáis de leer.

Puso el pergamino en el cajón y cerró con llave.

—Venid ahora—prosiguió,—y veréis lo que llaman los franceses el principio del fin.

Inés apenas pudo levantarse temblando de la silla.

Enrique la ofreció el brazo.

—No temáis nada—la dijo.—No os abandono.

La condesa les precedió por el corredor del Oeste y se detuvo en el núm 38.

Era la habitación ocupada en otro tiempo por el barón Rixar, y caía precisamente sobre el cuarto ocupado por Inés la noche anterior.

Hacía dos días que estaba vacía y no había equipaje en ella, luego no estaba ocupada.

—Ya lo véis—dijo la condesa señalando las cariátides de la chimenea,—ya sabéis lo que tenéis que hacer. Merezco que mezcléis la compasión con la justicia—prosiguió más bajo.—Dadme unas horas todavía; el barón quiere dinero y tengo que adelantar mi obra.

Sonrió vagamente é hizo ademán de escribir.

Cuando se la prometió lo que deseaba no dió las gracias á Inés, y sólo dijo:

—No temáis nada, miss, no trataré de huir: donde vos estéis tengo que estar yo. . hasta el fin.

Paseó la mirada fatigada por el cuarto con aire estúpido, y con lento paso, vacilando como una anciana, volvió á su cuarto y se puso á escribir...

XXIV

Inés y Enrique se quedaron solos en el cuarto de las cariátides.

La persona que había hecho la descripción del palacio había advertido con justicia los defectos de la chimenea.

Los menores detalles eran de pésimo gusto lo que no impedía que los viajeros la admirasen, á causa de sus dimensiones y de la variedad de mármoles de diversos colores.

En las salas bajas del hotel había expuestas fotografías de la chimenea, y todos los viajeros ingleses y americanos las compraban.

Enrique hizo que Inés se acercase á la cariátide izquierda.

—¿Conviene probar, ó queréis?...—la preguntó.

Inés se desasió vivamente de su primo y se dirigió á la puerta.

—No quiero ver nada—dijo.—Ese rostro de mármol me aterra.

Enrique puso la mano en la frente de la estátua,

—¿Qué os aterra en esta estatua?—dijo bromeando.

Antes de que Enrique se hubiese apoyado en la cabeza de la cariátide había abierto Inés la puerta.

—Esperad que me vaya—dijo.—Tiemblo sólo al pensar en lo que podéis hallar ahí dentro.

—No me voy, os espero fuera.

Cerró la puerta.

Una vez solo Enrique, volvió á poner la mano en la frente de la cariátide.

Por segunda vez se detuvo al poner en movimiento el mecanismo.

Se oía ruído de voces en el corredor, y una mujer decía:

—¡Cuánto me alegro volveros á ver, querida Inés!

Luego un hombre que presentaba amigos á miss Lockvood, y otra voz, que Enrique conoció ser la del gerente, dió órden á una criada de que subiese á las señoras á los cuartos libres al extremo del corredor.

—Tengo allí una habitación preciosa que tal vez os convenga.

Al decirlo abrió la puerta y se encontró con Enrique Westvick.

—¡Agradable sorpresa, caballero!—dijo riendo el gerente.—Estáis admirando nuestra famosa chimenea. Me extraña veros en el hotel: ¿no ha habido influencias sobrenaturales que os quitaran el apetito?

—No, pero tal vez sepáis pronto que han pesado sobre otra persona de mi familia.

Lo dijo con tono grave y como picado del aire de broma con que el gerente habló de su primera estancia en el hotel.

—¿Acabáis de llegar?—dijo para cambiar de conversación.

—En este momento; he venido en el mismo tren de vuestros amigos Mr. y Mad. Barville, con otras personas que les acompañaban. Miss Lockwood les acompaña á ver los cuartos, y vendrán si necesitan uno.

Al oir esto se decidió Enrique por explorar el secreto antes de que llegasen.

Al irse Inés había pensado en que le vendría bien un testigo en el caso de que hiciese un descubrimiento importante.

El gerente, que nada sabía, estaba allí.

Volvióse, pues, hácia la estatua encantada.

—Me alegro de saber que han llegado mis amigos, y antes de ir á verles permitidme una pregunta sobre esta curiosa obra de arte. ¿Están de venta sus fotografías?

—Sí, señor Westwick

—¿Creéis que la chimenea sea tan sólida como parece?—prosiguió Enrique —Cuando entrasteis me parecía observar que esta cariátide está un tanto separada del muro.

Y puso por tecera vez la mano en la cabeza de la estatua.

—Parece que se mueve—dijo.

Y al decirlo empujó.

Se oyó una especie de chirrido.

La pesada piedra del hogar giró y dejó al descubierto una cavidad sombría.

En el mismo instante, el olor nauseabundo notado en los sótanos y en el núm 13 *bis* salió del agujero como una bocanada y se difundió por el cuarto.

El gerente retrocedió de un salto.

Educación, Cultura y Deporte

—¿Qué quiere decir esto, Mr. Westwick?

Enrique recordó lo que le había dicho Francisco y lo sucedido á Inés, y estaba en guardia

—Estoy tan sorprendido como vos—dijo.

—Esperad un poco, caballero; necesito impedir que esos señores lleguen hasta aquí.

Y fué á cerrar la puerta.

Enrique se asomó á la ventana para respirar el aire puro.

Un vago sentimiento de temor le invadía por vez primera, y estaba resuelto á no seguir sus pesquisas sin tener un testigo.

El gerente volvió en seguida con una linterna que encendió.

—No podemos temer ser molestados—dijo. Tened la bondad de alumbrarme; yo veré que hay en este extraño escondite.

Enrique tomó la linterna.

Mirando á favor de aquella luz vacilante vieron en el fondo del agujero un objeto de color sombrío

—Creo que lo alcanzaré entrando á gatas y alargando el brazo.

El gerente se arrodilló y luego vaciló un poco.

—Si tuviérais la bondad de darme mis guantes... Están en mi sombrero, detrás de vos.

Enrique le dió los guantes.

—No se sabe lo que puedo coger...—dijo el gerente sonriendo á la fuerza y poniéndose el guante derecho.

Se tendió en tierra cuan largo era y metió la mano en el agujero.

—No sé lo que es, pero ya lo tengo.

Se incorporó á medias y sacó la mano.

En el mismo instante dió un salto lanzando un grito de terror.

***

Una cabeza humana se escapó de sus manos y rodó á los pies de Enrique.

Era la misma espantosa cabeza que Inés había visto suspendida sobre ella la noche anterior.

Los dos hombres se miraron horrorizados.

El gerente fué quien primero se repuso.

—¡Cuidad de la puerta, por amor de Dios! ¡Tal vez me hayan oído desde fuera!

Enrique se dirigió maquinalmente á la puerta.

Con la llave en la mano, pronto á cerrar, no podía dejar de mirar el espanteso hallazgo que yacía en tierra.

Era imposible identificar aquel resto descompuesto.

Las preguntas que se había hecho Inés se hizo también Enrique.

¿Quién era? Ferraris ó...

Se detuvo como Inés al llegar á este punto.

Inés, su querida Inés le espantaba ahora.

¿Qué la diría? Si la revelaba la verdad, ¿qué consecuencias tendría?

No se oía ruido alguno en el corredor. Los viajeros estaban aun en las habitaciones del fondo.

El rato trascurrido había bastado al gerente para reponerse, y pensaba en lo que era más caro para él, en la reputación del hotel.

Se acercó ansioso á Enrique y dijo:

—Si este espantoso hallazgo se divulga, el hotel se

cierra y la compañía se arruina. ¿Puedo contar con vuestra discreción, caballero?

—Sí, pero después de ver esto la discreción tiene sus límites.

El gerente comprendió que Enrique aludía al deber en que estaba respecto de la sociedad como todo ciudadano respetuoso para la ley.

—Voy á quitar inmediatamente estos restos de aquí —dijo—y á entregarlos á la policía. ¿Queréis salir conmigo, ó quedaros aquí para ayudarme cuando vuelva?

Las voces de los nuevos viajeros se oyeron entonces.

Enrique consintió en quedarse, porque le arredraba la idea de encontrarse con Inés.

El gerente salió creyendo que no sería visto, pero antes de llegar á la escalera le vieron los recién llegados.

Al cerrar con llave oyó Enrique las voces.

Mientras á un lado de la puerta se hacía un tremendo descubrimiento, hablaban en la otra de las diversiones que ofrecía Venecia y de los respectivos méritos de las cocinas francesa é inglesa.

Poco á poco cesó el ruido de la conversación, y un minuto después reinaba absoluto silencio.

Enrique volvió á la ventana, esperando, distraerse con el espectáculo del canal, pero se cansó pronto.

La fascinación de lo horrible le obligó á mirar los restos que yacían en tierra.

¿Cómo Inés había podido soportar su vista, fuese sueño ó realidad?

Al preguntarse esto vió por primera vez algo que estaba junto á la cabeza.

Al inclinarse vió una chapita de oro con tres dientes postizos adheridos antes á ella y caídos sin duda por el choque.

La importancia de este detalle y la conveniencia de no comunicárselo á nadie fueron evidentes para Enrique.

Era acaso un medio de saber á quien habían pertenecido los tristes despojos que eran como testigos mudos de un crimen horrible.

Cogió, pues, los dientes con la idea de servirse de ellos si era precisa una prueba.

Volvió á la ventana.

La soledad comenzaba á pesar sobre él, y cuando se ponía de codos en la ventana llamaron súbitamente en la puerta.

—¿Quién va?—preguntó.

Se oyó la voz de Inés.

—¿Podéis ya decirme algo, Enrique?

—No—pudo apenas decir Enrique.—No puedo abriros aun: ya os lo diré luego.

—No me dejéis sola, Enrique—replicó dulcemente Inés;—no puedo estar abajo con gentes que son felices.

Enrique la oyó alejarse dando un suspiro.

El joven hizo lo que no se atrevía á hacer instantes hacía, y se unió á Inés en el pasillo.

Ella se volvió al oirle, y le dijo señalando al cuarto cerrado:

—¿Tan terrible es eso?

Enrique la rodeó el brazo á la cintura para soste-

Educación, Cultura y Deporte

nerla, y concibió una respuesta al verla cómo esperaba ansiosa á que hablase.

—Sabréis lo que he visto—dijo—si queréis poneros vuestro sombrero y vuestro abrigo y salir conmigo.

Inés le preguntó sorprendida que razón había para ello.

—Ante todo—dijo él—quiero que sepamos á qué atenernos sobre la muerte de Montbarry. Vamos á casa del médico que le asistió y luego á ver al cónsul que le acompañó hasta su última morada.

Los ojos de Inés se fijaron con agradecimiento en Enrique.

—¡Qué bien me comprendeis!—le dijo.

El gerente subía la escalera y se cruzó con ellos.

Enrique le dió la llave del cuarto y dió orden á un criado para que hiciese acercar una góndola.

—¿Os váis?—preguntó el gerente.

—En busca de noticias—contestó Enrique en voz baja.—Si la autoridad me necesita decid que vuelvo dentro de una hora.

XXV

Llegó la noche.

Lord Montbarry y todos los amigos de los recién casados estaban en la Opera.

Inés se excusó por su cansancio y se quedó en el hotel.

Enrique acompañó á todos al teatro, pero se esquivó al final del primer acto y fué á buscar á Inés en el salón.

—¿Habéis pensado en lo que os dije esta mañana?—

la dijo sentándose á su lado.—La duda horrible que teníamos ambos no existe para mí.

Inés movió tristemente la cabeza.

—Quisiera poder pensar como vos, Enrique; quisiera poder decir que tampoco dudo.

La respuesta hubiera descorazonado á otro, pero la paciencia de Enrique para con Inés era inagotable.

Pensad en lo que hemos averiguado hoy, y convendréis conmigo en que no hemos perdido el tiempo. Recordad lo que nos dijo el doctor Bruno: Después de treinta años de práctica, ¿creéis que puedo engañarme sobre una muerte producida por la bronquitis?

Y el testimonio del cónsul, ¿no es también decisivo? Cuando supo la muerte de Montbarry acudió en seguida, y llegó á tiempo para verle depositar en el féretro, cuya tapa se estañó á su vista. El testimonio del sacerdote es también irrecusable. Estuvo junto al lecho mortuorio rezando hasta que el acompañamiento salió del palacio.

Recordad esto y no insistáis en creer que todo lo hecho sobre la muerte de Montbarry no es bastante. Sólo queda una duda: los restos que yo descubrí, ¿son ó no del *cicerone* desaparecido? Esta es la cuestión, ¿no es así?

Inés no podía contradecir esto.

—En este caso, ¿por qué no sentís el alivio moral que siento yo?

—Lo que vi anoche me lo impide—contestó Inés.—Vos me habéis reprochado mis ideas supersticiosas, y yo no encuentro extraño que después de lo que fuímos Montbarry y yo el uno para el otro se me aparezca pa-

ra pedirme cristiana sepultura y el castigo del crimen de que fué víctima.

No creo imposible la explicación de lo que llamáis *teoría mesmeriana;* lo que ví pudo ser resultado de influencias magnéticas que sufrí entre los restos del hombre asesinado y la mujer culpable y presa de remordimientos sentada á mi cabecera.

Lo que no comprendería es que yo hubiese sufrido esa prueba por un hombre á quien ni siquiera conocía, puesto que insistís en que era Ferraris; no quiero discutir vuestra creencia, pero presiento que os engañáis. Nada podrá cambiar mi convicción: seguimos lejos de la verdad.

Enrique no insistió.

A pesar suyo, estaba visiblemente turbado.

—¿Habéis pensado en algún otro medio de descubrir la verdad?—preguntó.—¿Quién nos ayudará? Tenemos á la condesa, y la clave del misterio está en ella; pero en el estado de su cerebro, ¿merece confianza? Yo creo que no.

—Eso me indica que la habéis vuelto á ver—dijo Inés vivamente.

—Sí; la distraje de sus escritos sin fin y traté de sacar algo en claro.

—Entonces ¿la habéis dicho lo que descubristeis en la chimenea?

—Sí—contestó Enrique.—La dije que ella era la responsable de ello, y añadí que no había yo pronunciado aun su nombre ante la autoridad Pues siguió escribiendo como si no me hubiese entendido.

Insistí, y dije que la cabeza estaba en poder de la justicia y que el gerente y yo habíamos hecho y fir-

mado nuestra declaración. Siguió sin prestarme la menor atención. Para obligarla la dije que la causa sería secreta y que podía contar con mi discreción. Creí que había logrado algo, porque se volvió á mi curiosa y me dijo:

—¿Qué quieren hacer?

Supuse que hablaba de la cabeza, y dije que se enterraría en secreto después de fotografiarla. Después la indiqué la opinión del médico forense que ha sido consultado, y que cree que se han empleado sustancias químicas para demorar la descomposición, lo que sólo se ha logrado en parte. De pronto, á quema-ropa, la pregunté si el médico se engañaba, y contestó con gran sangre fría:

—Puesto que estáis ahí me daréis algunos consejos sobre mi drama: quiero introducir algunos incidentes.

Tened en cuenta que no había ni sombra de ironía en sus palabras: realmente ardía en deseos de leerme su obra pensando que yo me tomaría interés por tales cosas porque mi hermano es director de un teatro.

Me retiré con un pretexto, pero tal vez vuestra influencia pueda más que yo. Si queréis, estoy pronto á acompañaros.

Inés tembló ante la idea de tener una segunda entrevista con la condesa.

—No puedo, no me atrevo—exclamó.—Después de lo ocurrido en ese cuarto, me inspira más horror que nunca, Enrique: ved mis manos; sólo al oiros se me han quedado frías.

No exageraba.

Enrique cambió de conversación.

icación, Cultura y Deporte

—Hablemos—dijo—de algo más interesante. Tengo que haceros una pregunta. ¿Me engaño al pensar que cuanto antes dejéis á Venecia seréis feliz?

—¡Ah!—replicó vivamente Inés—no os engañáis: no podré deciros cuánto deseo alejarme de aquí; pero ya sabeis lo que me sucede, pues habeis oído á Montbarry en la mesa.

—Pero luego ha cambiado de opinión.

Inés le miró asombrada.

—Creí que había recibido cartas de Inglaterra que le obligaban á irse mañana mismo—dijo.

—Y es cierto: estaba decidido á irse mañana y dejaros bajo mi custodia con lady Montbarry en Venecia durante las vacacione; pero una circunstancia le obliga á cambiar de plan. Es preciso ir todos mañana, porque me es imposible quedarme en Italia y tengo yo también que volver á Inglaterra.

Inés le miró fijamente sin comprender bien.

—¿Realmente tenéis que iros?—preguntó.

Enrique contestó sonriendo:

—Guardadme el secreto, pues de lo contrario no me perdonaría Montbarry.

Inés leyó lo que callaba en el rostro del joven.

—¡Cómo!—exclamó.—¿Sacrificáis por mi las vacaciones y vuestro viaje por Italia?

—Volveré con vos á Inglaterra, Inés, y esa será mi recompensa.

La joven le estrechó la mano en un arranque de ternura.

—¡Qué bueno sois para mí!—murmuró.—¿Qué hubiera sidode mí sin vos después de lo que me ha ocurrido? No sabré deciros cuán agradecida os estoy.

Quiso besarle la mano, lo que Enrique impidió con dulzura.

—Inés—la dijo,—¿vais comprendiendo cuánto os amo?

Esta sencilla pregunta la llegó al corazón.

Sin mover los labios confesó la verdad, y volvió los ojos.

Enrique la abrazó.

—¡Pobre amiga mía!—la dijo besándola en la frente

Se quedaron dulcemente silenciosos.

***

Aquel encantador silencio duró poco.

Llamaron fuertemente en la puerta.

Inés se estremeció y corrió al piano.

Sentada en el taburete, y de espaldas á la puerta, podía ocultar el rostro

—¡Adelante!—dijo Enrique irritado.

La puerta no se abrió, pero hicieron una pregunta extraña desde el pasillo.

—¿Está sólo Mr. Enrique Westwick?

Inés conoció la voz de la condesa, y corrió á una puerta que daba á un dormitorio.

—No la dejéis que se me acerque, Enrique—dijo—¡Buenas noches!

Enrique repitió con más dureza aun:

—¡Adelante!

La condesa abrió y entró lentamente con su eterno manuscrito en la mano.

Su paso era incierto, su rostro estaba sombrío y sus ojos sanguinolentos.

Al acercarse á Enrique tropezó en la mesa junto á la que estaba sentado.

Al hablar articulaba de manera confusa, y se la hubiera creído borracha.

Enrique la ofreció asiento.

—Temo que hayáis trabajado mucho, condesa; parecéis tener gran necesidad de reposo.

La condesa se llevó la mano á la cabeza:

—No encuentro nada—dijo.—No puedo con el cuarto acto, y esto deja un vacío, un gran vacío.

Enrique la aconsejó que aguardase al día siguiente.

—Idos á dormir y descansad...

La condesa agitó impaciente la mano.

—Es preciso que termine mi obra—contestó.—Vengo á pediros un consejo. Vos debéis conocer obras de teatro; vuestro hermano es director de uno: habréis oido hablar del cuarto y del quinto actos, y habréis asistido á representaciones y demás.

De pronto dejó el manuscrito en manos de Enrique.

—No quiero leéroslo—dijo.—Me aturdo cuando veo mi letra: leed y sed buen chico dándeme vuestra opinión.

Enrique miró al manuscrito y se detuvo en la lista de personajes.

Al leer los nombres se estremeció y miró á la condesa para pedirla una explicación.

¡Tarea inútil!

Estaba sentada, con la cabeza echada hácia atrás y parecia medio dormida; su palidez había aumentado.

Enrique llamó y dió orden de que viniese una criada.

Su voz pareció sacar á la condesa de su letargo.

Abrió lentamente los ojos y preguntó:

—¿La habéis leído?

Era urgente engañarla.

—La leeré con gusto si queréis subir á acostaros; mañana os diré lo que me parece: mañana por la mañana haremos el cuarto acto.

La criada entró en aquel momento.

—Temo—dijo Enrique—que la señora no se encuentre bien; llevadla á su habitación.

La criada miró á la condesa y contestó también en voz baja:

—¿Mando llamar á un médico?

Enrique dijo que la llevasen primero á su cuarto y que avisasen al gerente.

Costó trabajo ponerla en pié y convencerla para que tomase el brazo de la sirviente.

Sólo prometiéndola leer la obra y hacer el cuarto acto pudo Enrique decidirla.

Cuando se vió solo sintió Enrique curiosidad por saber lo que había en el manuscrito.

Lo ojeó, leyó una línea aquí y otra allá, y de pronto se puso pálido.

—¡Gran Dios!—exclamó.—¿Qué quiere decir esto?

Miró hácia la puerta por donde había desaparecido Inés.

Podía volver y querer saber lo que la condesa había escrito.

Volvió á leer el trozo que le había hecho estremecer, vaciló un instante, y guardando el manuscrito salió del salón de puntillas.

ación, Cultura y Deporte

XXVI

Al entrar en su cuarto, situado en el piso superior, dejó Enrique sobre la mesa el manuscrito.

Tenía los nervios excitados, y al volver las hojas temblaba su mano, estremeciéndose al menor ruído que oía en el hotel.

La condesa entraba en el asunto sin preámbulos.

Se presentaba y presentaba su obra con la familiaridad de un antiguo amigo:

Hé aquí de que modo:

«Permitidme, querido señor Francisco Westwick, que os exponga los personajes de la obra que hemos convenido.

Estos son, por su orden:

El lord.

El barón.

El cicerone.

El médico.

La condesa.

No me he tomado el trabajo, como véis, de inventar nombres.

Mis papeles están designados por las profesiones que indico y la diferencia de condición social.

Empieza el primer acto...

Pero no; antes de entrar en materia debo deciros que la obra es toda invención mía.

No me he servido de ningún hecho conocido, ni, lo que es más raro, he robado ideas á ningún melodrama francés.

En vuestra calidad de director de teatros no que-

rréis creerme, pero no importa. Lo que importa es el primer acto.

—

Estamos en Hamburgo; en plena temporada, en el famoso salón de oro.

La condesa, elegantemente vestida, está sentada ante el tapete verde.

Extranjeros de todas las nacionalidades se mantienen de pie detrás de los jugadores, jugando ó mirando jugar.

El lord está entre los asistentes.

Mira extasiado á la condesa, que, á pesar de no ser hermosa, es bastante agradable.

Juega siguiendo el juego de ella, y la condesa se vuelve y le dice:

—No confiéis en mi juego porque estoy de pérdidas toda la noche; poned en otra parte y tal vez ganéis.

El lord, como buen inglés, se ruboriza, saluda y obedece.

La condesa tenía razón: continúa perdiendo y el lord gana el doble.

La condesa se levanta de la mesa; no la queda dinero y ofrece la silla al lord.

Este, en vez de aceptar, pone galantemente en su mano cuanto acaba de ganar y la ruega acepte el préstamo; será para él un gran favor.

La condesa sigue jugando y perdiendo. El lord sonríe y vuelve á rogarla acepte otro pequeño préstamo.

Entonces cambia la suerte: la condesa gana, y el barón, su hermano, que prueba fortuna en el salón contiguo, ve lo que pasa y se acerca á su hermana y al lord.

Fijaos en el barón: es el papel más interesante.

Este personaje ha comenzado su vida con una verdadera pasión por la química experimental, pasión extraña en un joven gallardo que tiene ante sí un brillante porvenir.

Un conocimiento profundo de las ciencias ocultas ha hecho creer al barón que es posible resolver el famoso problema de la piedra filosofal, y ha agotado cuantiosos recursos en experimentos.

Su hermana le ha ayudado con su fortunita, conservando solamente sus alhajas, confiadas á uno de sus amigos, banquero en Francfort.

En el momento de empezar la acción, la suerte abandona al barón. Quiere intentar una última prueba para trasformar en oro los metales viles.

_Pero ¿cómo pagar los gastos del experimento? ¿Bastarán las ganancias hechas por su hermana con el dinero del lord?

Inquieto por el resultado, da consejos á su hermana sobre el juego pero su mala suerte se extiende á su hermana y pierde hasta el último céntimo.

El amable y opulento inglés ofrece un tercer préstamo, pero la condesa es mujer delicada y rehusa.

Al dejar el juego presenta su hermana al lord, y ambos entablan conversación.

El lord pide permiso para ir al día siguiente á ofrecer sus respetos á la condesa, y el barón le invita para almorzar.

El lor acepta, echando una mirada de respetuosa admiración á la condesa, mirada que el hermano sorprende, y el inglés se despide.

Una vez solos, el barón habla con franqueza á su hermana:

—Nuestros asuntos están perdidos y hay que buscar un remedio heroico. Esperadme aquí mientras tomo informes del lord: habéis hecho impresión en él, y si podemos servirnos de él para tener dinero hay que hacerlo.

La condesa se queda sola en escena, y se da á conocer en un monólogo.

Su papel es simpático y odioso á un mismo tiempo.

Hay en su naturaleza, junto á un gran deseo de hacer bien, defectos que la empujan á obrar mal; será buena ó mala, según las circunstancias.

Como produce efecto por donde quiera que va, es objeto de calumniosas suposiciones.

En esta escena protesta enérgicamente contra una de estas calumnias, que pretende presentar á su hermano como amante.

Concluye expresando su ardiente deseo de abandonar á Homburgo; el barón vuelve y oye sus últimas palabras.

—Sí—la dice,—dejaréis á Homburgo si queréis, pero á título de prometida del lord.

La condesa se asombra y contesta que si el lord gusta de ella, no le sucede lo mismo: va más lejos; declara que no le recibirá.

—Escoged—replica el barón,—casaros con las rentas del lord; ó yo venderé mi título y mi persona á la primera mujer rica que quiera comprarme.

La condesa le escucha sorprendida. ¡Era posible que el barón hablase en serio?

—La mujer que está dispuesta á comprarme se ha-

Educación, Cultura y Deporte

lla en esa sala próxima; es viuda de un rico usurero judío, y tiene el dinero bastante para llegar á la solución de mi gran problema. No tengo más que consentir en ser su marido y llegaré á millonario.

Reflexionad, si queréis, durante cinco minutos en lo que os he dicho, pero que al volver sepa que uno de los dos se casa por el dinero.

La condesa le detuvo cuando iba á salir.

—¿Qué mujer digna de este nombre—exclamó—reflexiona cuando se trata de sacrificarse por el hombre á quien se ha consagrado? No: le tiende la mano y le dice: inmoladme en el altar de vuestra gloria; estoy dispuesta á serviros de pedestal; tomad mi libertad y mi vida con tal de que sirvan para vuestro triunfo.

El telón cae sobre esta conmovedora escena...

Juzgad mi primer acto, señor Westwick, y decidme con toda sinceridad, sin temor de ofenderme, si me creéis capaz de escribir una obra.»

***

Enrique se detuvo un momento entre el primero y segundo actos; reflexionaba sobre la extraña coincidencia que unía los incidentes relatados por la condesa y los que habían precedido al desastroso matrimonio de su hermano el primer lord Montbarry.

¿Se debía á que la condesa, en el actual estado de su cerebro, creía ser imaginación lo que no era más que memoria?

La pregunta era muy grave para ser contestada de primera intención.

Enrique volvió la página y empezó la lectura del segundo acto.

El manuscrito proseguía así:

«El segundo acto pasa en Venecia.

Han pasado cuatro meses desde la escena anterior.

La acción se desliza en el salón de un palacio veneciano; el barón piensa á solas en lo ocurrido desde el final del primer acto.

La condesa se ha sacrificado, el matrimonio se ha verificado, no sin cierta tirantez por discusiones de metálico.

Las agencias de informes han dicho al barón que las rentas del lord provienen de bienes de familia: en previsión de sucesos desgraciados, debe evidentemente hacer algo por su mujer.

Que asegure su vida por una suma que el barón indica, y que se arregle de modo que esta suma venga á su mujer si él muriere el primero.

El lord duda, pero el barón no pierde su tiempo en discusiones estériles.

—Consideremos como roto el matrimonio—dice.

El lord cede poco á poco, y se allana á suscribir por una cantidad inferior á la que se le pide.

El barón contesta secamente:

—Yo no regateo.

El lord está enamorado, y acaba por consentir.

Hasta aquí no tiene el barón por que quejarse, pero cuando acaba la luna de miel toma el lord su revancha.

El barón une á los esposos en un viejo palacio que han alquilado en Venecia.

Sigue en busca de la piedra filosofal.

Su laboratorio está instalado en los sótanos, con el fin de que los olores químicos no molesten á la con-

desa: sigue siendo la falta de dinero el obstáculo que se opone á los descubrimientos del barón.

Su situación es de las más críticas, y tiene deudas de honor que es preciso pagar.

Pide amistosamente un préstamo al lord: éste se niega en términos secos y casi duros.

El barón ruega á su hermana que interponga su influencia, y ésta le dice que su marido, que ya no está enamorado, se revela como lo que es: como un avaro imposible. El sacrificio del matrimonio ha sido inútil.

Tal es la situación al empezar el segundo acto.

La entrada de la condesa turba la meditación del barón.

Viene furiosa, colérica.

Acaba de ser insultada, primero por un criado, y después por su marido. Su doncella inglesa ha declarado que no quiere servir más á la condesa y que quiere volverse á Inglaterra.

Preguntada por los motivos de esta resolución, contesta insolentemente, en términos velados, que una mujer honrada no puede servir en la casa desde la llegada del barón.

La condesa hace lo que hubiera hecho cualquiera en su caso: despide en seguida á la doncella.

Al oir hablar alto á su mujer sale el lord de su despacho y pregunta qué significa aquella disputa.

La condesa repite los ultrajes de la doncella.

El lord, no sólo aprueba la conducta de ésta, sino que expresa crudamente sus dudas sobre la fidelidad de la condesa

—Si hubiese sido hombre—dice la condesa—y hubiese tenido un arma, le mato sin compasión.

El barón ha escuchado silencioso y toma la palabra.

—Permitid—dice—que acabe por vos la frase. Le hubiesis matado violentamente, perdiendo por ese hecho el derecho á la prima del seguro que corresponde á la viuda, y que necesita vuestro hermano para salir de su intolerable situación.

La condesa dice que no es hora de bromearse.

Después de lo que la ha dicho el lord, no duda la condesa de que comunicará sus sospechas á los abogados ingleses.

Si nada hace para impedirlo, antes de mucho estará divorciada y deshonrada, sin más recursos que sus alhajas para no morir de hambre.

En este momento atraviesa la escena el *cicerone* que el lord ha traído de Londres.

Lleva en la mano una carta para depositarla en el correo.

La condesa le detiene y lee las señas del sobre, que enseña á su hermano.

La letra es del lord y la carta es para su abogado de Londres.

El *cicerone* sale para el correo, y el barón y la condesa se miran en silencio.

No necesitan hablar.

Comprenden su situación, y el remedio de ella aparece con triste claridad.

La alternativa es sencilla: deshonra y ruina, ó muerte de milord y cobro de la prima.

El barón se pasea muy agitado y hablando solo, y la condesa sólo le oye trozos de frases

Habla de la constitución del lord, tal vez debilitada

ucación, Cultura y Deporte

por su estancia en la India, de un catarro que le aquejaba hace cuatro días, de complicaciones inesperadas, que suelen hacer que los catarros terminen á veces en la muerte.

Se apercibe de que la condesa le oye, y la pregunta si no tiene nada que proponerle.

—¿No tenéis pregunta ella—una endiablada enfermedad en uno de vuestros frascos de abajo?

El barón mueve la cabeza.

¿De qué tienen miedo? ¡De que se reconozca el cadáver después! Pero la autopsia no le encuentra.

Lo que le preocupa es el modo de administrarle el filtro.

Un hombre como el lord hace llamar á un médico cuando se siente seriamente enfermo.

El médico es un peligro.

Además, es preciso guardarse del *cicerone*, que será fiel al lord mientras le pague.

Si el médico no ve nada sospechoso, tal vez lo vea el *cicerone*.

Para que el veneno obre es preciso administrarlo á dósis pequeñas y graduales: la menor imprudencia puede comprometerlo todo.

Las Compañías de seguros pueden sospechar algo y no pagar.

En el estado actual de las cosas, el barón no puede intentar el golpe ni permitir que su hermana lo haga.

El lord aparece. Ha llamado muchas veces al *cicerone* y éste no contesta. ¿Qué significa su silencio?

La condesa responde, conteniéndose para hacer ver á su marido su enojo, que le ha mandado al correo.

El lord pregunta con desconfianza si ha visto el sobre.

La condesa contesta friamente que ella no se ocupa de lo que su marido escribe.

Luego le pregunta si quiere que se llame á un médico para su catarro.

El lord contesta que se basta para cuidarse á si mismo.

En aquel momento aparece el *cicerone*, que vuelve del correo.

El lord le ordena que vaya á buscar limones, porque quiere tomar limonada caliente para sudar.

El *cicerone* obedece á disgusto.

El lord se vuelve hácia el barón, que no ha tomado parte en la conversación, y le pregunta intencionadamente cuanto tiempo piensa permanecer en Venecia.

—Hablemos con franqueza, milord—contesta el barón—Si queréis que no siga aquí, decidlo y me iré.

El lor se vuelve á su mujer y la pregunta si podrá soportar la ausencia de su hermano, pronunciando esta palabra con énfasis insultante.

La condesa guarda impenetrable sangre fría, sin dejar ver el odio que siente por el miserable que la ha insultado.

—Sois el amo—contesta.—Haced lo que os plazca.

El lord mira á ambos y cambia de tono de repente.

¿Es que ve en la sangre fría de los hermanos una amenaza para él?

Es probable, porque se excusa de lo que acaba de decir.

¡Qué abyecto personaje!

Las excusas del lord son interrumpidas por la entrada del *cicerone*, que vuelve con los limones y agua caliente.

La condesa observa por primera vez que este hombre tiene la cara de poca salud.

Sus manos tiemblan al poner la bandeja sobre la mesa.

El lord ordena al *cicerone* que le siga para hacer la limonada en su alcoba, y la condesa nota que el *cicerone* apenas puede tenerse en pié

El hombre confiesa que no está bueno, porque se siente también acatarrado.

Ha cogido un aire en la tienda en que compró los limones.

Siente frío y calor á intervalos y pide permiso para acostarse.

La condesa se conmueve y ofrece hacer ella la limonada.

El lord dice en voz baja al *cicerone*:

—Cuidad de que no eche nada en la bebida y llevadme vos mismo la limonada: después iréis á acostaros si queréis.

El lord sale.

La condesa hace la limonada y el *cicerone* la lleva.

Al entrar en su cuarto se siente éste tan débil, que se tiene que apoyar, para no caer, en dos sillas que halla á su paso.

El barón le ofrece el brazo.

—Temo que no estéis bueno—le dice.

El *cicerone* da esta extraña respuesta.

—Esto es hecho, señor; me muero.

La condesa se asombra.

—No sois tan viejo—dice—tratando de animarle.—En vuestra edad no quiere decir que se coja la muerte porque se tome frío.

El *cicerone* mira á la condesa con aire desesperado.

—Tengo el pecho débil, Milady—dice.—Ya he pasado dos bronquitis. La segunda vez se consultó á un gran médico, quien creyó un milagro mi curación.

—Tened cuidado—me dijo—pues á la tercera sois hombre muerto,

Siento en los huesos el mismo frío de las otras veces, y os repito que he cogido la muerte en Venecia.

Después de unas palabras de consuelo, el barón le lleva á su cuarto y la condesa queda sola en escena.

***

Milady se sienta y mira á la puerta por la que ha salido el *cicerone*.

—Pobre muchacho—exclama.—¡Si pudiéseis cambiar de constitución con milord qué suerte para el barón y para mí! ¡Si pudiéseis curaros con una limonada excelente y que el se muriera en lugar vuestro!

Se detiene de pronto, se levanta y lanza un grito de triunfo.

Una idea maravillosa ha atravesado su cerebro como un rayo: sustituir al uno con el otro. .

¿Qué obstáculos puede haber?

No hay más que sacar á milord de su cuarto, de grado ó por fuerza, y tenerle prisionero en el palacio, dejándole que viva ó muera, según convenga

Se coloca al *cicerone* en el lecho vacío, se llama á un médico, que creerá asistir al lord, y cuando muera será milord el muerto ..»

ción, Cultura y Deporte

. . . . . .

El manuscrito cayó de las manos de Enrique.

Se había apoderado de él un invencible sentimiento de horror.

La pregunta que se había hecho al final del primer acto tenía ya un interés terrible.

Hasta llegar al monólogo de la condesa, los incidentes del segundo acto reproducían la verdad.

El monstruoso complot revelado en las líneas que acababa de leer, ¿era producto de la imaginación enferma de la condesa, ó había creído que inventaba cuando todo era producto de sus criminales recuerdos?

Si la última hipótesis era cierta, su hermano había sido asesinado.

El crimen había sido largo tiempo meditado por la mujer á quien había dado el nombre.

Para colmo de fatalidad, la misma Inés había puesto en su poder al hombre que debía ser agente pasivo del crimen.

No pudiendo resistir duda semejante, salió del cuarto para arrancar la verdad á la condesa y denunciarla como criminal impune.

Al llegar á la puerta se cruzó con uno que salía.

Era el gerente.

Estaba desconocido y gesticulaba como un poseído.

—Entrad, si queréis—dijo á Enrique.—Oid: no soy supersticioso, pero empiezo á creer que los crímenes llevan en sí mismos el castigo. ¡Este hotel está maldito! ¿Qué ha sucedido esta mañana? Descubrimos las pruebas de un asesinato cometido en este palacio. Lle-

ga la noche y con ella otra muerte, una muerte repentina y horrible.

Entrad y vedlo vos mismo: yo voy á presentar mi renuncia, señor Westwick: no quiero luchar contra la fatalidad que aquí me persigue.

La condesa estaba tendida sobre su lecho: el médico y una criada, de pié junto á la cama, no la quitaban ojo.

De tanto en tanto se oía su penosa respiración.

—¿Va á morir?—preguntó Enrique.

—Ha concluído...—contestó el doctor.—Ha muerto de un aneurisma cerebral, y estos sonidos que aun oís son puramente mecánicos.

Enrique miró á la criada.

Poco podía decirle ésta: la condesa se había negado á acostarse y se había puesto á escribir.

Viendo que era inútil aconsejarla, había ido la criada á llamar al gerente.

Se mandó por un médico á toda prisa: cuando llegó encontró á la condesa muerta en el lecho.

Al salir miró Enrique á la mesa y vió una hoja, sobre la que la condesa había escrito sus últimas líneas.

La letra era casi ilegible.

Sólo pudo Enrique descifrar estas palabras:

ACTO PRIMERO

Personajes del drama

La miserable loca había pensado hasta el fin en su obra, y la había vuelto á empezar.

XXVII

Enrique volvió á su cuarto.

Su primera idea fué la de arrojar el manuscrito para no recogerlo jamás.

La única probabilidad de saber la verdad desaparecía con la condesa.

¿Qué esperanza quedaba? ¿Qué interés tenía en leer más?

Se puso á pasear por el cuarto.

A poco rato cambió de idea porque vió el manuscrito bajo otro prisma.

Sabía que se había premeditado el crimen, pero ¿cómo se había ejecutado?

No lo sabía aún.

Enrique vaciló un poco y al fin se bajó á cogerlo; volvió á la mesa y siguió leyendo:

—

«Mientras la condesa piensa en su combinación atrevida y sencilla vuelve el barón.

Reflesiona seriamente sobre la indisposición del *cicerone*, y cree conveniente llamar á un médico.

No queda criado alguno en el hotel y es preciso que el mismo barón salga.

—De todos modos—le dice su hermana—necesitamos al médico, pero antes de ir á buscarlo esperad y oidme.

El barón se entusiasma con la proposición. ¿Ofrece peligro su ejecución?

El lord ha llevado en Venecia vida de anacoreta: nadie le conoce de vista excepto su banquero.

Pero aun con éste se limitó á presentar su letra sin que volviera jamás á su casa.

No ha dado reuniones, y cuando ha paseado en góndola lo ha hecho solo.

Ha llevado, en fin, un género de vida que hace fácil lo que la condesa proyecta.

El barón escucha prudentemente sin dar su opinión.

—Ved lo que podéis hacer con el *cicerone*—dice al fin.—Me decidiré cuando sepa el resultado de vuestra entrevista con él, pero antes de ir oid un buen consejo:

Este hombre se vende por dinero: la cuestión es ofrecerle lo bastante. El día pasado le pregunté en broma lo que haría por mil libras y me dijo que todo: ofrecedle desde luego las mil libras.

La escena cambia.

Aparece el cuarto del *cicerone*.

El infeliz llora contemplando un retrato de mujer.

Entra la condesa y empieza por consolar á su futuro cómplice.

El *cicerone* se muestra agradecido y confía sus penas á su graciosa ama.

En su última hora siente remordimientos por haberse mostrado indiferente con su mujer.

Podría resignarse á morir, pero se apodera de él la desesperación cuando piensa que dejará á su viuda en la miseria.

La condesa toma la palabra:

—Supongamos que os pido que hagáis una cosa sencillísima, y que en pago os doy mil libras como herencia para vuestra mujer.

Educación, Cultura y Deporte

El *cicerone* se incorpora y mira incrédulo á la condesa.

No puede creer que se bromee en semejante situación.

—¿Queréis decir qué es ello?

La condesa contesta exponiendo su proyecto sin reserva alguna.

Hay un momento de pausa.

El *cicerone* no está tan grave que no quiera reflexionar.

Con los ojos fijos en la condesa hace una observación llena de originalidad é insolencia:

—Nunca he sido religioso—dice,—pero creo que voy á serlo; desde que ha hablado su señoría creo en el diablo.

La condesa lo toma á broma y sólo añade:

—Os doy media hora para pensarlo; estáis en peligro de muerte. Ahora decidid en interés de vuestra mujer si queréis ó no morir valiendo mil libras.

Se queda solo el *cicerone*, piensa seriamente y se decide.

Se levanta con dificultad, escribe unas líneas en un trozo de papel y sale tambaleando de la habitación.

La condesa vuelve á la media hora y halla el cuarto vacío.

Pero el *cicerone* llega. ¿Para qué se ha levantado?

—Es que defiendo mi vida, milady, para el caso de que salga de esta tercera bronquitis. Si vos ó el barón tratáis de despacharme de este mundo, ó de negarme las mil libras, diré al médico donde podrá hallar unas líneas reveladoras de vuestro crimen.

Si no tuviese fuerzas para decirlo todo, indicaré al

doctor donde está mi escondite, y es inútil añadir que la carta será entregada si cumplís fielmente vuestro compromiso.

Después de esta audad respuesta empieza á enumerar las condiciones con las cuales consiente en hacer su papel.

La condesa y el barón deberán probar en presencia suya los alimentos y bebidas que se le den y hasta las medicinas.

En cuanto á la suma prometida, consistirá en una letra encerrada en un pliego de papel blanco, sobre la que se escribirá la dirección que el *cicerone* indique.

Estos dos objetos se pondrán en un sobre sellado y dirigido á su mujer, con sello y todo.

Hecho esto, se pondrá el sobre bajo su almohada, y mientras el médico no desespere de él podrán el barón y la condesa mirar todos los días si el sobre está intacto en su sitio.

Hay otra condición: el *cicerone* tiene conciencia y no quiere saber nada del secuestro del lord: no quiere tener parte en responsabilidades que pertenecen á otros.

Aceptadas las condiciones, llama la condesa al barón, que espera el resultado de la conferencia en la sala próxima.

El barón sabe que el *cicerone* ha consentido, y volviendo la espalda á la cama enseña un frasquito á la condesa.

La etiqueta del frasco dice:

Cloroformo

La condesa comprende: el lord debe ser sacado de su cuarto en estado de completa insensibilidad.

Pero ¿adónde se le lleva?

Al abrir la puerta para salir hace en voz baja la condesa esta pregunta á su hermano.

—A los sótanos—contesta el barón en voz baja también.

Cae el telón.»

XXVIII

Así acaba el segundo acto.

Al llegar al tercero lee Enrique con gran fatiga de cuerpo y espíritu, y siente que necesita reposo.

En la última parte del manuscrito, y en pasaje muy importante, la letra y el estilo de la condesa habían sufrido gran alteración.

Aparecía la locura á medida que la obra llegaba al fin, y la letra era cada vez peor.

Algunas frases estaban sin acabar, y en el diálogo no concordaban exactamente preguntas y respuestas.

A intervalos parecía iluminarse la inteligencia del autor, pero pronto se embrollaba de nuevo.

Después de leer una ó dos hojas retrocedió Enrique ante el horror creciente de la relación.

Cerró el manuscrito y se tendió en su lecho para descansar.

En aquel instante se abrió la puerta.

Lord Montbarry entró.

—Venimos de la Opera—dijo—y acabamos de saber la muerte de esa miserable; dicen que la hablásteis en sus últimos momentos, y quisiera saber...

—Os lo diré—contestó Enrique.—Sois el jefe de la

familia y quiero dejaros el cuidado de pensar en lo que debe hacerse.

Y contó á su hermano de que modo había llegado el drama de la condesa á su poder.

—Leed las primeras páginas—dijo.—Quiero saber si os produce la misma impresión que á mí.

A mitad del primer acto lord Montbarry se detuvo y miró á su hermano.

—¿Qué quiere decir al alabarse de haber inventado su obra? ¿Estaba bastante loca para no acordarse de que todo esto había sucedido?

Enrique tenía bastante: su hermano pensaba como él.

—Haced lo que queráis; pero si queréis creerme, ahorraos la lectura de las páginas que siguen, en donde podréis ver de qué terrible manera ha sido castigado nuestro hermano por su vergonzoso matrimonio.

—¿Lo habéis leído todo, Edrique?

—No todo; he retrocedido ante la lectura de la última parte. Ni vos ni yo hemos visto nuestro hermanq después de salir de la escuela, y yo pienso que fué un infame para Inés no recatándome de decirlo; pero cuando leí la inconsciente relación del crimen de que ha sido víctima, me he acordado de que éramos hijos de la misma madre.

Lord Montbarry cogió una de las manos del joven.

—Sois un buen muchacho, Enrique, pero ¿estáis seguro de no sentir una falsa alarma? Porque una miserable loca haya dicho en parte la verdad, ¿es preciso creer lo demás?

—No hay duda posible—contestó Enrique.

ucación, Cultura y Deporte

—¿No? Pues seguiré la lectura para ver si se justifica vuestra creencia.

Siguió hasta el fin del primer acto y luego levantó la cabeza.

—¿Creéis que los restos mutilados que habéis descubierto esta mañana sean los de nuestro hermano?—preguntó.

Enrique dijo que sí con la cabeza.

Lord Montbarry iba á protestar enérgicamente, pero se contuvo.

—Decís que no habéis leído las últimas escenas—dijo.—No seáis niño, Enrique; si persistís en creer ese horror, lo menos que podéis hacer es leer todo el manuscrito. ¿Queréis leer el tercer acto? ¿No? Bien, ol leeré yo.

Buscó el tercer acto y se fijó en los pasajes más claros.

He aquí una escena en los sótanos del palacio.

La víctima del complot está echada en un miserable lecho: el barón y la condesa piensan en su actual posición.

La condesa, según yo entiendo, se ha procurado el dinero necesario, empeñando sus alhajas en Francfort.

El cicerone puede aun salvarse, según dice el médico.

¿Qué harán los culpables si este hombre cura?

El barón propone poner al lord en libertad.

Si se dirigiera á la justicia sería fácil probar que padece raptos de locura apelando al testimonio de su propia esposa.

Además, si el *cicerone* muere, ¿cómo desembarazarse del lord?

¿Dejándole morir de hambre?

No; el barón es hombre de mundo y no gusta de crueldades inútiles.

¿Se recurriría al puñal pagado?

El barón dice que no tiene confianza en un cómplice y no quiere, además, gastar dinero en balde.

¿Echarán á su prisionero al canal?

El agua arrojaría de sí al cadáver.

¿Prenderán fuego á su lecho?

Es buena idea, pero puede verse el humo.

El medio mejor de acabar es el de recurrir al veneno. Cualquiera es bueno.

¿Creeis que haya mediado esta discusión, Enrique?

Este no respondió; las preguntas que acababan de leerse estaban exactamente en el mismo orden que los sueños que habían espantado á Mad. Narbury durante las noches que había pasado en el hotel.

Era inútil dar parte de esta coincidencia á su hermano.

—Continuad—dijo.

Lord Montbarry hojeó el manuscrito hasta que encontró un trozo legible.

—Aquí—dijo—si comprendo bien las indicaciones, se halla la escena dividida. En la parte de arriba está el médico escribiendo la partida de defunción del lord á la cabecera del *cicerone* muerto.

Abajo, en los sótanos, el barón está en pié, cerca del lord envenenado, y preparando los ácidos que han de reducir su cuerpo á cenizas.

No perdamos el tiempo en descifrar estas atrocidades de melodrama.

Volvió algunas páginas, tratando de penetrar en la significación de escenas confusas.

En la penúltima página halló algunas frases ininteligibles.

—El tercer acto parece estar dividido en dos cuadros—dijo.—Aquí puedo leer algo al principio del segundo.

«El barón y la condesa están en escena. Las manos del barón llevan guantes. Ha reducido el cuerpo á cenizas por un nuevo sistema de cremación, á excepción de la cabeza.»

Enrique interrumpió á su hermano.

—¡No sigáis!—le dijo.

—Hagamos justicia á la condesa—continuó lord Montbarry.—Era una loca: sólo aquí pueden leerse media docena de líneas.

«El barón se ha quemado horriblemente las manos al rompérsele un frasco de ácidos.

No puede hacer desaparecer la cabeza, y la condesa retrocede ante la idea de sustituirle.

A la noticia de la llegada de la comisión de investigación de las Compañías de seguros no sintió el barón temor alguno.

Hicieran lo que quisieran, sólo verían la muerte natural del *cicerone* sustituyendo al lord.

Pero era forzoso esconder la cabeza, y sus disquisiciones en la biblioteca le hicieron encontrar un escondite segurísimo.

La condesa pudo rehusar la ayuda en la cremación, pero tal vez echó un ingrediente á la cabeza para evitar la descomposición.»

—¡Basta!—gritó de nuevo Enrique.

—No puedo entender más: la última página es toda de un loco. ¿No os dijo ella que la imaginación la dictaba?

—Sed sincero, Estéfano, y decid la memoria.

Lord Montbarry se levantó y miró á su hermano con aire de piedad.

—Estáis enfermo, Enrique; no me extraña después de lo que habéis descubierto en la chimenea. Discutiremos esto: esperaremos que un día ó dos os repongan; pero decidamos un punto. ¿Me dejáis á mi, como jefe de la familia, el resolver sobre esto?

—Sí.

Lord Montbarry tomó el manuscrito y lo arrojó al fuego.

—Que esta suciedad sirva al menos de algo—dijo removiendo el papel con las tenazas.—El cuarto empieza á enfriarse.

Esperó un poco en la chimenea y volvió con su hermano.

—Ahora, Enrique, me queda una palabra que deciros. Admito que habéis dado con la huella de un crimen cometido en el palacio en otros tiempos; por lo demás, las influencias sobrenaturales que alguno de nosotros ha experimentado, vuestra pérdida de apetito, los sueños de mi hermana, el olor que sofocaba á Francisco y la cabeza que se apareció á Inés... todo es pura alucinación; ¡no creo nada, nada, nada!

Abrió la puerta para salir y se volvió otra vez.

—Sí—dijo;—hay algo en que creo; mi mujer ha cometido una indiscreción, y sospecho que Inés se casará con vos... ¡Buenas noches, Enrique! Saldremos de Venecia mañana á primera hora.

ción, Cultura y Deporte

Y así fué como juzgó lord Montbarry el misterio de la casa encantada.

Post-scriptum

Le quedaba á Enrique un postrer medio de zanjar su diferencia de convicción con su hermano.

Estaba decidido á servirse de los dientes postizos como punto de partida de la indagación que pensaba hacer cuando estuviesen en Inglaterra.

La única persona que conocía la vida de la familia en sus íntimos detalles era la anciana nodriza de Inés Lecwood.

Enrique aprovechó la primera ocasión para tratar de despertar sus recuerdos sobre lord Montbarry; pero la nodriza le había detestado siempre y se negó á recordar nada.

—Sólo al verle, cuando estuvo la última vez en Londres—dijo la anciana, se me iban los puños tras de él, y mis uñas sentían ganas de hincarse en su rostro; salía de casa de un dentista; fué la última vez que le ví.

FIN